

NO HAY LUGAR EN ESTE PAÍS



NO HAY LUGAR EN ESTE PAÍS

Relatos de

Bárbara G. Arredondo
María Del Carmen Benítez
Martha A. Camacho
Laura Curiel
Emmanuel Espinosa
Guadalupe Fernández
Edith Hernández
Tania M. Lagunas
Paulina Quezada
Tita Radilla
Erika Rodríguez
Blanca Soto
José Ugalde

Edición

Brenda Navarro

Cuidado editorial

Claudia García
Ángel Ruiz

Proofreading

Claudia García

Diseño editorial e ilustración

Hugo Mendoza

Corrección de estilo

Claudia de Anda
Claudia García

©Fundar, Centro de Análisis e investigación A.C. Cerrada de Alberto Zamora
21, Col. Villa Coyoacán, Del. Coyoacán C.P. 04000, Ciudad de México.
Esta publicación no tiene copyright porque los derechos son de las autoras y
de los autores.

Segunda edición: mayo 2025

NO HAY LUGAR EN ESTE PAÍS



Bárbara G. Arredondo
María Del Carmen Benítez
Martha A. Camacho
Laura Curiel
Emmanuel Espinosa
Guadalupe Fernández
Edith Hernández
Tania M. Lagunas
Paulina Quezada
Tita Radilla
Erika Rodríguez
Blanca Soto
José Ugalde

Edición

Brenda Navarro

ÍNDICE

BÁRBARA	08
CARMEN	20
MARTHA	32
LAURA	50
EMMANUEL	60
GUADALUPE	70
EDITH	88
TANIA	102
PAULINA	114
TITA	124
ERIKA	140
BLANCA	155
JOSÉ	164



Este libro se creó a partir del Taller de Escritura Creativa que impartí de agosto a octubre de 2020. Una iniciativa del Centro de Análisis e Investigación Fundar, México; en el que buscábamos generar un espacio en el que familiares de personas desaparecidas se expresaran creativamente mediante textos de ficción y no ficción.

Compartimos ocho sesiones grupales en donde cada una de las personas que tomaron el taller fueron teniendo una transformación en el uso de su voz. Se apropiaron de su historia y me dieron el privilegio de acompañarles en el proceso. Aprendimos de todas y todos y el ejercicio de la escucha se intensificó conforme avanzábamos.

De esto va este proyecto literario: de escucharnos las unas a los otros y compartir las historias desde su voz, sin intérpretes o mediaciones.

BRENDA NAVARRO
2021

ÉSTE ES MI LIBRO Y
ESTOY ESCRIBIÉNDOLO
CON MI PROPIA MANO

Nell Leyshon

DEL COLOR DE LA LECHE





BÁRBARA

Penelope se casó y tuvo tres hijos. Dos niñas y un niño. En un principio toda su familia vivía en nuestra casa. Con mi esposo y conmigo. Mi hija trabajaba en un banco y parecía que todo estaba bien, pero luego empezó a salir con sus amigas y llegaba muy tarde a casa y no se hacía responsable de sus niños. También noté que comenzó a beber mucho y a distanciarse de su familia. Yo nada más veía a su esposo encerrado en la recámara o frente a la computadora y comencé a molestarme porque yo terminaba siendo responsable de sus hijos y de toda la casa. Así que, hablé con ella y le dije que si quería permanecer en nuestra casa tenía que ponerse de acuerdo con su esposo y compartir responsabilidades. Ella me dijo que sí, pero pasado el tiempo no vi ningún cambio. Penelope entró en un círculo vicioso del que era muy difícil sacarla. Por más que hablamos con ella y le explicamos que no estaba bien la forma en la que actuaba, ella no hizo caso. Al contrario. Lo que hizo fue separarse de su esposo, sacar a las niñas del colegio y las mandó a vivir con él a la casa de la abuela paterna. Esto me causó mucho dolor porque yo estaba muy encariñada con las niñas y me la pasaba tirando de ellas. Pero nada, mi hija dijo que así sería, a pesar de que le dije que, las niñas también estaban tristes al estar separadas de nosotros, que como abuelos las habíamos cuidado siempre.

Lo que al principio no entendí fue por qué a su hijo no lo mandó al lado de sus hermanas, pero entonces ella me confesó que el niño no era hijo de su esposo y que ella mantenía una relación con el verdadero papá del niño. Yo siento que en esos momentos es que empezó toda la tragedia porque ella rentó un departamento al que ella nombraba como de soltera en el que dijo que viviría y se divertiría.

¿Y cómo vas a hacer para mudarte? Le pregunté y me dijo que un cliente del banco le prestaría su camioneta. Y en efecto, el hombre llegó a mi casa y se llevó las cosas de mi hija. Fue la primera vez que yo vi al Profe. Yo sufría mucho porque veía que mi hija se equivocaba en sus decisiones y que no me escuchaba.

Me acuerdo que, cuando se mudó al departamento, sus hijas le ayudaron a arreglarlo y ellas estaban contentas con tener una recámara para los fines de semana en el que irían a estar con su mamá. Del niño yo me seguía encargando. Lo iba a recoger a la guardería y me lo quedaba un rato en la casa y ya luego, ella venía por él y yo todos los días sufriendo con cada despedida del niño. Pero también sufría por las niñas que ya nada más las veía poco.

El quince de septiembre de ese año todavía celebramos juntas. Ella bebió mucho. Tomó en exceso y quería irse con el padre del niño y el niño, pero yo no dejé que se llevara a mi nieto. Así que se fue sola en su auto y al otro día llegó con un collarín pues había chocado. Yo ya no sabía si enojarme o escucharla para saber más de ella. Todo era incierto e inestable.

Poco tiempo después me dijo que tenía un nuevo novio y que lo amaba mucho, se le veía, porque cada que nos reuníamos con ella, se la pasaban enviándose mensajes entre ellos. Yo le decía que, por favor, definiera bien su vida. Que primero se divorciara y después anduviera con quien quisiera, pero no hacía caso. Total, que el seis de octubre murió mi mamita que también vivía conmigo y yo me puse muy triste. Entre mi tristeza y el proceder de Penelope, me sentía mal, pero tenía que seguir adelante por toda mi familia.

El miércoles veintiséis de octubre, Penelope me llamó y me preguntó que qué había hecho de comer. Me dijo que iba a salir temprano del banco y que pasaba a mi casa, donde yo estaba cuidando a su hijo. Y comimos juntas y me dijo: No cabe duda, mami, que cuando Dios te socorre, lo hace a manos llenas y cuando te quita, lo hace también así. Yo le pregunté a qué se refería y me contó que le habían confirmado el crédito para obtener su casa. Que además, el papá de su hijo le consiguió

las placas del carro que ella usaba y que recibiría dinero por las cuentas que manejaba en su trabajo. Yo le dije que me alegraba y que agradeciera a Dios, y que se portara bien para que le siguiera yendo bien. Ese día estuvimos juntas, la acompañé a lavar su auto y a comprar unos tornillos para ponerle las placas al carro. Ella quería dejar el auto en el autolavado, pero yo le dije que no, que no podía dejar el carro ahí, sin supervisión, especialmente si traía dos maletas llenas de la mercancía que vendía, nos molestamos un poco. Ya cuando me fue a dejar a mi casa, nos tensamos más porque su hijo no quería irse con ella. Yo lo cargué y le pedí que se fuera con su mamá. Mi nieto esa noche se fue llorando, aunque nosotras hicimos como que todo estaba bien para que él estuviera calmado. Todavía me acuerdo que mi hija me dijo que nos veríamos al otro día porque el niño iba a bailar en un festival de la guardería, pero nunca llegó.

Cuatro días después, el lunes treinta de octubre, a las cuatro de la madrugada, me llamó mi hija y me dijo que andaba en México, con el Profe; y que regresando me explicaría lo que estaba pasando. Fue todo lo que me dijo. Yo no lo podía creer. No entendía por qué todo con ella era así. Me puse a llorar. Mi esposo guardó el número de teléfono del que llamó mi hija y en cuanto pude, fui a buscar la casa del Profe. Cuando llegué a su domicilio, recogí un sobre que estaba tirado en el suelo de la entrada: Apolinar Saldaña. Así que cuando toqué a la puerta, pregunté por él, pero no me dieron razón. Ni siquiera me quisieron abrir la puerta, todo me lo decían desde adentro, nunca quisieron salir.

Yo sentía que tenía que saber más, así que me acerqué al vigilante y le pregunté por el Profe. El vigilante me dijo que al Profe lo habían sacado en su camioneta dos hombres y una mujer. Me asusté y empecé a preocuparme más, así que por la tarde fui a buscar al Profe al gimnasio, donde yo sabía que iba. Ya ahí busqué directamente al encargado y éste me respondió que mejor fuéramos al Ministerio Público a levantar una denuncia por la desaparición de mi hija y de su hijo de tres años: Francisco Ja-

vier Leyva Reyes. Y así lo hice. De ahí en adelante, fueron días de mucha angustia para mí y para mi familia. Nos enloquecía pensar en ella y el niño. Los esperábamos en cada momento y no llegaban, no daban señales. Nada.

Así empecé a buscar a Penelope y a mi nieto por varios días. Ya estaba en contacto con la familia del Profe y poniendo en alerta a todas las personas que pensábamos que podían saber algo o tener una pista. Nada. Así doce días. Día y noche pensando en ellos. Sin entender qué es lo que realmente pasaba.

Hasta que el día doce, domingo, estando todos en familia, unos policías trajeron a mi nieto Francisco a casa. Fueron mi esposo y mi hijo los que recibieron a mi niño. Tampoco dieron muchas explicaciones, solo que habían reportado a un niño en la caseta. Que fue un vecino el que reportó que habían dejado a un niño en la esquina de su casa con una botella de agua, unas galletas y una pelotita. Y que el vecino lo vio llorando y por eso lo reportó. Luego, los policías llamaron al comandante en turno para que buscaran a los familiares y se lo llevaron al DIF. Ahí la encargada pidió que siguieran buscando quién podía ser su familia y un taxista que conoce a mi hijo, lo identificó y llevó a ella y a mi nieto al domicilio de mi hija. Ahí estábamos nosotros cuando llegaron a tocar a la puerta.

Cuando yo vi a mi nieto y él me vio, él corrió a abrazarme. Yo sentía una emoción muy fuerte y lo abracé feliz porque pensé que mi hija también había regresado. Pero no fue así. Solo estaba ahí mi nieto, con la misma ropa que llevaba desde hacía doce días. Yo se la quité y la guardé junto a sus tenis dentro de una bolsa de plástico y al otro día fuimos al Ministerio Público a reportar lo que había sucedido. Me acuerdo bien de que le empezaron a hacer todo tipo de preguntas a mi niño. Y él dijo que había estado con sus tíos y que había un viejo malo y que su mamá estaba trabajando con el Profe.

También supimos que a mi hija la llevaban a diferentes bancos a sacar dinero y que su auto estaba abandonado en

un terreno. Para mí lo más importante, mi único objetivo, era saber dónde estaba. Saber cuál era su paradero. Pero nada. Incluso en su trabajo lo que hicieron fue desaparecer todo indicio de que trabajaba ahí y tiraron todas sus pertenencias, limpiaron su escritorio como si nunca hubiera existido en ese lugar. También a sus hijos les quitaron el servicio médico y a mi nieto lo dieron de baja de la guardería.

Después conocí a un licenciado que me presentó a Emma, la directora del colectivo Familias de Acapulco. Emma también me recomendó un lugar que se llama ProVíctima. Ahí, tanto mis nietas, mi nieto y yo recibimos ayuda psicológica por lo que estábamos pasando.

Todo eso era muy duro para mí, como madre, pero también como abuela. Mi esposo y yo teníamos a mi nieto en la casa y nos tocaba verlo sufrir a su manera. Al pobre le daban pesadillas. Lo dejamos que durmiera con nosotros, en medio de los dos para que se sintiera mejor.

Las niñas seguían viviendo con su papá: Lesly de ocho años y Nicole de seis. Luego mi esposo y yo íbamos a verlas y llorábamos cuando las teníamos en casa y también cuando no. Las veces que se podían quedar con nosotros, también nos dormíamos en la misma cama. Yo me hacía la fuerte para consolarlos, pero yo también necesitaba consuelo y ese consuelo no llegaba.

El inicio de la búsqueda de mi hija fue muy desgastante. Me dolía ver sufrir a mis nietos por la ausencia de su madre y era agotador mental y físicamente andar dando vueltas al Ministerio Público con mi nieto. Por lo general, no tenía dinero más que para el pasaje y no teníamos ni dónde sentarnos en las largas esperas; por eso, cuando sí había algo de dinero, yo le compraba su malteadita al niño. Fue muy dura esa temporada.

Luego, una vecina que es maestra se ofreció a inscribir al niño en el kínder y me dijo que ella podía llevarlo. Yo acepté porque eso le haría bien a él y así yo podía moverme más rápido por todos lados para poder encontrar a mi hija.

Por esas épocas hablé con mi yerno y le dije que si podía llevarse también al niño para que conviviera con sus hermanas. Que estuvieran los tres juntos en la semana y que nosotros los cuidaríamos los fines de semana. Ese fue el trato que hice con él, de buena voluntad, pensando en que mis nietos tuvieran una vida más estable y que pudieran estar juntos. Pero sucedió que luego él ya no quería dejarme verlos como antes. Me acuerdo de que cuando íbamos por ellos, nos dejaban afuera, esperando en lo que se alistaban, así se volvió el trato hostil, hasta que ya no querían dejarlos estar conmigo.

Así que, además de estar en la búsqueda de mi hija, tuve que ir a la Defensoría del Menor para que me concedieran legalmente convivir con mis nietos, tanto los fines de semana como en las vacaciones. Para mí todo eso era un sufrimiento imparable. Cada que los íbamos a dejar, yo sentía que algo me arrancaban por dentro. Especialmente cuando mi nieto me decía: Ya me vas a entregar otra vez. También las niñas se ponían tristes. La desaparición de mi hija nos cambió la vida a todos.

¿Cómo ha sido mi vida desde que desapareció Penelope? Dura. Yo me acuerdo de que antes de que mi nieto se fuera con el esposo de mi hija, yo lo tenía todos los días conmigo y estábamos juntos todo el tiempo. Cuando dejé de verlos, me di cuenta de lo difícil que era que mi vida volviera a ser como antes. Tuve que promover un juicio de ausencia y yo trataba de cumplir con todos los requisitos. Que si las copias de la denuncia, que si el número de placas del auto, que si las credenciales, que si justificante de atención médica a mis nietos, que si la copia del acta de matrimonio, todo ahí, yo lo daba todo. Pero me asignaron a un licenciado de lo peor, que cada que iba yo lo tenía que esperar horas y horas y yo con el niño en brazos, aburrido, vigilando que abrieran el baño para poder entrar con el niño. No pasaba nada y aún así, siempre me pedía dinero para seguir con los trámites.

Me acuerdo que cuando salíamos de ahí, de las oficinas, me llevaba a mi nieto un ratito al mar y le compraba unas quesadillas

de diez pesos y su malteada. Todo era un gasto. Por eso, decidimos rentar el departamento de mi hija y yo me llevé sus cosas personales a la casa. El dinero no alcanzaba para todo. Yo tenía un Salón de Belleza y lo tuve que vender para seguir buscando a mi hija. Luego se juntó que no podía ver a mis nietos. A mí me dolía porque yo comprendía que por todo lo que pasó, había diferencia de trato dentro de la familia paterna. Tanto la abuela como la tía tenían preferencia por mi nieto y a las niñas no las tomaba en cuenta. Todo eso duele porque yo no podía hacer más para que ellas no sufrieran.

Todo ese dolor dentro de mí, y aún así yo buscando a mi hija y tratando de pasar el mayor tiempo posible con mis nietos. Por eso yo demandé legalmente mi derecho a verlos y cuando el juzgado mandaba llamar al esposo de mi hija, para que él me hiciera el favor de ir, yo tenía que pagarle el pasaje. Era un círculo de cosas que pasaban todo el tiempo, con el mismo pesar: entre el Ministerio, ir a ver a los niños cada que se podía, cada que había evento, cada que teníamos oportunidad de verlos. Por eso aprovechábamos cuando estaban con nosotros, los llevábamos a comer, a la playa; los hacíamos reír, les comprábamos alguna cosita, los llevábamos a la congregación donde tenían algunos amiguitos. Tratábamos de que fueran felices. Pero el momento de las despedidas siempre parecía un cortejo fúnebre. Ya en la semana, en lo que podíamos volver a estar con ellos, yo me la pasaba yendo al Ministerio Público para ver si sabían algo de mi hija.

Recuerdo que, en una ocasión, yo estaba en la regadera y le dije a Dios que a su hijo lo habían humillado, lo habían masacrado y hasta lo habían matado y enterrado, pero que al final de cuentas, su hijo Jesucristo ya estaba con él. Pero que mi hija, qué, ¿qué pasaba con mi hija; por qué yo no podía saber dónde estaba? Y que si él sabía dónde estaba, ¿por qué no me decía su paradero? Luego le pedí perdón y le agradecí el haberme evitado la desgracia de que nos quisieran extorsionar o que nos

tuvieran amenazados a mí y a mi familia. También le agradecí que seguíamos vivos y por el milagro de habernos regresado a nuestro nieto sano. Y claro, que podíamos disfrutar a nuestras nietas el tiempo que podíamos.

Luego me enfermé. Estando mis nietos en casa, empecé a sentirme mal y me operaron de la vesícula. A la semana de operada, salió la sentencia donde decía que yo podía convivir con mis nietos los fines de semana y que su esposo se quedaría con los bienes de mi hija. Esto no me gustó porque yo sentía que no se cuidaba a mis nietas como se debía. Por ejemplo, me acuerdo de que un día me encontré a Nicole, la segunda hija de Penelope y la vi con toda la cara hinchada y sin poder abrir bien sus ojos. Yo me espanté y le pregunté qué tenía, me acuerdo de que me dijeron que era parte de su alergia y que ya se le pasaría. Yo pregunté qué era lo que había dicho el médico, pero me dijeron que nada más le estaban dando remedios curativos que le daba su abuela paterna. Esto me molestó y la llevé con un doctor, de las Farmacias Similares, porque ya no tenían derecho a seguro médico y su padre no tenía un trabajo estable, nada más atendía el puesto del mercado que tenía la abuela paterna. Hacía falta mi hija, como madre y como proveedora de esos servicios que tanto necesitaban mis nietos.

Además, la convivencia con la familia paterna de mis nietos nunca ha sido buena. Su tía y su esposo no me hablaban cuando llegábamos a encontrarnos en algún evento de la escuela. No estuvimos de acuerdo en nada, yo las llevaba a la iglesia cristiana y ellos a la católica. Era obvio que las niñas y el niño se descontrolaban.

También confieso que les hicimos daño hablando mal de la familia con la que vivían. Me molestaba que allá les prohibieran que a mí me dijeran mamá y a mi esposo papá. Y como yo me enojaba de esas cosas, yo les decía que esa señora ni era de su familia porque en el acta legal, aparecía como tía, porque su bisabuela había registrado a su papá como su hijo.

Por supuesto que eso no justifica que yo contribuí hablando mal y eso no estaba bien. Pero nos daba enojo que con el tiempo, mi nieto ya no quería venir a vernos porque su tía se lo llevaba al cine o a comprarle cosas para que no quisiera estar con nosotros. Además, porque en casa nunca hicimos ninguna diferencia entre los tres y ellos sí.

Hemos aprendido a vivir. En casa, mis nietos tienen su recámara, sus juguetes, su ropa y con el tiempo me certifiqué como instructora de belleza, empecé a dar clases y con lo que me pagaban tratamos de hacerles más llevadera la vida. En sus cumpleaños les compramos regalos. Yo les daba todo lo que podía. Por ejemplo, cuando la niña más grande cumplió sus quince años le hicimos su fiesta, con ayuda de la familia y de amigos. Su abuela paterna y su familia solo fueron invitados, no les pedimos nada. Yo trataba de darles todo porque especialmente cuando la niña cumplió sus quince años, estaba en una etapa muy difícil y tenía problemas en su casa.

Por eso yo volví a estar muy triste cuando me dijeron mis nietas que se las iban a llevar a vivir a Los Cabos. Al principio yo no les creía nada, pero fue cierto. Mi yerno, su madre y su hermana arreglaron todo para que se fueran. La tía les consiguió casa y les compró los boletos de avión. Yo quise detenerlos, pero me dijeron que legalmente no podía hacer nada porque cuando no está la mamá, el papá tiene todos los derechos. Incluso me llegaron a ofrecer la oportunidad de robármelos, porque mis nietos me decían que hiciera algo para que no se fueran, pero yo no acepté. Me dolía que se fueran, pero no quería complicar más las cosas.

Cuando mis nietos se fueron, volví a sentirme muy triste. Aunque seguí dando clases y visitaba a mis hijos y a mis otros nietos, dentro de mí tenía mucho dolor. Un dolor doble: primero perder a mi hija, luego a sus hijos.

Yo espero que el futuro sea mejor. Quiero tener salud y volver a trabajar. Quiero tener una vida normal y que Dios me siga dando la gracia de disfrutar a mis nietos y a toda mi familia. Creo

que sí voy a encontrar a mi hija, pero no estoy obsesionada en hacerlo. Yo hice el pacto con Dios de esperar sus tiempos. Y si no la encuentro en la tierra, la encontraré en el cielo.

Todo esto se platica muy rápido, pero han sido muchos años y mucho dolor. A diario me echo mis lágrimas, ya sea porque huelo un perfume que mi hija usaba, porque veo una foto, veo a una amiga suya en la calle, o por el simple hecho de acordarme de ella. Yo confío en Dios y agradezco tener un techo y sustento. Por eso no me obsesiono con la búsqueda de mi hija. Ni quiero abrir fosas para que me entreguen unos restos que a lo mejor no son de ella. Si está viva y Dios la quiere regresar lo hará. Y si está muerta, nos veremos en el cielo. Ese es el pacto con Dios.





CARMEN

Tengo una perrita que se llama Yuki y ahora que me duele mi rodilla es la que me obliga a levantarme. Yuki está viejita igual que yo, ya tiene ocho años y no deja que se me arrimen para nada. Está chiquita, pero aquí está conmigo porque el único apoyo que yo tenía era mi hijo. Él solía pasar por mí y siempre andaba que si mami, ¿ya comió? o, mamá, ¿cómo está? Me decía gorda: ¡Gorda, voy a ir por usted para que vayamos a comer! Y yo le decía: Sí, sí papi, vamos. Y me traía en el taxi cuando yo salía de trabajar como a las once de la noche. Siempre me llamaba: ¿Cómo se está portando? Y yo: Bien hijo, ¿cómo cree? Y cositas así y ahora lo único que tengo enfrente es una foto de mi hijo, grande, y siempre lo estoy viendo y pidiéndole a Dios que me deje volver a verlo con vida, con bien, que esté bien por sus hijos que son tres. Mi hija también le pide mucho a Dios. Ella no me dice nada, pero yo sé que también está triste.

A veces me pregunto que si yo me voy —si me muero—, ¿quién va a buscar a mi hijo? Y aunque sí quisiera que Dios ya mejor me llevara porque no hago nada, no sirvo de nada, me mantengo aquí porque quiero ver a mi hijo, en su casa, bien. Yo tengo mucha fe y mi corazón siente que él está vivo, pero no sé dónde está.

Mi muchachito, esa vez que desapareció, fue por un señor a su casa y de ahí se lo llevó en el taxi. Dice la esposa de este señor que ella vio bien a mi hijo, que los dos se fueron bien pero ya no llegaron a su destino. Yo lo que quisiera saber es dónde está mi hijo, porque no es porque yo sea su madre, pero él no era broncudo, nada más le gustaba juntarse con sus amigos. Mi hijo era muy sonriente y le hablaba a todo mundo. Luego sus amigos le gritaban: ¡Órale, vámonos! y él respondía: ¡No,

mano, ahorita me pegan! y ya era su respuesta bromeando y se quedaba porque se portaba bien. Mi hijo no era de drogas. Si es verdad que sí se tomaba sus chelas aquí en la casa, con sus amigos.

Sus amigos luego vienen y me preguntan: Doña Carmen, ¿no sabe nada? Y yo les digo que no sé nada. Y ellos: No se preocupe, va a ver que va a estar bien. Y yo pienso que sí, que eso es lo único que le pido a mi Dios, porque yo no sé cómo fue que se lo llevaron. Dicen que cuatro hombres se lo llevaron en una camioneta, y que esto y lo otro, mientras más me dicen, más mal me pongo, más mal se pone una cuando escuchas esas cosas.

Yo a mi hijo lo veo sentado, y estoy despierta, no es que lo sueñe, yo lo veo despierta, lo veo sentado, no lo veo ni alegre ni triste, sino callado. Esa es mi impresión, que está vivo y está muy callado, porque mi hijo era muy preocupón por su familia, por sus niños, a uno de sus hijos no lo conoce, lo dejó de meses en el vientre de su madre, pero su hija Sofi me pregunta: Abuelita, ¿mi papá ya no me quiere? Y yo le contesto: ¿Por qué dices eso, mi madre hermosa? Y Sofi me dice que porque ya no la va a ver. Entonces le digo: Mija, anda trabajando, pero mira te manda dinero, mira te mandó esto. Y yo le doy alguna cosa que le pueda yo comprar, le digo que es de su papá, porque su hija tiene seis años, ya le empiezan a pedir cosas. El otro niño tiene dos años y el más chiquito de sus hijos apenas va a cumplir un año.

Yo me imagino tantas cosas, ¿qué estará pasando mi hijo? No dejo de ver las noticias, día y noche, me duermo bien tarde para ver si dicen algo, pero no aparece. Ni bueno, ni malo. Dicen en el Ministerio Público: Dele gracias a Dios que no lo hemos encontrado, que no lo ha visto destazado o muerto, todo inflado. Yo les respondo: Ay, no me diga eso, mi hijo ya tiene un año de desaparecido y no me dicen nada, ustedes me dijeron que me iban a llamar y no me han llamado, si no vengo yo, no me dicen nada.

Y la misma persona que me dijo que se lo llevaron junto al pasajero que llevaba ese día al trabajo, fue la que me dijo que sí, que sí lo vamos a encontrar.

Mi hijo no subía a cualquier persona al taxi, yo se lo decía: Mijo, no subas a cualquiera y él me contestaba: No, mami. Él se ponía a trabajar y luego esperaba a que lo llamaran ahí en la hamaca o en su casa, porque era bien dormilón, ya nada más lo llamaban y corría; a veces hasta dejaba de comer y se salía a recoger el pasaje. Así pasó con este señor con el que se lo llevaron.

Ese día que desapareció, me dice mi comadre, no te pongas mal, y yo, ¿qué pasó? Dime, me solté en llanto, y me dijo: Me está diciendo este cuate — un conocido— que se lo llevaron en un Aveo de color rojo, cuatro hombres vestidos de negro y cuatro armas largas, y que se lo llevaron junto al pasajero, pero, mira, al pasajero, con esta ya son dos veces que se lo llevan, como era gerente de una discoteca. Yo luego que pasaba de trabajar cerca de ese lugar, veía a la esposa de este señor, ahí, sentadita, afuera de la discoteca y no sé, pero por eso yo me sentía como más confiada cuando le hablaban para que lo recogiera. Entonces cuando mi comadre me dijo lo que ella sabía, ya mero me desmayaba, y luego ya se fueron juntando mis vecinos aquí en la casa, todos estuvieron acompañándome. Me echaron alcohol, hasta me ofrecieron una cerveza, pero yo les dije que no, que no quería tomar. Ya mejor me dieron un café. Y así pasó el tiempo y pedía las llamadas, preguntaba si podía saber a dónde había hablado mi hijo por última vez. Nunca me hicieron caso; ya me dieron esas llamadas hasta que yo ya estaba en la asociación, ahí fue cuando ya empezaron a hacerme caso en el Ministerio Público, porque antes de eso nunca me hicieron caso.

Una vez yo entré ahí al Ministerio Público, en la parte de abajo y le dije a uno: Oiga, lic, dígame algo del caso de mi hijo y me dice: ¡No, no, estoy muy enojado con usted! Pero por qué, le pregunté. ¿Yo qué culpa tengo? Le dije. Y él me respondió que él me dijo que rápido, para que salieran las cosas se tenían que pagar tres mil pesos. Pero eso no me lo dijeron a mí, eso se lo dijeron a mi nuera, y le dije al licenciado: ¡Pero eso me lo hubiera dicho

a mí, yo soy su madre! Y el del mp me siguió regañando porque dijo que se andaban diciendo no sé qué cosas. Yo sí me defendí y le dije: Usted me mandó a mí a que me tomaran muestras de sangre y no me dijo nada del dinero, si de eso iba a depender que se hicieran más rápido las cosas. A mí me hubiera valido, yo hubiera conseguido ese dinero, pero no me lo dijo, porque yo sé que todo sin dinero no se mueve nada, no se mueve el mundo. Desgraciadamente así es.

Yo me separé del papá de mis hijos desde hace mucho, como hace veinte años, así que yo he trabajado siempre. Y esa vez, el papá de mi hijo fue conmigo y se asustó también. Todos nos asustamos cuando desapareció mi hijo; mi nuera, mi hija. Todos nos asustamos mucho y mi nuera sí le dijo a su familia lo que pasaba y ellos le dijeron que no, pues que no había dinero; por eso yo le insistía al licenciado que, si se necesitaba dinero, me lo hubiera dicho a mí, porque yo soy su madre, a mí es a la que le está doliendo: ¡Tenías que haberme pedido las cosas a mí! Tres mil pesos, ¿qué son tres mil pesos por empezar a buscar a mi hijo; qué eran tres mil pesos? Te los gastas en un ratito por cualquier cosa. Pero ya no me dijo nada.

Mi hijo no tenía problemas con nadie, se llevaba bien con todo mundo. Mi hijo siempre anda sonriendo. Con todo mundo que si buenos días, buenas tardes. Y que si una fiesta, que si un convivio. Bien, con todos se llevaba bien. A mi hijo le quitaron esa sonrisa y espero en Dios no estar equivocada y que siga vivo.

Ya ha pasado mes y medio de llamar, desde que en el Ministerio no me dijeran nada, volví a ir y les pregunté si ya habían revisado las cámaras de las calles, pero nada, no se hizo nada, esas cámaras en un mes se borran, y ya había pasado mes y medio; no sé por qué no se hizo nada.

A mí me dieron el expediente de mi hijo, toda la investigación, todos los papeles, pero fue porque yo un día les dije: Me la dan o ahorita me voy a salir allá afuera, voy a parar a los carros, voy a cerrar la calle si no me dan la investigación.

La esposa de mi hijo hizo lo que pudo desde sus familiares que unos son judiciales y sí trataron de ayudarme, de investigar, porque hubo un chisme en el que me dijeron que a mi hijo lo tenían detenido en La Garita y ellos fueron a ver si era cierto, y me dijeron que lo buscaron hasta por debajo de las piedras, pero que no lo encontraron. Eso no les gustó a los del MP porque me llamaron y me dijeron: Aquí vinieron y abrieron todo, y no encontraron nada y fue en modo de reclamo, y yo les dije: Yo soy la madre, yo soy la que quiere saber y ustedes son los que no me dicen nada. ¿Qué debo de hacer?, ¿qué hago, qué es lo que tengo que hacer para que me ayuden a encontrar a mi hijo? Pero el señor del MP muy molesto ya no me habló, así que luego una señorita del MP que sí me escuchó, preguntó por mi expediente, le respondieron que lo estaban formado, y ella: ¡Cómo que lo están formando si hay cosas por aquí y cosas por allá! Ella misma agarró y me dijo: Véngase, y ya empecé con ella a formar el expediente porque todo estaba desordenado, un ojo por aquí, un ojo por allá, y era un despapaye.

Yo me enojé de todo esto fui al Ayuntamiento, pedí hablar con la presidenta, pero jamás me recibió, nada más me mandó a sus achichincles para que me asesoraran de qué papeles llevar y entender un poco el proceso, esa fue la ayuda que recibí, porque del otro lado, nada, nunca me dijeron nada. En el Ayuntamiento me mandaron con dos asociaciones que hay por aquí. Me dijeron que fuera a la que yo quisiera, que las dos eran iguales y yo fui a la primera que me habían dado, y ahí conocí a la señora Emma, ella sí que me apoyó bastante, que Dios la bendiga, todas las compañeras en la asociación, ¡qué corazón tienen!, ¡qué apoyo sentí! En el tiempo en el que yo me ponía mal, se arrimaban, me ponían su mano, todo fue muy grande para mí y para todas nosotras que estamos viviendo esto.

Inmediatamente me acerqué a ellas, la licenciada Rosy, charrita, pero de gran corazón, me acompañó y en seguida le dieron todo a ella, les empezó a decir que qué pasó, ahí en el MP que

pues no había nada y la licenciada Rosy: Sí, sí hay, aquí están las llamadas, ya a los tres días teníamos el expediente, pero ya era demasiado tarde. Si yo hubiera sabido que había esto, que existían asociaciones, yo hubiera ido directamente con ellas, pero pues una no sabe, una está con los ojos cerrados; como que la mente se nos cierra, no se sabe qué hacer, cómo reaccionar cuando te desaparecen a un hijo. No sabemos qué hacer, si ir para acá, si ir para allá, una se arrima a donde supuestamente te van a ayudar, pero es mentira, no te ayudan.

Hace poco me mandaron a hablar del mp porque ya cambiaron todo, ahorita están dizque agilizando esto y mandaron traer a la gente que había dicho que sabían cosas, esas personas me dijeron que sí iban a ir, incluso tres días antes que sí, pero a la mera hora, que no sé qué, que sube, que va, pero no fueron. Me dicen que van a seguir insistiendo, pero yo sé que la señora que me dijo lo de la camioneta Aveo, no quiere testificar porque no se quiere meter en problemas —ni quiero decir chismes,— y yo le dije: no quiero que digas chismes ni mentiras, ni lo que no es, solo quiero que digas lo que tú me dijiste porque es importante para encontrar a mi hijo. Nada más, nadie te está echando la culpa de nada. No pensé que se fuera a echar para atrás. Ahora otra vez la citaron, a ver si quiere ir.

Mi hijo lleva desaparecido un año y para mí es mucho pero el del Ministerio Público me dice que es poco tiempo, pero yo digo: No, no, para mí un día ya es mucho.

También pasó que la búsqueda de mi hijo la querían meter con el cliente con el que se lo llevaron, no sé si él dio dinero o qué, yo no tengo idea de qué ha pasado y luego pienso que a lo mejor ya no está desaparecido, pero no lo sé porque yo he tratado de acercarme a su señora, para platicar, para saber cosas que yo no sé, pero nunca me ha contestado el teléfono.

Al señor Felipe, con el que desapareció, lo llegué a conocer porque mi hijo, de la confianza que le tenía, hubo veces que le pidió permiso para pasar por mí a mi trabajo y me lo presentó,

así que yo a ese señor lo vi dos veces. Era un señor tatuado, yo le dije a mi hijo que no me parecía bien, y mi hijo me dijo: No, no te preocupes, mamá, es bien buena onda. El problema que tenía mi hijo es que era bien confiado, muy confiado, yo siempre le dije que no fuera tan así, pero él era muy espontáneo, muy confiado. Yo le decía: No papacito, aquí no tienes amigos, debes de hacer el trabajo y se acabó.

Entonces, en el MP me dijeron que lo de mi hijo estaba totalmente relacionado con el señor Felipe, porque si ya lo habían levantado una vez, pues era normal que otra vez. El problema es que la esposa no va a declarar, no hay ese apoyo ni de la esposa ni de mi vecina que me contó lo que vio.

Del MP me hablaron una vez aquí en mi casa, me dijeron que estaban retomando la investigación de mi hijo y querían darle seguimiento. Pero eso fue ya cuando vino la pandemia y se suspendió, entonces ya no fuimos.

Luego ya con esta nueva investigación otra persona me dijo: Tu hijo ha de andar por estos lugares o por estos otros, y yo le dije: A lo mejor usted tiene mucha razón porque ese día que ellos andaban trabajando, en Facebook salieron muchos avisos de que no saliera la gente. ¡Qué no salgas hijo de tal por cual! Que si andan en la calle los vamos a alzar, nos los vamos a llevar y se los va a cargar y no sé qué. Por esos días había esos conflictos de los carteles que se andaban peleando el territorio. Yo para esas cosas soy muy nerviosa, muy miedosa, le dije a mi hijo que no saliera, pero él me decía que no, que eso seguro lo había subido un cabrón que nada más quería asustar a la gente. Ese día que se lo pedí, no salió, pero luego a los tres días fue cuando pasó todo esto. Y dicen que en esos días desaparecieron como cuarenta personas en todo Acapulco, que decían que a los taxis los dejaban así, parados, en la calle, que se los llevaban a los que estaban, yo por eso siento que mi hijo sigue vivo.

Creo que, si desaparecieron tantas personas como a mi hijo, a lo mejor se los llevaron a trabajar, sembrar, a hacer cosas delictivas.

Una como madre piensa tantas cosas, también pienso que lo pueden tener en la cárcel y esa es mi desesperación. Yo quisiera ir las cárceles a buscar a mi hijo, yo no quiero buscar a mi hijo como si estuviera muerto, primero quiero intentar en todos los espacios en los que él puede estar vivo. Yo no lo quiero encontrar muerto, no creo que esté muerto; yo me imagino que a lo mejor lo metieron a la cárcel por error, o por una cosa o por otra, por la culpa de ese señor Felipe que a lo mejor andaba vendiendo alguna chingadera o que debía algo y a veces pagan justos por pecadores, y que lo metieran a la cárcel por error; yo quiero buscarlo ahí, quiero encontrarlo vivo, no quiero pensar que mi hijo está muerto, no lo puedo ni siquiera imaginar.

Estoy desesperada. Si yo tuviera dinero y tuviera un carro, ya anduviera buscando a mi hijo por todas partes, por todas las cárceles, una, por una, una por una hasta encontrarlo. Eso yo no lo he hecho y yo quiero hacerlo porque ya fui al SEMEFO, a los hospitales, ya dejé fotografías por todos lados, pero ahí a las cárceles donde pueden meter a cualquiera, ahí no he podido y ahí quiero ir.

También pienso que si mi hijo hizo algo o si de verdad tiene que pagar algo pues que lo pague, pero yo quiero saber que está bien. Ahora, yo sé que mi hijo no tenía ninguna necesidad de robar, porque sí, somos muy pobres, pero eso de las drogas, del crimen, eso a mi hijo no le gustaba, no le interesaba. Él tenía a su niña y a sus hijos, él quería estar con sus hijos.

Ayer o antier estuve platicando con el papá de mi hijo y me dijo lo mismo: Yo no creo que mi hijo anduviera en cosas de drogas, no, no Carmen, yo meto las manos al fuego de que mi hijo no andaba en esas cosas porque cuando mi hijo no tenía dinero a mí me pedía o a ti, a su hermana, pero hacer malas cosas, nada. Toda la gente de la colonia lo sabe y dicen que mi hijo era así, y así, pero de droga nada.

Mi corazón me dice que sigue vivo, yo no lo veo muerto, no lo siento muerto y sé que por mis nietos mi hijo no se hubiera ido

por sí solo. Aunque luego, sí lo dicen, que ya dejó a mi nuera con los chamacos y yo les digo que cómo dicen eso. El tío político, que es judicial, si mi hijo se hubiera ido por sí mismo, luego lo dice y yo le pregunto: ¿A poco no lo hubiera encontrado usted? Le digo que no le caliente la cabeza a mi nuera, porque es la esposa de mi hijo, aunque no estuvieran casados legalmente, para mí es su esposa y ahí andamos cuidando a los nietos. Que, si tienen calentura, le corres al médico, que, si necesitan esto, lo mismo. Estamos al pendiente de la leche de los más chiquitos, mi hijo no se hubiera ido solo.

Todo lo de la búsqueda lo hago yo, nadie más. Incluso su papá, a los seis meses me dijo que ya se lo dejáramos a Dios, pero yo le dije que no, ¿cómo cree?, ¿cómo no hacer nada? Hasta mi yerno se enojó y le dijo: Mire, con todo respeto, suegro, a usted no le dolió, usted no lo parió, le duele más a mi suegra; y mi yerno se puso a llorar porque me vio cómo estaba y cómo estoy quedando ahora con el problema de mi rodilla, casi no me puedo mover, pero yo necesito moverme, salir, buscarlo.

Luego, cuando veo a un muchacho que está así, tirado en la calle, le hablo, le quiero ver a la cara, porque a veces les pegan y pierden la razón; o les hacen cosas malas y andan caminando sin saber quiénes son, y así hay personas y así han aparecido, luego los grabamos y los subimos al *Facebook* para que las mamás encuentren a sus hijos y sí, después de años, recobran a sus hijos. Porque también pasa que la misma judicial que es mala, mete a la cárcel a inocentes y no le avisan a nadie y los tienen con otro nombre, esa es mi esperanza con el caso de mi hijo.

A veces con la señora Emma y con la asociación sí llegan a encontrar personitas, fue el caso de una señora a la que ya le habían entregado los restos de su supuesto hijo, luego a los seis años apareció vivo. También yo me preguntó de quién son esos restos que se le dieron a la persona equivocada, ¿quién no tiene a su hijo y no lo va a encontrar porque ya está enterrado? Y hace poco encontramos a otra persona, bueno,

nada más su cráneo, y lo llevamos a SEMEFO y sí pensé, bueno, puede ser que se puedan perder huesitos de los dedos o qué sé yo, pero ¿cómo se les pasó recoger una cabeza?, ¿cómo puede ser? Ahí se ve que no buscan bien.

A veces me dicen: Carmen, no te vemos en todo el día, ¿dónde andas? Pero es porque a veces no me dan ganas de levantarme, a veces se me olvida si comí, o no. Luego me habla mi hija y me pregunta si ya comí y le digo que sí que ahorita, pero ella insiste y me dice que si no como, va a tener que venir a verme, y como ella vive lejos de donde yo estoy y no queremos que venga porque ahorita se están robando a las muchachas, nos da miedo que ella venga para acá. A ella le da miedo que yo vaya. Pero yo no quiero que venga, no quiero que ande sola. No la dejo que lo haga, si quiere venir, que venga con su esposo, pero como él es maestro, todo el día está dando clases, así que vienen poco.

Yo trato de no preocupar a mi hija porque ella salió con miommas, la acaban de operar, y no quiero que se preocupe de más, porque estuvo muy enferma, gritaba de dolor; así que trato de no preocuparla, siempre le digo que estoy bien, que sí como, aunque a veces se me olvida porque de verdad que a veces no tengo ganas de nada, pero de nada.

Lo que hace que me levante son mis perros, especialmente la Yuki, que llora como gato cuando tiene hambre. Cuando ve que estoy llorando se va a echar conmigo, al lado, y me da su patita. Hasta las vecinas me dicen que, si la Yuki sigue así, toda mi tristeza se le va a pasar a ella y se va a morir, y les digo que por favor no me digan eso, así que luego le digo que se vaya, que no esté al lado mío para que no se vaya a enfermar y se me muera, porque sí está viejita, igual que yo, hasta tiene canitas en su cabecita.

Me siento con cien años encima, en las rodillas, en el cuerpo. Hace poco me metí a trabajar de cocinera, porque yo sé cocinar, aunque sean frijoles, pero sé cocinarlos, y estuve trabajando, lo que pasa es que vino la pandemia, nos dieron de baja a casi todos; pero yo iba a trabajar con todo y el dolor

de la rodilla, y del cuerpo, y de mi hijo; yo ahí estaba, aunque me sienta viejita como mi Yuki.

Yo necesito encontrar a mi hijo antes de morirme porque yo no voy a aguantar, apenas lleva un año desaparecido y siento que ya es mucho tiempo. Yo siento que no voy a aguantar mucho más, no se puede vivir así.





MARTHA

Hasta la mitad del bachillerato estudié en colegios particulares, después de mucho insistir a mis padres, ingresé a una escuela de la universidad pública, quería conocer más cosas, abrirme al mundo. Así fue. Luego empecé a estudiar en la Escuela de Economía en donde me adherí al Comité de Lucha de la Escuela. Esa decisión cambió mi vida. Ahí conocí a José Manuel.

José Manuel era un joven de enormes ojos cafés claros, con pestañas largas, piel muy blanca, barba, cabello negro crespo. Su vestimenta siempre era la misma: pantalón de mezclilla, viejo, sucio; chaqueta de talle largo y botas tipo militar. Cada que él me veía me saludaba con un: Hola, peque. Esto me molestaba porque se refería al hecho de que él me consideraba —pequeña-burguesa. Una ocasión se burló de mis zapatos de origen brasileño, a lo que yo le contesté molesta: Ni trabajando toda tu vida podrás comprar unos zapatos del precio de los míos. Él se rio con una carcajada escandalosa.

José Manuel era un gran líder estudiantil, excelente orador, nada comparable con los pocos meses que yo tenía en el tema de los derechos universitarios. Era un estudiante combativo, que, como muchos de nosotros, buscábamos diferentes formas de hacer cambios en lo académico, laboral, social, en la política y la economía del país. Pertenecíamos a la mayoría de los grupos y círculos de estudios en donde teníamos discusiones sobre diferentes teorías filosóficas que nos permitían comprender los cambios nacionales e internacionales. Una de nuestras luchas era la autonomía universitaria, pero las autoridades desde un inicio nos trataron como delincuentes. Recuerdo que en un enfrentamiento al interior de la universidad, dos de nuestros compañeros, ambos estudiantes, fueron

arteramente asesinados. Fue muy doloroso porque solo eran unos jovencitos de preparatoria.

Yo, por ese tiempo, había terminado una relación de noviazgo y mi exnovio se la pasaba todo el tiempo afuera del aula donde yo estaba. Esto provocaba mucha burla por parte de Manuel que me decía: Ya llegó tu papá por ti. Haciendo referencia al hecho de que mi exnovio era una década mayor que yo. Luego, se dio cuenta de que en realidad yo trataba de escabullirme de esa situación y que mis amigas me ayudaban, cuando entendió esto, dejó de burlarse de mí. Y no sé bien en qué momento exacto, pero empezamos a tener pláticas muy largas y amenas. Manuel empezó a contarnos a mis compañeras y a mí del proyecto de guerrilla que estaba germinando.

Yo me sentía muy atraída por todos los temas que veía en mis asignaturas: lecturas de Marx, Engels, Hegel y parecidos, así que fue casi natural que me haya integrado a las reuniones de análisis de esas lecturas, en donde se hacían énfasis sobre los movimientos armados: guerrillas que ya sucedían lejos de Sinaloa. Muchas de esas veces, Manuel era el expositor. Me interesaba escucharlo.

En una ocasión, fuimos a un campo agrícola para organizar una pequeña campaña de alfabetización. Era mi primera vez en un lugar así, pues, aunque yo solía recorrer esos caminos con mi familia para ir a la playa, todo eso lo veía yo desde el auto; así que, al estar frente a los trabajadores, mi sorpresa fue muy grande. ¡No podía creer lo que veían mis ojos: mujeres embarazadas, o cargando niños pequeños en su espalda mientras trabajaban! Sin embargo, lo que más me impactó, fue ver a niños de cinco años entre los surcos, con el sol auestas, descalzos, sin agua que beber y seguramente poco que comer. Verlos cargar las cajas con hortalizas que ellos habían cosechado, me parecía una pesadilla. También vi que tomaban agua de los canales de riego, con olor a pesticidas. Esto fue muy duro para mí porque yo nunca había trabajado en mi vida, así que mepecé

a cuestionar las enseñanzas del colegio y la religión, donde se suponía que los seres humanos eran iguales a los ojos de Dios; y renegué de todo lo que había conocido hasta ese momento porque me sentí engañada.

El impacto fue brutal, me daba vergüenza saber que el mundo que yo conocía era falso, había estado viviendo en una burbuja muy pequeña como en las novelas. La realidad era muy cruel, había niños con hambre y tenían que trabajar para comer y para ayudar a sus padres, para ellos no había derecho a escuelas, a un techo digno, a nada. Me costó dejar de pensar en esas caritas sucias, esos ojos tristes, los cuerpos desnutridos, las pancitas enormes —con lombrices—, manchas en la piel tostada por el inclemente sol.

Esa vez, José Manuel se me acercó y me preguntó si nunca había visto a tanto niño trabajar. Le contesté que no y le dije que de verdad quería encontrar la forma para que el mundo ya no tuviera tanta desigualdad. De regreso a la ciudad, José Manuel se sentó a mi lado y me explicó por qué defendía con tanta vehemencia a la gente pobre del campo y la ciudad. También me platicó de su niñez en el puerto de Mazatlán y me hizo ver que no era lo mismo estar como turista, en donde solo veíamos lo bonito del puerto a estar en los lugares donde se vivía mucha marginación y pobreza. Me dijo que él tuvo que trabajar desde los cuatro años, que tenía una hermana de quince años que tuvo que prostituirse para sobrevivir, y que en esa época ella vivía con un hombre que podía ser su abuelo. ¡Tenemos que cambiar sustancialmente, cambiar de raíz! José Manuel estaba convencido de que no bastaba con solucionar las cosas que sucedían en familias, sino que teníamos que pensar en las muchas generaciones de miseria. Toda esa miseria la había vivido él, al que no le permitían ir a la escuela porque para su familia era más importante trabajar y ganar dinero.

Su vida fue así, de mucho esfuerzo. Cuando migró a la ciudad, se quedaba con un padrino suyo, al que ayudaba en un

abarrote a cambio de hacerse merecedor de su comida y su techo, pero también era maltratado porque dormía en el suelo. Así que en cuanto pudo, buscó un lugar de asistencia para estudiantes de escasos recursos, en donde podía comer mejor, asistir a la escuela y trabajar por las tardes. Sé que Manuel tuvo una infancia muy dura, que tuvo problemas de salud por desnutrición e incluso llegó a vomitar sangre, yo lo vi haciéndolo. Quizá eso me motivó a invitarlo a comer a mi casa. Él dijo que sí. Cuando estuvo ahí, él se quedó muy impresionado de dónde vivíamos, pues a pesar de que no teníamos lujos, sí había comodidades, vacaciones y distracciones.

José Manuel y yo nos hacíamos cada vez más cercanos. Su presencia en mi vida generó grandes cambios en mí. Me involucré más en los distintos movimientos sociales y yo me convencía cada vez más de que la lucha de clases tenía que ser a través de las armas y la concientización ideológica. El movimiento empezaba a tener fuerza, había sacerdotes, campesinos, obreros, empleados, sindicatos y al mismo tiempo se llevaban a cabo luchas por la apropiación de la tierra. Los movimientos armados deseaban que las personas tuvieran una vida digna.

Por supuesto que no todo era lucha social; yo, por un lado, seguía tratando de que mi expareja dejara de acosarme, y por otro, empezaba a tener sentimientos por José Manuel. Pasábamos mucho tiempo juntos a pesar de que él empezó a dejar los estudios porque el movimiento cada día lo absorbía más.

Una vez lo acompañé a uno de esos encuentros, ahí conocí a la señora Vicenta. Vicenta, era una mujer encantadora, fuerte, conversadora, comprometida. Ella vivía con sus hijos en una casa antigua en el centro de la ciudad y su hija —madre soltera—, le ayudaba con el aseo de la casa y con la comida que preparaban para todos los jóvenes que asistían a los encuentros. Vicenta pensaba que Manuel era como su hijo pues, aunque a veces no le pagaba por el alquiler de la casa, él ayudaba con los quehaceres de la casa y en hacer las compras del mercado. Vi-

centa me preguntó cuándo le iba a hacer caso a Manuel, pues él estaba enamorado de mí. Yo sonreí. Eso es imposible, le dije. Mis padres nunca permitirían una relación con José Manuel. Pero Vicenta tenía razón, en el amor esas cosas no cuentan y una tarde caminando junto a la iglesia de catedral, Manuel me abrazó y me besó. No todo fue idílico porque a lo lejos estaba mi ex que me seguía a todas partes. Y ese día se acercó a nosotros y le dijo a Manuel que ni se le ocurriera enamorarse de mí, porque de todas formas yo terminaría siendo su mujer. Manuel nada más se rió y me tomó de la mano y nos fuimos de ahí.

Si tuviera que describir cómo era mi relación con José Manuel, tendría que decir que no era un noviazgo tradicional porque entre nosotros no había machismo, nos gustaba sentirnos iguales. Salíamos a la playa con otros compañeros e íbamos a la montaña para entrenarnos en defensa personal, acondicionamiento físico, en aprender a usar armas, practicar tiro, aprender a elaborar bombas molotov, elaborar documentos que se escribían a la sociedad estudiantil y a los trabajadores. Me involucré completamente en su mundo porque defendíamos las mismas ideas. Por eso es que empecé a hacer más cosas dentro del movimiento. Por ejemplo, primero empecé a trasladar de una ciudad a otra el periódico clandestino, luego ya fue de un Estado a otro. También buscábamos conseguir recursos a través de becas estudiantiles; Incluso, llegamos a comprar mimeógrafos, hojas, tinta, imprentas pequeñas, etc. Y cuando las cosas escalaron a más, se planteó que teníamos que dejar las aulas universitarias y cambiar de identidad, irnos a la clandestinidad para continuar en el reclutamiento.

Lamentablemente los medios de comunicación daban información completamente falsa de las actividades estudiantiles. Querían hacer creer que los estudiantes éramos delincuentes. Por eso mis padres trataron de impedir mi relación con José Manuel, pero siempre tuvimos cómplices y amigos que nos apoyaban no solo para vernos, sino también para participar en

actividades de apoyo a algunos movimientos de trabajadores. Para ese momento ya éramos considerados parte de ellos.

Me acuerdo que en el verano yo no podía ir a los círculos de lectura porque yo los hacía a escondidas de mi familia, pero seguía asistiendo a misa, donde Manuel iba a verme, aunque fuera de lejos y me enviaba cartas. Claro que algunas veces mi familia se dio cuenta. Uno de mis hermanos intentó agredirlo, pero Manuel le mostró el arma que cargaba en la cintura y mi hermano no tuvo más remedio que alejarse. Ese hecho fue muy importante porque eso le confirmaba a mi familia que estábamos involucrados en las luchas estudiantiles. Nada de lo que mi familia dijera me hizo cambiar de opinión, yo seguí con Manuel.

También me tocó conocer a su familia. Fuimos a casa de sus padres. Era una casa muy pequeña, con techo de lámina y piso de tierra. Había muchos niños pequeños. Me enteré de que Mariela, una de sus hermanas, estaba desaparecida, que un narcotraficante se la había llevado a la sierra contra su voluntad. Afortunadamente, con el tiempo, ella logró escapar cuando llegaron los militares al lugar donde la tenían secuestrada. Mariela tenía catorce años y estaba embarazada. Todo esto para mí era demasiada información. Me acuerdo de que, de regreso a Culiacán, José Manuel estaba enojado, meditabundo, cabizbajo: Mira Martita, ya conociste a mi familia y la extrema miseria que vivimos, mi madre acaba de tener otra niña, siempre exponiendo a los hijos pequeños porque no tienen ni para comer. Mientras que hay personas que están llenas de dinero, mis padres trabajan de sol a sol y no pueden ni comer. Mis hermanos ni a la escuela asisten. Esto es lo que quiero cambiar.

Luego, una tarde, sentados debajo de un árbol, junto al río, Manuel me preguntó si quería ser su compañera de vida, de luchas y batallas. No solo que fuéramos pareja, sino que fuéramos camaradas, con un objetivo definido. Me propuso matrimonio. Yo sentí mucho miedo. Mi familia no consentiría nada así. De hecho, también algunos de los compañeros del movimiento nos

dijeron que era muy imprudente porque tendríamos que mostrar nuestras verdaderas identidades. Pero también había otros más románticos que decían que era muy bonito, que total, con un nombre o con otro estábamos plenamente identificados, por lo que tendríamos que salir del estado de Sinaloa, pero casados. Así que el doce de febrero de mil novecientos setenta y seis, por la mañana, nos escapamos de la escuela y fuimos al registro civil. Nuestros compañeros fueron testigos. Pero no fue tan fácil, primero nos dijeron que no se podía porque nos exigían exámenes prematrimoniales y no los teníamos, pero luego una secretaria nos recomendó que dijéramos que ya vivíamos juntos y que yo estaba embarazada. Así fue como nos dejaron casar y nos casamos, aunque después de eso, cada quien se fue a su casa. Este matrimonio ya nos hacía más clara la idea de tener que fugarnos.

A mí se me ocurrió que José Manuel y yo fuéramos a ver a mi expareja. Él trabajaba en un banco. Le conté que estábamos casados sin el consentimiento de mis padres. Recuerdo que se sonrió, triste, le dio la mano a Manuel y le dijo: Me la ganaste a la buena. Nos reímos los tres. Luego le explicamos nuestro deseo de integrarnos por completo a la guerrilla, aunque ya era evidente que pertenecíamos a ella. Mi ex, nos dijo que pensaba que el país no estaba preparado para lo que estábamos haciendo. Que la sociedad nos percibía mal, que el pueblo —como nosotros le llamábamos— no iba a responder y que podría ser nuestro propio enemigo por su propia ignorancia. No hicimos caso. Le pedí que fuera mi puente de comunicación, que me diera información de mi familia y nos despedimos entre lágrimas. El diecinueve de agosto, nos fuimos a otro estado. Nuestras vidas no volverían a ser las mismas.

Yo me acuerdo de que, cuando nos subimos al camión, iba con el corazón palpitándome muy fuerte. Lloré mucho. Dejé atrás todo: familia, forma de vida, amigos, escuela, todo. Sentía que me arrancaban las entrañas. Manuel no dejó de abrazarme

ni de besarme. Por la noche llegamos a nuestro destino y nos trasladaron a una casa que era habitada por otros compañeros, incluso una pareja con un niño. Nos presentamos con nombres falsos, nos asignaron una habitación. Era una casa grande con jardín y eso me gustaba, los compañeros aparentaban ser estudiantes o una pareja donde el hombre salía a trabajar, realmente parecíamos una familia.

Me acuerdo de que la primera noche que pasamos juntos, en la misma cama, me di cuenta de que definitivamente me había casado con alguien único e irrepetible. José Manuel no tenía idea de que yo era virgen y fue muy paciente y amoroso. Pasaron diez días para que consumáramos nuestro matrimonio. Y yo recuerdo esto y me siento contenta de que Manuel no tuviera prisa, y me siento orgullosa de contarlo porque ya con el tiempo escuché experiencias de otras mujeres y supe que muchas la pasaron mal.

En aquella casa seguíamos con el entrenamiento, con los círculos de lectura, la discusión de libros y documentos, nos capacitábamos. Pero no todo era miel sobre hojuelas. Solo éramos dos mujeres y con el tiempo, la otra mujer me acusó de tener costumbres pequeñoburguesas. Le molestaba que usara maquillaje, perfume o crema de manos. Me defendí, por supuesto, pero la convivencia al principio no fue fácil, hasta que la compañera empezó a tener más contacto conmigo y logramos llevarnos mejor.

De vez en cuando, yo llamaba a mi ex que se volvió mi amigo y mi cómplice, y me contaba lo que sabía de mi familia, detalles de la vida de mis hermanos o de mis padres. Yo le agradecía mucho todo eso. Así estuvimos un tiempo en aquella casa hasta que una noche, el esposo de mi compañera se subió sobre mí mientras yo trataba de dormir. Me tapó la boca y me decía que éramos camaradas, que no hiciera ruido. Yo lo mordí y grité hasta que su esposa nos escuchó y entre lágrimas le reclamaba lo que había hecho. Cuando regresó Manuel, decidimos que nos íbamos a ir a Ciudad de México ese mismo día.

Cuando llegamos a Ciudad de México, llegamos a una de la casa de mis hermanas que vivía allá. El encuentro fue emocionante, nos abrazamos, lloramos, estuvimos felices, pero José Manuel y yo teníamos el compromiso con la organización y buscamos un departamento para no comprometer a la familia. Volvimos a la clandestinidad. Lo que sucedía con los compañeros nos preocupaba: había detenciones, desapariciones de varios de ellos e incluso había ejecuciones extrajudiciales. Todo esto lo hacía la Brigada Blanca, que supuestamente estaba conformada como contrainsurgencia de los grupos rojos. La Brigada Blanca estaba conformada por miembros de la Secretaría de la Defensa Nacional, la Dirección Federal de Seguridad, policías locales y municipales. Y tenían permiso de detener, torturar, desaparecer y ejecutar extrajudicialmente, sin límites de recursos económicos, vehículos, bienes inmuebles para oficinas y casas de seguridad utilizadas como cárceles clandestinas, en todo lo largo y ancho del país.

Por ese tiempo a José Manuel lo nombraron coordinador y reclutador de la zona noroeste del país, además dirigía la Brigada Margarita Andrade Vallejo, que llevaba el nombre de una compañera caída en la lucha. Así que regresamos de nuevo a Culiacán para que se organizaran y coordinaran las acciones y la estrategia que se llevaría a cabo a través de las instituciones educativas. Sabíamos que el movimiento estudiantil era clave y que además tendríamos contacto con los trabajadores de la educación. Así que la universidad invitó a José Manuel a dar clases a nivel bachillerato y profesional, y por este hecho, tuvimos la oportunidad de retomar nuestros estudios en la Escuela de Economía e idiomas porque dentro de los planes de la organización estaba hacer intercambios internacionales para contactar movimientos similares, de estudiantes y de trabajadores.

José Manuel se desarrollaba estupendamente como docente, además, seguía con sus estudios y era el dirigente de la organización, así que nos veíamos muy poco. De esa época tengo buenos

recuerdos y puedo ver cómo nunca me pidió que hiciera labores del hogar o que cocinara. Estaba implícito que teníamos una relación de igual a igual. Todo me hacía pensar que así seguiríamos toda nuestra vida.

En una ocasión que visitamos a sus padres, dos de las hermanas de mi marido quisieron irse a vivir con nosotros. Querían ir a la escuela. José Manuel, orgulloso de ayudarlas a que estudiaran accedió, pensaba que tendrían un futuro de paz y tranquilidad. Para ese momento pensábamos que existía la posibilidad de establecernos definitivamente y que dar clases era una forma de luchar a través de la concientización del alumnado. Creímos que estábamos labrando un futuro más tranquilo y seguro.

Sin embargo, en Sinaloa, para debilitar al movimiento, se había determinado una ley de amnistía local para la liberación de los presos políticos que desde el interior de la penitenciaría seguían organizados. Esta ley favoreció a quienes estaban de acuerdo en deponer las armas. Incluso, había una recompensa de cien mil pesos a quienes denunciaran a quienes no quisieran dejar el movimiento armado. También les ofrecieron becas de estudio fuera de Sinaloa. Esto nos alertó porque volvía a ponernos en riesgo. Ya no sabíamos en quién podíamos confiar así que volvimos a cambiar nuestra ubicación.

El viernes treinta y uno de diciembre de mil novecientos setenta y seis, mientras yo estaba sola en casa, empecé a sentirme mal. Así que pedí a los vecinos que me ayudaran a ir al médico. Así descubrí que estaba embarazada. Cuando le conté a José Manuel, se sorprendió mucho, pero se llenó de júbilo. Empezó a llover mientras me abrazaba. Estábamos felices por nosotros, como pareja, pero nos preocupaba la caída del movimiento. Estaba muy claro que José Manuel seguía teniendo una gran responsabilidad con el movimiento y no era posible abandonar el barco.

Una vez, por la noche, un compañero del comité central del movimiento fue a buscar a José Manuel a nuestra casa. Amenazó a mi esposo, le exigió que abandonara las armas. En cuanto

se fue, supimos que teníamos que irnos de ese lugar y que no podíamos seguir teniendo a sus hermanas con nosotros. Ellas, tristes, nos preguntaban porqué no podían quedarse, pero nosotros no podíamos explicarles. Los padres de José Manuel pensaron que era porque yo las despreciaba, pero con el paso de los años logré explicarles el peligro que corrían y entienden que fue lo correcto. Hoy en día siguen diciéndome mamá por los tiempos que pasamos juntas.

José Manuel para ese momento ya expresaba su cansancio de andar siempre de prisa y escondiéndose. Descaba que estuviéramos más tiempo juntos, pero él siempre fue una persona muy responsable lo que le impedía dimitir.

Así pasaron algunos meses, hasta que en el mes de junio fuimos a la Ciudad de México y vivimos de cerca el miedo de ser detenidos por un retén militar. Logramos salir de esa ocasión porque les dije que habíamos empezado a vivir juntos, sin el consentimiento de mis padres y nos creyeron. Continuamos nuestro camino. Sin embargo, nos enteramos de que en ese mismo retén habían detenido y desaparecido a otro compañero de la organización y que fungía como maestro de la Universidad. Sabíamos que no podíamos estar en paz, así que nuestro embarazo pasaba entre la incertidumbre y el miedo de no tener claro lo que podía pasar.

Por ejemplo, recuerdo que una noche un compañero me visitó para apoyarnos porque la fecha de mi alumbramiento estaba muy cerca. Manuel había salido y nos había dicho que, si para las nueve de la noche no regresaba, nos fuéramos de ahí sin levantar sospechas. No llegó a las nueve así que le hicimos caso. Apenas habíamos avanzado dos calles cuando una patrulla se acercó a nosotros. El compañero éste me abrazó y caminamos muy lento, así que cuando nos preguntaron a dónde íbamos, él dijo: Llevo a mi esposa al médico y como el hospital estaba cerca, en cuanto nos perdieron de vista, tomados de la mano nos echamos a correr. Ese día esperamos toda la noche a José

Manuel que llegó al amanecer muy agitado, lleno de lodo y sangre porque estuvieron a punto de detenerlo junto a otros compañeros. En aquella persecución acribillaron a un compañero. Volvimos a cambiar de domicilio.

Dentro de todo lo que pasaba, nosotros tratábamos de pensar en nuestro futuro bebé. Visitábamos tiendas de ropa y nos imaginábamos el momento de su nacimiento. José Manuel le hacía cariños a mi vientre abultado, le cantaba la canción de los Beatles, Michelle. Si mi bebé hubiera sido niña, le hubiera puesto Michelle.

Por esos días, José Manuel me pidió que nos reuniéramos con mi novio. Recuerdo que Manuel le pidió que le prometiera que, si algo le pasaba a él, mi ex estaría conmigo. Yo me sorprendí mucho y hasta me molesté, pero entendí que no lo pediría si no fuera por el peligro en el que nos encontrábamos. Luego de vernos con mi ex, fuimos a casa y me dio una fuerte cantidad de dinero y me dijo que me fuera de la ciudad los días que me faltaban para que naciera nuestro hijo, pero yo me sentía con la obligación de quedarme a su lado. Tarde me di cuenta del gran error que cometimos al quedarme y continuar juntos.

El diecinueve de agosto de mil novecientos setenta y siete, a mediodía, José Manuel se despidió de mí con mucha ternura, incluso recuerdo que entonó unas estrofas de una canción de moda y me dijo que me veía bonita con su hijo dentro de mí. Nos despedimos con un beso sin imaginar que ese sería el último beso que nos daríamos.

Esa tarde yo estaba con una vecina, cenábamos cuando de repente escuchamos un tumulto de personas corriendo hacia el interior de nuestras casas que estaban comunicadas por un patio. Fue todo tan de prisa. Empezó a llover, con relámpagos estruendosos que se confundían con los gritos. De pronto teníamos frente a nosotras a personas vestidas de militares, a policías judiciales y personas vestidas de civil; nos preguntaron por mi esposo: José Manuel Alapizco. Me miraron y por

mi juventud dedujeron que era su esposa. Me lo preguntaron y respondí que sí, que era su esposa y luego, sin la más mínima consideración me arrastraron de los cabellos, unos seis metros, hasta la sala con la intención de que personas que llevaban detenidas me identificaran. Luego, empezaron a golpearme para que les dijera dónde estaba José Manuel, yo no lo sabía, seguíamos protocolos de seguridad. Empezaron a buscarlo por toda la casa mientras me apuntaba con una metralleta. Me prohibieron voltear a verlos. Junto a mí, en el piso, estaba un militar. Después, más pisadas en el techo, ruido, amenazas. Y luego, sentí el tirón del militar que estaba a mi lado. Me estaba protegiendo de los balazos. Eran tantos disparos que parecía una guerra.

Por los ruidos, los gritos y los lamentos, entendí que José Manuel ya estaba en casa y que con él estaban Juan Germán y Francisco Javier, ambos compañeros de lucha. Juan Germán, hasta la fecha, sigue desaparecido. A Francisco Javier lo vi cuando me subieron a una camioneta. Lo supe porque se quejó cuando caía sobre él. Tenía su cuerpo lastimado por las torturas. También Francisco Javier sigue desaparecido.

El domicilio del que fuimos sustraídos estaba muy cerca de la casa de mis padres, así que yo conocía como la palma de la mano las subidas y bajadas del camino. Los topes y los altos; así supe que nos llevaban a la Novena Zona Militar. En cuanto llegamos, nos bajaron a culatazos del vehículo. Me golpearon mucho. Luego, me interrogaron por largo tiempo. También tomaron mis huellas dactilares y después me sentaron en una silla con los ojos vendados y las manos atadas. Me tomaron fotografías para elaborar la ficha criminalística de frente y de perfil.

Sabían todo de nosotros: estudios, constancias, nombres de nuestras familias, sus domicilios. Recuerdo perfectamente cuando se enteraron de que había estudiado en un colegio católico y mientras me golpeaban me preguntaron por qué había escogido como marido a un comunista que solo me había llevado a esas mazmorras.

Pasado un tiempo, que nunca he podido determinar, escuché de nuevo pisadas fuertes, gritos, ruidos. Escuché que algo se arrastraba y que lo dejaron caer. Después me quitaron la venda de los ojos con brutalidad para que pudiera ver a José Manuel que estaba lastimado, herido, evidentemente torturado. Con él, en el suelo, le dijeron: Mira a tu mujer y al engendro del demonio que lleva dentro. Si no hablas, la vamos a matar a ella y a tu hijo. Los ojos de mi esposo eran agónicos, de amor, arrepentimiento. Lloraba, las lágrimas caían por sus mejillas y no dejaba de verme, como si quisiera decirme algo. Siguieron torturándolo y a mí también. Simulaban que me iban a fusilar. Querían obligarlo a hablar, que denunciara a otros compañeros; sin embargo, sus labios no pronunciaron ni una sola palabra.

Me tocó ver cómo lo despojaron de su ropa y lo maltrataban. Uno de los militares le dijo: con que tienes muchos huevos cabrón. ¿No quieres hablar? Y mi marido en silencio. Así que otro se arrodilló y con cuchillo en mano, lo mutiló. Le cortó los testículos y luego se los arrojó en el pecho. Enseguida me aventaron hacia José Manuel y caí sobre su cuerpo que no dejaba de sangrar a borbotones. Yo traté de incorporarme, pero me golpearon de un culatazo y volví a caer sobre él.

La mirada de Manuel estaba llena de dolor, de tristeza. Nunca la voy a olvidar. Pude ver cómo el color de su piel se iba desvaneciendo y puedo imaginar la incertidumbre que le ocasionaba verme en esas condiciones. Imagino que por su mente pasaban imágenes del hijo que no conocería. Dentro de todo ese dolor, yo seguía sintiendo su sangre tibia que corría entre mis dedos. Yo me limpiaba las manos en mi vestido y podía sentir su corazón palpar mientras él seguía llorando. Me obligaron a ver cómo lo torturaban hasta que vi que sus ojos se apagaban lentamente. Pero José Manuel fue estoico, soportó todo eso, sin pronunciar una sola palabra. Yo lo besaba mientras me golpeaban y ellos me gritaban que llorara, pero yo no podía llorar. No sé cuánto tiempo pasamos así.

Pero llegó un momento en el que me quitaron de su lado y me volvieron a poner la venda en los ojos. Acto seguido, escuché cómo accionaron un arma y el balazo. Nada. Ni un solo quejido. Silencio. Solo el ruido del cuerpo de mi esposo ya muerto que estaba siendo arrastrado hacia el baño en donde lavaron su cuerpo. Con el tiempo me enteré de que volvieron a ponerle la ropa para tomarle fotografías y hacer el parte informativo de la Dirección Federal de Seguridad. Todo esto lo pude ver yo misma en los documentos que encontré en el Archivo General de la Nación.

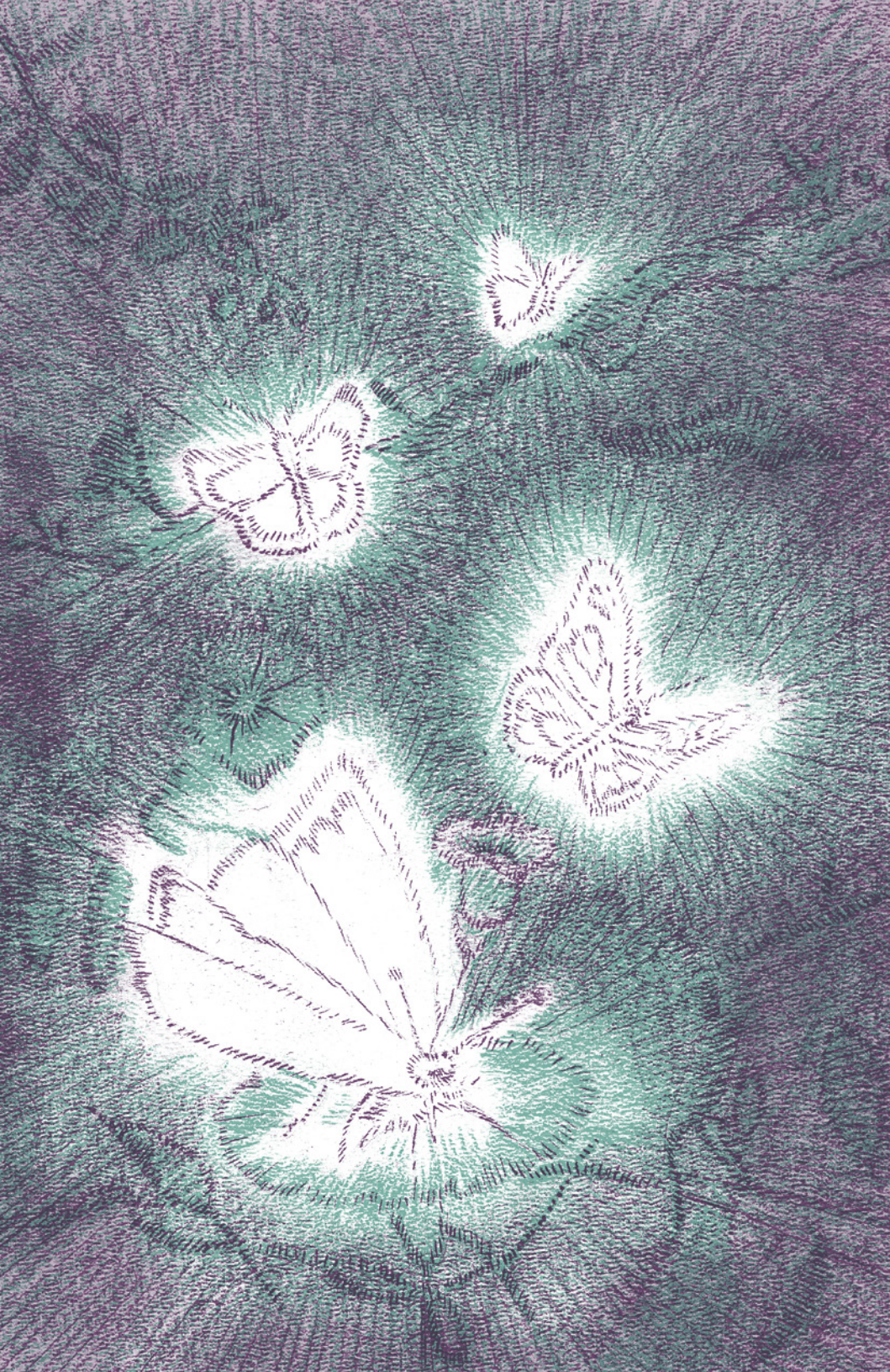
Sé que interrogaron a muchas personas mientras yo estuve detenida. Yo los vi hacerlo. Los torturaban, y llevaban y traían a muchos detenidos para que me identificaran. Todos negaron conocerme. Supongo que lo hicieron para protegerme. Aunque eso no detuvo las torturas en mi contra. Estuve varios días ahí. Con los labios rotos, la nariz fracturada. Presencié torturas a otros compañeros, incluso logré identificar a varios de ellos, algunos fueron mis compañeros de estudios y de universidad. Los vi golpeados, atados unos a otros de pies y manos. Nos trataron muy mal, nos daban de comer alimentos en estado de putrefacción y nos enfermábamos del estómago.

Como en todas las cárceles clandestinas, siempre hubo un médico que autorizaba las torturas físicas. Ese médico suele ser el que decide si se pueden continuar los golpes o no. Ese hombre fue el que revisó mi embarazo. También era cruel. Me decía que enviaría a mi hijo a una casa cuna, un orfanato. Así me tuvieron hasta que el veintiocho de agosto se me rompieron las membranas y comenzaron, de nuevo, a torturarme psicológicamente. Como veían que yo no me quejaba por los dolores del parto, me apretaron el vientre para obligarme a parir, pero no lo consiguieron, así que el médico decidió sacarme a mi hijo con fórceps, sin aseo, sin anestesia. Me rasgó mi cuerpo con el bisturí y cuando mi bebé lloró, me dijeron que sería la última vez que lo vería. No fue así, lo dejaron conmigo.

Nueve días después, yo, con cuarenta y dos kilos de peso, ya no pude sostenerme por mí misma. Yo no sabía a dónde me llevaban, pero no podía caminar, así que me pusieron en una silla de ruedas y me llevaron hacia un automóvil. Mientras me acomodaban dentro del auto, uno de ellos me dijo que me iban a dar la ley fuga y que a mi hijo lo darían en adopción. Yo no dije nada. Me dejaba llevar. Creí que sí iban a hacerlo porque no me dieron a mi bebé. Pero luego el carro volvió a detenerse. Me ordenaron que no me quitara la venda y que no podía levantarme. Esperé. Seguí temblando, no sabía qué iba a suceder. Me dieron a mi hijo, yo lo abracé, seguí temblando y esperé hasta que se abrió la puerta del lado del conductor y escuché que se encendía el carro. Sentí unas palmaditas cariñosas, luego oí la voz de mi padre: Si llegamos a casa, ya la hicimos, si no, ya nos llevó la chingada a los tres.

Llegamos vivos a casa de mis padres, pero el cuerpo de José Manuel nunca fue entregado ni localizado en ninguna parte. Sé que mientras yo viva, él no estará muerto.





LAURA

Mi nieto se quedó sin mamá. No sé dónde está mi hija. Soy Laura Curiel y vivo en algún lugar de México y me pregunto por qué las personas desaparecen y no las podemos encontrar.

Tenía más de diez meses ahorrando para mi proyecto de vida y mi vejez. Quería tener vacaciones, ir a la playa, alejarme de la rutina y de la monotonía laboral, se lo comenté a Daniela, mi hija, ella me dijo que ella también tendría vacaciones, así que le sugerí que fuéramos juntas a la playa, me dijo que tal vez sí y le insistí en que lo pensara, y me dijo que sí, que lo pensaría. Yo estaba muy emocionada de ir a la playa con ella y con mi nieto.

En esos días que planeaba el viaje, yo estaba en casa de mi amiga Cristina y me acuerdo de que llegamos de trabajar, estábamos cenando muy a gusto con su hija Tete y antes de irnos a dormir, vi en mi teléfono un mensaje de Daniela: ¡Madre, madre! Inmediatamente pensé que había problemas. Se me quitó el sueño.

Luego otro mensaje: ¡Se salió y se llevó al niño, y no ha llegado! Yo le contesté que se calmara y que me platicara qué había pasado. Se tardó en contestar y cuando lo hizo me dijo que su esposo ya había llegado con el niño todo mojado y acordamos que al otro día me llamaría y veríamos qué haríamos. Y así hice: Le llamé cinco veces y las cinco me mandó a buzón. Pensé que seguramente estaría cansada por la noche y que a lo mejor había olvidado cargar su teléfono. Nunca más volví a escuchar a mi hija.

Cuando Daniela ya no me contestó sentí que tenía que hacer algo e inmediatamente fui al Ministerio Público. Ya ahí empecé a sentirme más intranquila. Había mucha gente y yo quería que todas las personas que estaban ahí se fueran. ¡Váyanse! Gritaba por dentro. ¡Váyanse! Quiero que me ayuden a buscar a mi hija. Pero supongo que todas estábamos igual.

Yo veía al Ministerio Público como un dictador que decide qué se hace y qué no. Me dijeron que no podían levantar la denuncia si no la levantaba la última persona que vio a Daniela. Yo no lo podía creer, ese ser, el padre de su hijo, la violentaba. ¿Cómo iba yo a confiar en él?

¡Qué ironía estar sin Daniela! Decir que está desaparecida y que la vida siga, que la vida se acumule. Que los gastos se incrementen, que haya que pagar pañales. ¿Qué vamos a hacer sin ti, Daniela? Has dejado a tu niño. ¿Cómo viviremos? ¿qué hago si no puedo ir a buscarte?

La imaginaba en esa casa:

Golpeada.

Lastimada.

Sin poder moverse.

Inconsciente.

Pidiendo mi ayuda. Gritando: ¡Madre, aquí estoy, sácame de esta casa!

Y después la incertidumbre, porque luego también pienso que pueden tenerla los tratantes, porque ella es bonita y guapa, y es delgadita, tiene una cintura pequeña, y sus piernas bonitas. Él, su esposo, creó esa mentira. Yo solo quiero saber dónde está.

¿Qué te hicieron hija? ¿estás muerta? ¿dónde te lloro? Yo solo quiero saber dónde estás y que tu hijo y yo tengamos un poco de paz.

Así he estado por ocho años. Todos los días pensando en dónde está y cuidando de su hijo que ahora es mío. Hace tiempo que lo llevé al mar, como habíamos planeado esa noche, como yo quería. Y pensaba en Daniela mientras el pequeño se mojaba los pies. ¡Cuánto vacío sin Daniela! Soy la madre de Daniela y ahora también soy su voz.

Mi relación con Daniela era buena y armoniosa. Éramos muy afines, nos gustaban las mismas cosas, la misma comida, nuestra forma de ser era muy parecida. Como una vez que fuimos a registrar a Axel, su hijo, y vimos unas gorditas con carnitas,

y palmeé, Daniela se rió y le dijo al papá de su hijo: ¿Ves?, yo hago lo mismo, es costumbre, lo aprendí de mi mamá. ¿A qué te refieres? Le pregunté y ella me contó que ella también palmeaba y su esposo le preguntaba por qué era así. Por costumbre, tal vez, por mi madre, le dijo.

Dany fue una niña muy obediente. Nunca discutía conmigo. Íbamos siempre juntas a muchas partes y yo trataba de que tuviera más amigos, ya que el papá de su hijo la limitaba con sus amistades. Entonces, yo era la sonsacadora y le decía: cuando quieras salir con tus amigas me dejas al niño y te vas. Porque yo veía que ella llevaba una vida muy solitaria, siempre quería estar en mi casa y quedarse varios días.

A Daniela le gustaba el reguetón y tenía ganas de aprender a tocar la guitarra, ser cantante y, dentro de todo, también quería un futuro mejor para su hijo. Daniela estaba empezando a tener una vida que la complacía: estaba contenta en su trabajo y la iban a ascender. Tenía planes para el futuro de su hijo. Empezaba a salir al cine, a convivir con personas de su edad, de su entorno. Tenía planes. Y eso hizo que Daniela ya tuviera en la cabeza no querer volver a ver al padre de su hijo, estaba empezando a ser responsable de ella, de su vida, del futuro de su hijo.

Tengo que admitir que ser abuela fue una sorpresa que me tomó desprevenida. No pensé que lo sería tan pronto, pero viví el embarazo de mi hija con alegría. El nacimiento de mi nieto Axel nos puso muy felices. Lo disfrutamos mucho como bebé luego, siete meses después nació Samuel y un año después Jethro: mis grandes amores. Yo me quedé con Axel, es mi responsabilidad, yo cuido por su vida y su educación.

Cuando supe que yo estaba embarazada de Daniela, estaba pasando una situación muy difícil, tanto económica como de pareja. No estábamos bien. Dany nació entre carencias y discusiones, quizá por eso creció siendo una niña muy consentida, en comparación con Brenda, su hermana mayor. Para mí, ellas eran lo más importante, por eso me aferré a que tuvieran una figura

paterna y viví unos años más con su papá. Yo creo que mis dos hijas crecieron felices, siempre estábamos juntas y compartíamos muchas cosas.

A Daniela le gustaba ir a la escuela. Me acuerdo de que yo le decía que la iba a castigar no yendo a la escuela y ella lloraba. Creo que, dentro de todo, mis hijas amaban su vida, su entorno, su espacio. Siempre traté de que la casa fuera armoniosa para ellas.

Fui una mamá comprometida, me hice vocal en su escuela para poder estar más presente en sus vidas. Me gustaba ser parte de su mundo, aunque su papá casi nunca estaba, yo resolvía cualquier situación. Hasta que me separé de él y empecé a trabajar, desde ahí fue difícil poder convivir como antes y creo que para ellas fue complicado pasar tanto tiempo solas, sin mí.

Desde el momento en que Daniela no apareció, para su hijo mayor fue muy difícil todo. Él estaba por cumplir tres años y ya, así, desde pequeño, le tenía mucho coraje a su papá, porque él veía lo violento que era con su mamá. Se volvió violento, temeroso, tenía miedo de todo. Cuando yo vi esto, empecé a preguntarle a los psicólogos qué pasaba y cómo podía hacer para que él tuviera una vida normal. Que fuera independiente, que comprendiera la situación. Por eso nos hicimos tan unidos, porque me acompañaba a todos lados: a la SEMEFO, a las fiscalías, a las reuniones, a los talleres. Así fue como empezó a tener más estabilidad. Pero luego cuando entró a la escuela volvió a ponerse todo difícil porque la mayoría de las actividades las hacían con las mamás y él entendía que él no tenía una. Aunque las maestras trataban de involucrarlo, hasta la fecha, no hemos logrado que quiera hacer alguna actividad para su mamá.

Mi nieto es muy tierno, y directo. Se parece a su mamá y a mí. Es platicador, sensible. Le gusta ver películas todo el tiempo, cuando le toco sus manitas, siento como si fueran las de Daniela. Varias personas me lo han dicho, es como ver la esencia de mi hija en él. Es distraído, siento que trata de evadir la realidad porque sigue extrañando a su mamá.

La vida sin Dany es muy dura. La extraño, porque también era como mi amiga. Yo siempre le consultaba todo; que, si yo quería salir o hacer alguna festividad o reunión, yo se lo contaba y buscaba tener su aprobación porque ella era directa y me decía lo que realmente pensaba. Es duro estar sin ella, entender que tal vez no vuelva a verla, que no disfrutará de su hijo. A veces, cuando hago cosas con mi nieto, siento que no tengo derecho de quitarle a Daniela esos momentos con él. Ella debería estar ahí, con él. Conmigo.

Pero también procuro que por ella y por Axel sigamos teniendo comunicación en la familia. Buscar el apoyo mutuo, tener presente a Daniela, saber que es parte de nuestra familia y que no perdemos la esperanza de encontrarla. De encontrarla a ella y a todas las que no están.

Cuando llegas a vivir una desaparición de un familiar te sientes sola. Sientes que nadie te entiende, pero un día me encontré a unas señoras platicando afuera de la FGR. Yo las escuchaba hablar distinto, como más organizadas, juntas. Les pregunté si ellas también buscaban a sus hijas y me dijeron que sí, y me preguntaron si yo también. Entonces me platicaron lo que significaba un colectivo y de las miles de personas desaparecidas que había en el país.

Verlas, escucharlas, entender lo que hacían me hizo sentir esperanzada, porque eran muchas mujeres buscando a sus hijas, se acompañaban mutuamente y por eso me uní a ellas.

Primero empecé participando en talleres y desde ahí veía que las rastreadoras eran fuertes. Conocí a Silvia, Valentina, muchas más y me sorprendía que supieran tanto. ¿Cómo sabían tanto? Y yo les preguntaba de todo, en cada taller aprendía algo de sus experiencias y de ellas como mujeres. Hasta que un día me atreví a hablar. Empecé a participar más, involucrarme más, a alzar la voz, a no quedarme callada. Comencé a entender el contexto en el que vivía y un buen día hasta aprendí a interpretar las leyes.

La búsqueda de mi hija me hizo aprender sobre políticas públicas, entender que sí se puede encontrar a las personas y cambiar las cosas. Aprendí a tener herramientas para buscar a mi hija, hacer una exigencia, la llamada alerta de género y que se busque la armonización de la ley a nivel nacional.

Quiero ser parte de un consejo ciudadano y aprender más. Necesitamos aprender cómo buscarlos a todos y todas, conocer el contexto de cada estado y qué hacer con esa información. Hacer algo por este mundo.

En este camino de búsqueda de mi hija, me encontré de todo y decidí tomar lemas de vida:

- Las personas buenas llegan en la vida por una razón.
- Las personas malas llegan para aprender lo que nunca debes ser.
- Las personas buenas e incondicionales, nunca hay que dejarlas ir.
- Las personas de corazón: conservarlas y disfrutarlas.

Así que, entre conocer a personas con las que concordaba y otras con las que no, un día decidí andar sola en mi búsqueda, pero las compañeras que conocí me decían: Queremos que seas nuestra guía. Para mí fue muy grato escucharlas en cada llamada pidiéndome formar un colectivo. Fue una satisfacción que decidieran elegirme.

Yo acepté, nos reunimos y empezamos a pensar en el nombre y cada una de las integrantes de ese entonces aportó una idea, fue como se formó Mariposas Destellando, buscando razones y justicia.

Así empezamos a caminar nueve personas, trabajando de la mano, ahora cuatro representantes de sesenta familias que nos apoyamos con lo vivido. Nos unimos, aunque estemos en diferentes estados y en diversos contextos. Cada una aportando cada día algo distinto, para encontrar a nuestros familiares, buscando verdad y justicia.

No ha sido fácil escuchar tanto dolor; sobre todo, de madres, mujeres, hermanas, hermanos, padres, personas que se

van convirtiendo en tu propia familia. Somos familias fracturadas, pero vivas.

Cuando Dany, mi hija, desapareció no entendía el contexto que existía en el país. Antes de su desaparición, yo veía la televisión y escuchaba que se había creado una fiscalía de esto, de aquello, pero yo pensaba que vivía en un país seguro. Yo sentía lejano todo eso que decían en las noticias, hasta que me pasó. Y todo ese creer en las instituciones, en un país, fue desapareciendo. Se fue mi fe y ... los días se volvieron un peso muy grande. Primero un día, una semana, un mes, un año y nadie me ayudaba a encontrara mi hija.

Fue muy duro vivir el hecho de que no me ayudaron a encontrar a mi hija. Yo veía a las madres, que, como yo, caminaban por los Ministerios Públicos sin respuesta. Veía que no les hacían las diligencias solicitadas y yo pensaba que eso no me iba a pasar a mí. Al ver eso, al saber que yo no iba a aceptar que las cosas quedaran como si nada, empecé a fijarme en cómo tenían que ser los procesos de búsqueda. Comencé a aprender qué se debía hacer y qué no. Eso es lo que comparto con el colectivo.

Aunque es difícil, me he propuesto comprender a las personas que acompaño y trato de hacer lo que muchas líderes o representantes no hacen dentro de los colectivos, grupos o asociaciones que yo he conocido. Quiero ser empática y de verdad ser un soporte. Yo lo hago porque muchas veces me identifico con las historias. Con el dolor de cada mamá. Por ejemplo, Cary es una persona tan tímida que tiene miedo de hablar ante la autoridad. Así que cuando empecé a acompañarla, sin que sintiera que yo le quería imponer, yo le decía: Exige esto, pide aquello. La aventaba al ruedo y con el paso del tiempo aprendió a hablar, a pedir.

Otra compañera, Irma, tampoco sabía cómo dirigirse a las autoridades, pero conforme ha pasado el tiempo, ha tomado talleres y terapia. O Belem, que es una persona muy noble, también he podido ver cómo ha aprendido a llevar por su propia iniciativa la investigación del asesinato de su mamá mientras

buscaba a su hermano. También está Lupita, una señora que lleva poco en el colectivo, está enferma y solía pedir disculpas cada preguntaba algo. Yo le decía: No, tú pregunta, y si yo puedo ayudarte, lo haré con gusto. Sin disculpas.

Y así soy con todas las personas que se acercan a nuestro colectivo, trato de entender su proceso, hacerlas sentirse acompañadas para que no experimenten la soledad que yo sentí cuando empecé a buscar a Dany.

Dentro del colectivo hemos tenido distintas experiencias, muchas llenas de dolor, pero también de aprendizajes de la vida misma. Me acuerdo de que nuestra compañera Angélica quien unió a nosotras porque no encontraba a su marido y, nueve meses después, se enteró que él estaba bien, que había sido su decisión irse. Angélica no dejó de acompañarnos y sigue apoyando a otras familias que no han tenido la suerte de saber dónde están sus familiares. También estuvo el caso de Roberto, que llegó con mucho dolor, miedo, enojo e impotencia de lo que había vivido y tuvo la fortuna de encontrar a su hijo un mes después, vivo. Cuando esas cosas pasan nos da mucha alegría por ellos, pero también nos entra un sentimiento muy grande de dolor, porque nosotras seguimos en esa búsqueda sin nada más que nuestra esperanza. Hay personas, como Julio, que se quiebra porque le duele ser el hijo que no se llevaron y le cuesta trabajo cargar con el dolor de su madre.

Este país está roto, somos pedazos que no pueden unirse, a menos que nosotros lo hagamos por nosotros mismos. Yo también sigo rota, porque una madre nunca olvida, nunca cesa en buscar a su hija. Nunca dejaré de buscar a Daniela, la diferencia es que empecé sola y ahora estoy acompañada, en ese acompañamiento también le tiendo la mano a mi nieto para que pueda tener una vida en paz, lejos de lo que lo ha lastimado y pueda construirse una vida y nunca olvide a su madre, que yo vea cómo se construye un proyecto de vida y de vejez distinto al mío. Mi nieto se quedó sin su mamá, yo me

quedé sin mi hija, mis compañeras sin sus familiares, pero nos tenemos a nosotras. Por ahora, eso nos sostiene.



LAURA CURIEL



EMMANUEL

Mi papá me llevó al cine hace trece años. Yo tenía nueve y para entonces me conocía el libro en el que estaba inspirada la película del derecho al revés. Se lo conté todo en la sala de espera mientras comíamos palomitas. Él se aburríó.

Luego me contó mi mamá que le dijo que no volvería a llevarme al cine. Así fue. Ese día, hace trece años, fue el último día que mi papá me llevó a ver una película.

Nunca supe si fue porque mi papá no volvió a ver películas conmigo, pero a mi mamá se le ocurrió que algunos fines de semana mi hermana, ella y yo, viéramos películas juntos. Se volvió un ritual: maíz, aceite, sal, que las palomitas no se quemaran, y mi mamá diciéndonos: ya están, vénganse a echarles chilito o lo que quieran. Y Lunita, mi hermana, y yo, nos sentábamos a los extremos del mismo sillón. Cuando mi madre tomaba su plato, era cuando metía la película en el DVD. Casi siempre eran películas de estreno, casi siempre piratas y por eso se llegaban a escuchar las risas de las personas en el cine o personas que interrumpían la proyección por llegar tarde a sus asientos. Yo sentía que el video de baja calidad combinaba con nuestra tele chiquita, igual que la casa, chiquita, pero suficiente, igual que nuestra familia. Nosotros tres, ahí, juntos. Para mí siempre habíamos sido tres, aunque ni mi mamá ni mi hermana pensaran igual.

Un día de esos, el teléfono sonó mientras mi hermana y yo teníamos nuestros tazones de palomitas llenos. Me levanté a contestar, me preguntaron por mi tía, dije que sí vivía ahí, pero que no estaba. No era verdad, mi tía no vivía con nosotros, pero dejaba nuestro teléfono como referencia porque ella no tenía teléfono en su casa. ¿Quién habla? Me preguntó el señor. Con Alejandro León, le contesté. Entonces, mi

mamá intervino, me preguntó quién era mientras me quitaba el teléfono. Yo volví a sentarme y tomé mis palomitas. Mi tía ha de tener deudas, pensé. No sabía que ese día sería el último fin de semana de palomitas y familia perfecta. Pero luego la expresión de mi mamá cambió y empecé a preocuparme. La vi voltear a la ventana mientras decía: No, no nos hagas esto, por favor, nosotros no tenemos mucho. Y luego nos hizo una seña de que nos acercáramos mientras comenzó a llorar. Ya cerca de ella, entendí que su seña no significaba lo que habíamos entendido. No nos quería cerca, sino agachados. Ella seguía volteando hacía la ventana con desesperación mientras lloraba y se tiraba al suelo al lado de nosotros aun con el teléfono en la mano. Mi hermana comenzó a temblar, yo la imité instintivamente. Es que de verdad no tenemos nada, nada, nada, ni un quinto, ni joyas, ni tele, nada. Luego dijo que sí, y dio las gracias. Después colgó y siguió llorando unos segundos en los que nos dio la indicación de que nos fuéramos a mi cuarto, que era el que estaba más alejado de la calle, y ahí nos quedamos, acostados en la cama, esperando que pasara algo, que ella nos explicara, Luna y yo teníamos miedo.

Después de un rato, mi mamá nos dijo que le habían dicho por teléfono que nos estaban vigilando, que había alguien afuera de nuestra casa y que querían que les diéramos todo lo que teníamos, pero que el tipo se desinteresó cuando entendió que mi mamá le decía la verdad.

Yo me los imaginaba afuera dentro de camionetas, negras, de vidrios polarizados, pero no tenía lógica, la calle era estrecha, no podía pasar más de un auto a la vez. Esa tarde, el tiempo se detuvo en casa. Estábamos ahí, pero no estábamos. Fui yo el que rompió la calma, me levanté de la cama, dejé a mi mamá y a mi hermana abrazadas. Siento que fue una metáfora de algo, porque desde ese día, aunque intentamos varias veces volver a sentarnos a ver películas juntos, ya no fue igual. Mi mamá ya no hacía palomitas y cuando yo iba a comprar de

microondas a la tienda, me sentía con suerte si alguna vez mi mamá comía alguna.

Tiempo después volvió a sonar el teléfono. Mi mamá contestó. Alcanzamos a escucharla porque, aunque estábamos en nuestros cuartos, las puertas eran de tela y había poca privacidad.

Hola, señora, ¿cómo está? dijo mi mamá. Al escucharla decir señora, supe que hablaba con la tía de mi papá, era a la única que mi mamá le decía así. No me diga eso, eso no puede ser. Siguió diciendo mi mamá con una voz que pasó de la preocupación al quebrantamiento. Ese quiebre de voz me puso nervioso, pude sentir claramente la presión de la mano de mi madre mientras agarraba el teléfono.

Creo que Luna y yo salimos al mismo tiempo de nuestros cuartos para ver qué pasaba. Pensamos que estaba pasando lo mismo que aquella primera tarde en la que quisieron extorsionar a mi mamá: mismo lugar, mismo teléfono, misma madre desesperada. Otra vez el miedo.

Dígame que es mentira, por favor. Es que no puede ser. Yo lo amo, yo siempre lo he amado. Yo me quedé paralizado, a lo mucho acerté a recargarme contra el sillón. Fue mi hermana la que le preguntó a mi mamá qué pasaba.

Secuestraron a su papá, hijos. Ese hijos me sonó distinto, como a decepción. Como si su única labor en la vida fuera decirnos que todo estaba bien, y con lo que acababa de decirnos se le derrumbaba todo. Como si fuera la primera vez que nosotros sintiéramos que no tuviéramos padre y que esa sensación de toda la vida se hacía más real: que teníamos un padre sin tenerlo y que queríamos tenerlo, pero no lo teníamos. Sentí una presión en la cabeza, más miedo, más ganas de llorar. El tiempo se me hizo lento, irreal. Luego Luna lloró, gritó y abrazó a mi mamá. Las dos se consolaron tiradas en el suelo. Yo me quedé en el sillón, viéndolas. No podía llorar frente a ellas, me fui a mi cuarto y entonces lloramos los tres, ellas dos abrazadas y yo acostado en la cama.

Mi papá no había vivido con nosotros casi toda la vida. A mí me contaban que antes, mi madre, él y yo, vivíamos en una casa cerca de la de mi abuela. Yo recordaba la casa, pero no a él. Luna, en cambio, nunca lo había conocido, porque él nos había dejado cuando mi mamá estaba embarazada. Sin embargo, mi hermana siempre soñaba con su papá. Decía que era su príncipe, que era guapo, que era el mejor. Ni lo conoce, decía yo, que tampoco lo conocía.

Mi mamá siempre nos había hablado bien de él. Nos contaba cosas del pasado y nos decía que él nos amaba, que nosotros también debíamos hacerlo. Creo que por eso nunca lo odié. Mi madre me inspiraba una admiración tremenda, por ella, pensaba que el amor sí existía, a pesar de todo lo que pudiera pasar.

Como Lunita quería conocer a su papá cuando tenía ocho años, mi mamá lo demandó por pensión alimenticia, sólo como excusa para que fuera a hablar con ella y conociera a su hija. Yo recuerdo que ese día nos pidieron que bajáramos a la sala. Vivíamos con mi abuelita, y mi mamá estaba sentada en el sillón con un hombre al lado. Yo pensaba que era un compañero suyo, alguien de su trabajo, un cliente, y le dije a Luna que no fuera.

Ven hijo, no te la llesves, deja que conozca a tu papá, me dijo mi mamá muy tranquila. A mí se me heló la sangre. No lo reconocí. ¿Era él? ¿ese era mi papá? ¿se parecía a mí, a mi hermana?

Luna estalló de emoción, abrió los ojos grandes, grandes. ¿Él es mi papá? Su príncipe, finalmente, tenía cara. Y como que mi padre no supo hasta que la vio, pero a él también se le cumplió un sueño, porque se enamoró rápido de su hija o de la devoción que ella le profesaba.

Yo creo que, si hubiéramos sabido que por él se nos acabaría la vida, mi madre nunca lo hubiera llamado, y si lo hacía, yo me hubiera encerrado en el cuarto con mi hermana el tiempo necesario para que entendiera que era mejor así, sin él. O quizá Luna misma se hubiera privado del gusto que le dio conocerlo. Ese gusto que le duró poco a la pobre: dos años

después recibimos la llamada de mi tía. Dos años después la vida nos cambiaba de golpe.

Claro que mi mamá no contaba con que un día nos iban a desaparecer a mi padre, así que se salió de trabajar. Tampoco pensó que él no cumpliría con la pensión. Supongo que volver a tenerlo en su vida le daba certeza. Pero mi papá desaparecido, sin rastro, sin pistas por ningún lado, tragado por la tierra, como dijo su madre, nos trajo mucha miseria, emocional y económica.

Su mamá era una mujer delgadita, tartamuda, canosa. Siempre la recordé pequeña, esbelta, pero nunca así, era otra después de lo que nos pasó. Se notaba que el dolor le había comido la boca, el corazón, el cerebro. Que se le había depositado en el vientre y de ahí se le había extendido como un cáncer.

A mi mamá le pasó igual. De un día para otro se le encogió el mundo, solo había espacio para su Gordito. Luna y yo dejamos de tener lugar en ese espacio. Comenzó a descuidarse y a descuidarnos. Un día me peleé con ella: Tienes que salir adelante por mi hermana. Sí, por mi hermana: ¿uno qué? Yo ya estaba grande, ya iba a la prepa y ya andaba solo en los camiones por toda la ciudad, pero ¿y mi hermana? Luna empezó a tener problemas en la escuela, sus compañeros no la querían, su maestra la tomaba por chillona. Fui testigo de cómo a ambas, a mi madre y a mi hermana se les había ido el corazón. A veces mi mamá nos decía: Me quiero suicidar, así, de frente, sin más. Con Luna era peor porque no hablaba. Yo no sabía si pensaba lo mismo que mi madre, o si estaba asustada o si quería un abrazo. Estaba rota, rota, rota. Por fuera se le notaba: tenía el cabello frágil, despeinado, los dientes sucios, las ojeras de llanto. Pero a mí lo que más me preocupaba era lo que tenía y no sabía explicar. Recuerdo que a veces salía al patio a gritar.

Mi mamá me contó que hubo un tiempo en el que yo empecé a ser el héroe de mi hermana, pero yo le fallé. Yo no me enteraba, pero mi mamá sí sabía porque me tenía guardado así en su teléfono celular. Pero yo también estaba roto a pesar de que no

lo supiera. Pensaba que yo no me había enfermado del dolor. Que yo no sentía, que era un chingón y que tenía ser el pilar, el fuerte, el maduro. Luego empecé a notar que no. Quizá solo fui asintomático al principio. Más bien lo que sentía era enojo y por eso gritaba y golpeaba con una ansiedad tremenda. Me desquitaba con mi hermana, le decía que era una pendeja o idiota, y hasta hubo veces que la agarraba del cuello hasta que ella empezaba a llorar. Claro que ella se asustaba de muerte y con justa razón, y por eso se salía a gritar. Yo no sé cómo los vecinos jamás llamaron a la policía cuando escuchaban esos gritos.

Luego también sentía ganas de pegarle a mi mamá, aunque no lo hacía. Yo estaba harto: harto de no tener dinero, harto de ser el único que no lloraba en la casa. Harto de que mi mamá nos dijera que se quería tirar de un puente o de que descaba que un auto la atropellara o que se iba a acostar en las vías del tren.

Me acuerdo de un día que mi mamá le pegó a Luna, yo me metí y la defendí, pero más que defenderla, lo que quería era detener todo eso. Me salí de la casa, no sabía a dónde me iba a ir, pero salir de eso. Mi mamá me alcanzó, nos sentamos a hablar en una banca y le expliqué que ya no podíamos seguir viviendo así. Ni ella, ni yo, ni Luna aguantábamos.

Entonces, mi hermana tuvo que ir al psiquiátrico. —Es candidata para estar internada, nos dijeron. Y luego fui yo, pero les pareció que mi caso no era tan grave, si acaso depresión, ansiedad, algo postraumático. Mi mamá dijo que ella también fue, pero yo nunca le creí. Fue Luna la que se quedó internada. ¿Algún día, Luna podrá volver a casa? Pregunté una vez. Pero yo sentía que no estaba bien que Luna regresara y yo siguiera viviendo en la misma casa, por eso le sugerí a mi mamá que me mudaría para que Luna se sintiera más segura. Solo serán unos meses los que esté internada, me dijo. Pero yo no concebía la idea de que mi hermana pudiera vivir siempre así, aunque lo creía posible, Luna, la internada por siempre. Nunca supe pedirle perdón a mi hermana. No supe decirle que la amaba y que

lo que nos pasó fue que no supimos lidiar con nuestro dolor, pero temía que decir esto justificara mis reacciones, mis comportamientos con ella. Nunca supe decirle que siempre la había amado, incluso cuando aparenté que no.

Cuando se cumplieron dos años de la desaparición de mi padre, mi hermana cumplía dos meses internada. Solo estábamos mi mamá y yo. Ella lloraba todas las tardes, a veces con fotos de la familia, a veces con una fotografía donde mi papá me estaba cargando, o con la foto de mi hermana con tres años y su vestido de princesa o la foto de mi mamá con mi papá en una oficina. Ya no me decía que se quería suicidar. Fue paulatino y por eso no me di cuenta del momento en el que dejó de mencionarlo, pero dejó de pensarlo. Sin embargo, su rostro siempre reflejaba tristeza. Por ese tiempo ya había conseguido un empleo por las mañanas así que se iba antes de que yo despertara, y cuando yo volvía a casa, ella ya había cocinado y me decía que me calentara la comida, que se iba a acostar. La comida no me sabía a nada, pero nunca le dije nada, suponía que hacía lo mejor que podía y yo también. Mi hermana seguía sin regresar y cuando preguntaba me decía que no sabía, que quizá nunca.

Nadie volverá, nadie vuelve nunca, pensé. Llegué a pensar que yo era el problema, el error y por eso seguí insistiendo en irme de la casa para que Luna pudiera regresar en paz.

No digas estupideces, ¿para qué te vas a ir? Me dijo mi madre, pero yo insistía en que podía ser liberador. Haz lo que quieras, me dijo.

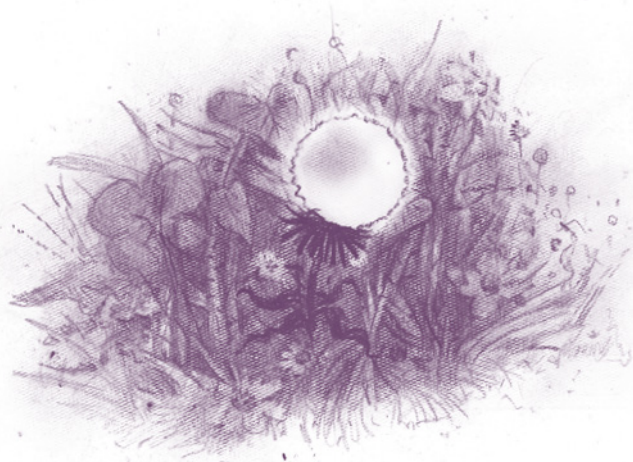
Así que eso hice. Un día salí con mis cosas y me fui a casa de mi tía. Ella le avisó a mi mamá que me quedaría en su casa. No tuve el valor de decírselo. Fue por mi tía que me enteré que mi madre estaba yendo a las brigadas de búsqueda. Me hizo todo el sentido, era lógico que mi mamá siempre iba a amar a mi papá y que ahora que yo no estaba en casa tenía menos cosas de qué preocuparse. La que no salía del psiquiátrico era mi hermana y yo sentía la necesidad de hablar con ella, así que fui a visitarla.

Al principio estaba muy nervioso, según yo porque no seguí con el tratamiento que me tocaba, pero no era así. La realidad era otra.

Cuando estuve frente al hospital una enfermera me pidió anotarme en una lista. ¿Vienes a consulta? me preguntó y yo le dije que sí. Ahí vi a mi hermana, en una de las bancas del jardín del hospital, acompañada por otra enfermera, pero tranquila. El cabello desmarañado y flaca, muy flaca, pero en paz. Entonces supe que no debía romper esa calma. No quería que me viera y se alterara, y mejor me fui de ahí y comencé a llorar: a llorar por la infelicidad de mi mamá, por mi hermana y porque yo no tendría una vida plena. También lloré por mi papá, no pude guardármelo más. Me dolía que ya no estuviera en ningún lado y que no podía saber si llegó a estar orgulloso de mí, ni comparábamos cosas, ni me enseñaría a manejar, ni me abrazaría, ni volvería a volver a ver una película con él. Nada.

No volví a casa. Es probable que mi hermana tampoco lo haya hecho, a veces me imagino que ni mamá está ahí, que se fue a buscar a mi papá a otros estados, que en nuestros distintos sitios empezamos a encontrar esperanza.

Lo que yo a veces hago es que voy al cine. Compro los boletos para cualquier función y me quedo esperando a mi papá a ver si llega y se desespero de que yo no dejo de hablar en toda la película. Quiero que me diga en persona que no va a volver a ver una película conmigo y que me dé la satisfacción de saber que el último día que fuimos fue porque así lo decidimos los dos y no porque no teníamos otra opción.





GUADALUPE

Fui feliz al ver nacer a mi hijo a finales de junio de mil novecientos setenta y seis. Fue el segundo; junto a su hermana mayor, hacían la parejita. Desde la infancia fueron distintos: cada uno tenía su carácter, Rocío era sociable; Toño, reservado. Ella extrovertida, él introvertido. Los dos escogieron carreras diferentes: una, contabilidad; el otro, constructor. En un abrir y cerrar de ojos se volvieron mayores, tenían un empleo y ayudaban a la economía del hogar. Yo me sentía muy afortunada.

La primera vez que la familia se separó fue en mil novecientos noventa y siete, cuando Rocío decidió ir a estudiar inglés a Canadá con la liquidación de uno de sus empleos; mi hija vivió con una familia canadiense que la trató bien, fue una buena experiencia; por eso es que después Toño hizo lo mismo y se fue a Vancouver en el año dos mil dos. A partir de esas salidas de casa, la mayoría de los trabajos que conseguía Toño eran fuera de la ciudad y hacían que viajara mucho. Nos fuimos acostumbrando a ello. Nunca perdimos la comunicación, el teléfono nos mantuvo unidos.

En octubre de dos mil siete, Toño ingresó a ICA Fluor, subsidiaria de, una de las principales constructoras en México. Mi hijo sentía que con ese trabajo había llegado a donde siempre había querido: a construir en grande. Primero estuvo dos meses en las oficinas centrales y luego, para diciembre, lo asignaron dentro de la acerera Altos Hornos de México, en Monclova, Coahuila, el proyecto se llamaba El Fénix y era de más de dos mil millones de dólares, el tiempo era largo y daba mucho valor curricular. Recuerdo lo ilusionado que se fue. Iba como Ingeniero Civil foráneo, con hospedaje, alimentación, pasajes cada dos meses para visitar a su familia. Toño dejaba novia en nuestra ciudad.

Mi hijo estuvo un año trabajando duro. Viajaba periódicamente para estar con nosotros y su novia. Llegaba cargado de carne y dulces para ambas familias. Yo iba por él a la terminal. Solía llegar contento. Pasaba tiempo con nosotros y con su novia. Siempre fue así, cariñoso con su hermana y con nosotros. La mayor parte del tiempo nos hablaba entusiasmado de su trabajo porque no tenía mucho tiempo de ocio, vivía en una casa junto con otros tres ingenieros y un doctor. Todos laboraban en el mismo proyecto. Siempre nos hablaba por teléfono, nunca perdimos comunicación, al contrario, había aumentado. No sé si él llegó a presentir lo que pasó porque siempre, antes de colgar, me decía: te quiero mucho, mami. Y yo le contestaba: Yo también, mi niño.

En febrero de dos mil ocho, viajamos para ver dónde vivía y dónde trabajaba. Nos parecía importante ir y ver dónde trabajaba, cuál era su entorno. Su papá y yo no conocíamos Monclova, nos pareció polvorienta y la industria del acero abrazaba la ciudad: era la que daba trabajo a la gran mayoría y la contaminaba por igual. En esa ocasión nos contó que la relación con los compañeros no era cordial y que habían tenido algunos roces. Sus compañeros solían tomar y visitar centros de prostitución frecuentemente y el no congeniaba con eso. Volvimos a visitarlo una segunda vez y pensamos que habría una tercera, no pudo ser.

Toño vino a casa para el cuatro de noviembre de dos mil ocho. Festejamos mi cumpleaños. Fue la última vez que estuvo en casa. Lo notamos preocupado y nos contó que estaban despidiendo gente. Su papá y yo le dijimos que, si él perdía el empleo, contaba con nosotros. Al despedirnos para volver a su trabajo, me dijo: Mami, no quiero regresar. Yo le dije que tenía que cumplir con su trabajo. No le pregunté por qué no quería regresar. Mucho tiempo me culpé de no haberle preguntado, pienso que quizá si me hubiera dicho su temor, yo podría haber cambiado algo. Lo que pasó, y no se puede cambiar, es que Toño regresó a trabajar porque siempre fue formal y responsable.

Por esa misma época empezaban a publicarse noticias de nota roja sobre balaceras, extorsiones, asesinatos en el norte del país. Llegamos a conversarlo en algunas llamadas. A diario pedía a Dios porque mi hijo estuviera bien.

En poco tiempo las cosas iban mal en la constructora y en la acerera a nivel económico, quedaban veinte ingenieros de los doscientos que habían contratado. A los obreros también los empezaron a recortar. Les dieron vacaciones a partir del quince de diciembre, por eso, mi hijo hizo planes para que estuviéramos todos juntos en Tampico para la Navidad y el Año Nuevo. Así la pasamos juntos todos, incluida la familia de su novia. Recuerdo que en ese viaje se habló de que para el próximo año se casarían.

El cuatro de enero de dos mil nueve, fue la última vez que vi a Toño. Nos despedimos, le di la bendición y él tomó rumbo en su camioneta para regresar a Coahuila. Nos avisó que llegó bien y nos contó de los rumores sobre que pararían la obra. Quedamos en esperar lo mejor y que aprovecharíamos el puente del cinco de febrero para ir junto a su novia a visitarlo. En esos planes estábamos cuando ocurrió.

Yo solía acompañar a mi esposo a algunos viajes de trabajo, aquella vez estábamos en Puebla. Era domingo veinticinco de enero de dos mil nueve. Toño se comunicó a mi teléfono celular como a las cinco y media de la tarde para avisarme que ya estaba en Monclova después de haber estado en Monterrey con dos sobrinos míos. La comunicación fallaba y decidimos colgar. Algo me pasó estando en el estacionamiento del centro comercial donde habíamos ido a comer mi esposo y yo. Recuerdo con mucha claridad que el reloj marcaba las siete de la noche y antes de subirme al auto, le dije a mi esposo que me sentía muy triste, él me preguntó por qué, pero no supe decirle, solo fue como un estremecimiento que se me fue pasando.

Al otro día, al mediodía del lunes veintiséis de enero, la novia de mi hijo, junto a su hermano, fueron a mi casa. Me dijeron que el día anterior, a las seis y media de la tarde, cuando mi hijo

llegó a un negocio de autopartes, fue agredido en el estacionamiento y que se lo habían llevado a la fuerza tres o cuatro personas. Que empezaron a interrogarlo, le preguntaban quién era, de dónde era. Que Toño les dijo que de ICA y que preguntaba por qué lo atacaban. Y que le pidieron las llaves de su camioneta y le dijeron que se subiera con amenazas. Todo esto lo alcanzó a escuchar su novia porque el teléfono cayó sin que se cortara la llamada. Ella oyó todo hasta que se perdió el contacto.

La novia de Toño había estado toda la noche llamando a la casa campamento y acudió a las oficinas para enterarlos. Ella afirma que el gerente del proyecto le insinuó que no dijera lo que pasaba, porque seguramente era cuestión de dinero y de tiempo. Yo esperé a que llegara mi esposo para tomar nuestras decisiones. Así empezó la búsqueda de Toño.

El veintisiete de enero de dos mil nueve, fuimos a Monclova y conocimos a Joaquín, jefe de seguridad de ICA Fluor quien nos dijo: Qué bueno que están los padres del ingeniero Robledo aquí, quiero hablar con ustedes. Pero otro trabajador de la empresa, el jefe de proyecto, el ingeniero Medín Peralta, lo jaló a su oficina y después de un rato nos dejó pasar y Joaquín ya no quiso decirnos nada. En ese momento no nos quedó claro si Joaquín sabía qué había pasado con nuestro hijo, pero poco a poco empezamos a atar cabos.

Como seguíamos en Monclova, tras varios días, insistimos en ver a Joaquín, queríamos saber lo que él sabía —y no nos dijo nada en las oficinas—, sino que finalmente después de mucho insistir, finalmente se comunicó con nosotros y fue al hotel donde estábamos hospedados junto al ingeniero Laurel, el jefe inmediato de mi hijo y Ceniceros, compañero de Toño. Joaquín nos dijo que a su teléfono le habían llamado quienes tenían a mi hijo. No dijo más. Pero después, por la noche volvió a llamar y le dijo a mi esposo que lo citaba en un restaurante, mi esposo le dijo que lo que necesitara hablar lo hiciera en el hotel. Ahí lo esperamos en el lobby, eran los primeros minutos del seis de febrero: primero

llegó una camioneta grande que dejó las luces encendidas y luego llegó Joaquín que nos dijo que las personas de la camioneta grande querían hablar con nosotros, que fuéramos a la camioneta, mi esposo dijo que, si querían hablar, que entraran ellos. Joaquín salió y regresó con dos hombres jóvenes, bien vestidos, que llegaron en actitud agresiva, nos intimidaron desde el momento de presentarse como parte de los Zetas y nos dijeron todo lo que sabían del caso que estaba en la Procuraduría Estatal. Antes de irse, nos amenazaron diciendo que si seguíamos yendo a la policía de Coahuila, matarían a mi hijo, Toño.

Todo esto que nos pasó, lo comentamos cuando el nueve de febrero de dos mil nueve, nos presentamos en la oficina de la Unidad de Secuestros para tomar las riendas de la investigación; a pesar de que la primera persona que nos atendió nos dijo que se iba de vacaciones y no quiso tomarnos la declaración a pesar de que insistimos mucho. Nos pasó con otra agente, a ella le narramos la odisea que habíamos vivido esa madrugada con los delincuentes, le pareció importante seguir la pista y el vínculo de Joaquín, compañero de trabajo de mi hijo y el muy probable vínculo con los Zetas.

Desde ese momento, todo con las autoridades fue un poco complicado, pasamos de oficina en oficina, nosotros tomamos las riendas de la investigación y descubrimos, por ejemplo, que el Ministerio Público Federal no tenía idea de lo que se hacía cuando ocurría una desaparición, desde el inicio de la investigación el caso de mi hijo quedó tipificado como secuestro. Viendo que las cosas no iban bien, le pedí a la novia de Toño que me enseñara a usar internet, la invité a comer y me dio dos horas de clase. Aprendí lo necesario para buscar casos de secuestro en otros países y ver la forma en la que se llevaban los casos para yo poder preguntar y pedir cosas al MPF.

Me la pasaba atenta a las noticias de los diarios de Monclova, Saltillo y de todo el estado de Coahuila para ver si agarraban a algún secuestrador, o cuando apresaban a algún miembro del

cartel de los Zetas para que el MPF pudiera avanzar en la investigación de mi hijo. De hecho, me acuerdo de que el Agente me dijo: Usted que tiene tiempo, hágame esta búsqueda. Y eso hacía, me pasaba las noches y madrugadas aprendiéndome los nombres de las cabezas de los carteles, entraba a la página de los depósitos de cadáveres en Coahuila y estados vecinos para saber si había restos óseos o cuerpos por reclamar. Esos eran mis días. Recuerdo que mi hija decía: El sábado, en esta casa, se desayuna a las doce del día, se come a las seis de la tarde y se cena a las dos de la madrugada.

Esos meses mi hija nos sacaba las citas para ver a las autoridades y nos decía qué pedir y cómo hacerlo. Mi esposo y yo parecíamos zombies; pero yo empecé a notar que a mi hija se le desmejoró la salud y le pedí que volviera a su vida normal, que dejara de trabajar desde casa, que agradeciera el apoyo a sus jefes y me aseguré de que, a partir de ese momento, todo lo relacionado con la búsqueda de Toño, lo hiciéramos entre mi esposo y yo.

Siempre le voy a agradecer a la novia de mi hijo el haberse dado cuenta del lugar, la fecha y la hora del secuestro de mi Toño porque si no hubiera sido por esos datos, hubiéramos nadado en un océano de incertidumbres. Nosotros seguimos en contacto con ella, con frecuencia la invitábamos a comer y ella siempre estuvo atenta a las citas en las que tenía que declarar. Ella sufrió mucho, igual que nosotros.

El veintisiete de abril de dos mil nueve, acudimos a la Procuraduría Estatal a revisar el expediente, y a pesar de que habíamos aportado mucha información para la localización de mi hijo, incluso un análisis de las llamadas entrantes y salientes con el tiempo y el lugar, nunca las aprovecharon, no trabajaron adecuadamente. Ese día nos mostraron una fotografía y nos preguntaron si esa persona que nos mostraban era uno de los que nos vio en el hotel. No lo reconocimos como tal. Después, el Procurador nos dijo que un informante había contado que

El Pepillo, líder local Zeta de Monclova, fue el que se llevó a Toño y que se le había pasado la mano, así que el jefe de éste, lo castigó y lo mandó a Puebla, y como era otro estado, no era fácil detenerlo.

De toda esa información, a mí se me incrustó la frase: se le pasó la mano. Esas cuatro palabras me martillaron el cerebro. Para cuando salimos de su oficina, me desplomé en una silla y me puse a llorar. Yo le dije a mi esposo: no vuelvo a venir con ese hombre y eso hicimos, fue la última vez.

Entonces, solo nos quedamos con la investigación federal, pero al principio nos daban largas para las citas; por suerte un funcionario de la empresa donde trabajaba mi hija tenía un contacto y gracias a ello, las citas pudieron ser con el jefe de la Unidad. También el jefe de mi hija intervino para que las sábanas de las compañías de los teléfonos de mi hijo fueran proporcionadas al MPF en menos tiempo de lo que nos habían dicho. Con esas sábanas la Policía Federal hizo una red de vínculos que sirvió para checar los teléfonos de los compañeros de trabajo de mi hijo y los vínculos, porque de la empresa entraron y salieron llamadas el día que se lo llevaron, incluso al día siguiente. Así, con esos datos, confirmamos nuestras sospechas de que Joaquín, compañero de trabajo de mi hijo, había participado en su secuestro. Pero no sirvió de nada saberlo, ni que mi esposo y yo hiciéramos todo lo posible por encontrarlo por nuestra cuenta, nada de eso sirvió, ni que le siguiéramos la pista de Monclova a Tampico, a donde se fue a vivir después de renunciar a su trabajo y tratar de tener un perfil bajo. Tampoco sirvió que un día mi esposo, por su propia cuenta, haya estado frente a él para que pudiera ir a declarar. Todo nuestro esfuerzo fue en vano porque le tomaron la declaración y luego la policía misma le dio para su pasaje para que se regresara porque según se había puesto mal. Joaquín era un elemento clave para esclarecer los hechos, él fue varias veces a declarar y todas las veces que lo hizo, cambió las fechas o los sucesos y terminó autodenominándose víctima.

Joaquín era originario de la misma ciudad que mi esposo y yo, mis cuñados nos habían acompañado muchas veces con el Procurador Estatal, estaban muy pendientes por lo que mi esposo les pidió que ubicaran la casa familiar de Joaquín. Uno de ellos fue quien nos ayudó a hacer esto, no fue tan difícil porque en provincia no es tan complicado acercarse a una tienda y preguntar por alguien conocido. Así que con la dirección en la mano fuimos a entregarla al Ministerio Público, pero no hicieron nada. Llegamos a tal extremo que mi esposo hizo guardia cerca del domicilio de Joaquín, hasta que un día lo vio llegar como taxista y mi esposo lo empezó a seguir, un día de esos mi esposo le llamó al jefe de la Unidad y le dijo que tenía enfrente a Joaquín, pero nos dijo que no hiciéramos nada, que él mandaría por él al otro día. Y eso hicieron: mandaron un avión de la PCR a detenerlo. La idea era que el viernes lo atraparían, el sábado y domingo lo harían declarar y el lunes nosotros estaríamos revisando dichas declaraciones, nos prometieron que lo iban a arraigar, pero con lo que nos encontramos fue que desde el mismo sábado los propios agentes lo dejaron irse porque se había puesto mal. Esto fue como un mazazo en la cabeza para nosotros, pues cuando leímos la declaración, vimos que habló de la religión que profesaba y que culpó a mi hijo de que él tuviera problemas psiquiátricos y no pudiera dormir. Toda esa maraña nos confirmaba a mi esposo y a mí, que Joaquín participó en el secuestro de mi hijo y que las autoridades estatales no estaban haciendo nada por hacer justicia y esclarecer los hechos.

Afortunadamente, dentro de la búsqueda de Toño, fuimos encontrando personas importantes que nos ayudaron a abrir puertas que no se abrían; sobre todo el licenciado José Antonio Ortega que nos ayudó a hacer una conferencia de prensa para dar a conocer nuestro caso. Después de eso nos empezaron a llamar por canales de televisión. Luego conocimos a la periodista Anabel Hernández, que fue la primera que le hizo una larga entrevista a mi esposo en un medio de comunicación

importante. También, por la ayuda de la novia de mi hijo me enteré de que, en Coahuila, el Centro Derechos Humanos Fray Juan de Larios a cargo del señor Obispo Raúl Vera, estaban atendiendo a personas de otras ciudades con familiares desaparecidos en Coahuila y así fue como después de llenar unos formatos para revisar si mi hijo tenía antecedentes penales nos admitieron como familiares para asesorarnos.

En diciembre de dos mil nueve, a través de este centro de Derechos Humanos, surgió el Colectivo Fuerzas Unidas por nuestros Desaparecidos en Coahuila, o Fuundec—Fundem, del que somos parte. Y a partir de ahí nos fuimos activando y participando en todos los foros a los que nos invitaban. Así fue como empecé a formarme en Derechos Humanos, a tomar talleres o cursos sobre cuestiones forenses, documentación para saber llevar una investigación, las competencias de cada institución, hasta el día de hoy sigo aprendiendo de esos temas.

También contamos con el apoyo de México Unido Contra la Delincuencia, ellos nos proporcionaron una tanatóloga especializada en secuestrados y familiares de secuestrados que nos atendió por espacio de dos años. La tanatóloga, Lore Borobia, era una señora joven muy sensible, muy solidaria y muy atinada en el método que nos empoderó y nos cambió la vida. Además, nos ayudaron a solicitar que la PCR emitiera una recompensa para que quienes supieran el paradero de mi hijo, pudieran comunicarse a un teléfono y de forma anónima dieran información a cambio de un pago.

También los retratos hablados que hicimos de los dos tipos que fueron a amenazarnos al hotel en Monclova sirvieron con el paso del tiempo, antes de los dos años del secuestro, ya teníamos el nombre completo de uno de ellos y ya sabíamos a qué se dedicaba y dónde vivía.

A principios de marzo de dos mil once, y después de todo el trabajo que habíamos hecho, salieron las primeras órdenes de aprehensión para Joaquín, para el chofer de Ica Flúor que

hacía el transporte a los ingenieros y tres personas relacionadas con la empresa. Uno de los tipos que nos amenazaron en el hotel pudo escapar porque recibió el pitazo, pero a los demás los trajeron en marzo y a otros en abril. Se les acusaba de secuestro y delincuencia organizada por perpetrar el secuestro en perjuicio de mi hijo. Pensamos que la justicia seguía avanzando, sin embargo, uno de los detenidos logró tirar la mayoría de los cargos y solo quedó el delito de posesión de armas de uso prohibido. Algo increíble porque, incluso, a él le catearon su residencia y ahí encontraron un expediente que decía Caso Robledo en donde le daba seguimiento a todo lo que habíamos logrado hacer con la investigación.

Con las personas aprehendidas en distintos penales federales, lo que mi esposo y yo queríamos era hablar con ellos para ver si nos decían dónde estaba mi hijo. Lo programamos con tiempo y nos asesoramos con el licenciado Ortega y con la tanatóloga que nos fue asesorando todo el tiempo. La idea era tratar de tocar su corazón con la promesa de dejar el caso y de apoyarlos con algún abogado si decían dónde estaba mi hijo: les dimos distintas ideas, que lo hicieran de forma anónima, que dejaran el recado en una iglesia, que dejaran instrucciones en un parque, o cosas así, pero se negaron, las tres personas: Jesús y Julio no quisieron decir nada, Joaquín, en cambio, nos gritó y nos amenazó. Todos se dijeron inocentes. Esto para mí fue muy doloroso, sentía que mis manos seguían vacías, porque de alguna manera me hice ilusión de que me dijeran dónde estaba Toño. Ya vendrán otras oportunidades, me repetía a mí misma para no seguir frustrada.

Quizá para paliar la ausencia, me la pasaba pensando en Toño, especialmente en las cosas buenas. Uno de esos días, me llegó la imagen de él cuando era niño, no sé, tendría dos años y meses e íbamos caminando, él unas veces andando, otras veces en mis brazos, y en una de esas veces me abrazó fuerte y me susurró al oído: mami, hay que regresar a casa, estamos muy le-

jos, no nos vayamos a perder. Me estremecí al recordar ¿Temía perderse desde niño?

El trabajo para seguir la investigación y el proceso penal era arduo, las citas con las autoridades eran continuas, de todo hacía una minuta para que no se perdiera ningún detalle. Desde el día que empezó todo, compré una libretita para anotar nombres, teléfonos, situaciones diversas, etc. Veo que al principio de aquellas notas todo era un poco desastre, pero cada vez se van haciendo más fuertes y concisas aquellas notas.

Desde el primer momento, mi esposo y yo habíamos manifestado a las autoridades federales, involucradas en el caso que estábamos dispuestos a colaborar con ellos en lo que hiciera falta para lograr la verdad y la justicia para nuestro hijo. Lo hacemos por mi hijo, pero también porque queremos que los perpetradores paguen con cárcel lo que le hicieron no sólo a Toño, sino a todas las víctimas que desaparecieron por su culpa, ya que, sabemos que muchas familias no tienen elementos para fincarles el delito, aunque hayan vivido lo que nosotros.

Para agradecer lo que hacían diversas personas por nuestro caso, les preparaba un pastel o una gelatina, sentía que al hacerlos yo, era un regalo especial, hice esto por mucho tiempo, hasta que fue imposible acceder por las puertas de seguridad con comida. A mí siempre me gustó cocinar y desde pequeña he pensado que es de bien nacidos, ser agradecidos. También con esto me acuerdo de Toño, a él también le gustaba cocinar. Cuando venía a visitarnos preparaba de comer junto a su novia, él decía que era un gusto heredado de mí, me gusta recordar esto.

Fue mucho tiempo el que mi esposo y yo dedicamos a la investigación de nuestro hijo, hasta que mi esposo tuvo que volver a trabajar. Hasta la fecha, todo lo relacionado con la investigación y el proceso, las visitas a jueces y magistrados, lo hacemos juntos porque dos cabezas piensan más que una, de todas las demás actividades me encargo yo.

En el año dos mil trece, me relacioné con integrantes de una Asociación llamada Libera Contro le Mafie, Libera Asociazzi-one, surgida a través de familiares de Jueces, Magistrados y de sociedad civil asesinados por las mafias italianas. Esta asociación había participado en propuestas y reformas de leyes, así que en el dos mil catorce vinieron a México para recuperar historias de personas desaparecidas, luego, nos invitaron a mí y a otras tres personas a viajar a Italia para dar testimonio de nuestros casos y de la inseguridad que vivíamos en México.

Yo nunca había hecho esto, pero hice mi mayor esfuerzo para que los italianos supieran por mi propia voz, cómo era vivir después de la desaparición de un hijo, el difícil acceso a la justicia, la impunidad y la corrupción en las altas esferas de los gobiernos coludidos con la delincuencia criminal. Estuve diez días visitando desde escuelas primarias hasta universidades. Fue muy agotador, pero valió la pena. Recuerdo con emoción que el veintiuno de marzo asistimos a la Jornada de Memoria por las víctimas de las mafias y las víctimas de desaparición de Latinoamérica. Asistió el Papa Francisco II. Llegamos a la iglesia de la Jornatta, después de haber estado en un conversatorio con chicos detenidos por tráfico de drogas y otros delitos. A la llegada del Papa, yo me impulsé lo más cerca que pude sosteniendo la fotografía de mi hijo y antes de que pasara el Papa junto a mí, un Cardenal pidió mis fotos y se las di. Yo pude gritar: ¡Santo Padre, pida porque encontremos a los desaparecidos de México! Él Papa estaba dándome la espalda, pero al escucharme, volteó, buscó mi mano y me la apretó. Me emocioné mucho, lloré con cada nombre que leían. Esa visita me llenó de satisfacción porque pude representar a mi hijo en otro país y por dar a conocer lo que no se sabe de la inseguridad que vivimos.

En otra ocasión, en dos mil quince, mi colectivo me envió a Ginebra, Suiza, porque por primera vez, México sería evaluado por el Comité contra la desaparición forzada de la ONU. Ya había ocurrido la desaparición de los cuarenta y tres estudiantes

de Ayotzinapa, era el sexenio de Enrique Peña Nieto y asistieron treinta altos funcionarios de seguridad interior, militar y de relaciones exteriores. Como familiares de desaparecidos solo estuvimos cuatro personas: tres madres y un padre. Hicimos trabajo de cabildeo, mesas redondas, dimos testimonio para que la ONU nos ayudara a empujar la Ley de Desaparición Forzada que finalmente se logró en dos mil diecisiete. Ese viaje también fue cansado, pero yo regresé llena de esperanza y con más conocimiento sobre derechos humanos.

Pero no todo ha sido satisfactorio, en dos mil catorce, mi esposo y yo estuvimos en Madrid para una entrevista con Televisión Española (TVE), era octubre, un día mi hija nos comunicó que habían robado nuestra casa, que ella había ido a revisar que todo estuviera bien, pero notó que la puerta del jardín estaba abierta y que habían puertas arrancadas, caos, que muchos documentos estaban tirados.

De ese incidente, lo que más me duele es la forma en la que habían violado mi intimidad y que se ensañaron con la recámara de mi hijo porque su closet tenía llave con chapa y a pesar de que era una chapa muy pequeña, arrancaron con saña las puertas. Me costó trabajo afrontar esto, pasé una semana con miedo y sin recoger nada, solo lo hacía a un lado; pero después me erguí frente a la ventana y pedí fortaleza para seguir, no estaba dispuesta a seguir así, entonces empezamos a hacer el inventario de lo que se habían llevado y de lo que dejaron.

Lo que más me shockeó fue que tomaron un cirio pascual de mi altar y lo pusieron encima de la cama de mi hija, abajo había ropa de cama y un cobertor eléctrico y dejaron la ventana entreabierta para que se pudiera provocar un incendio, o para apagar la llama, no sé. Afortunadamente el cirio se consumió y la cera solo penetró hasta el colchón.

A cada cosa mala que nos pasa, tratamos de valorar las buenas que nos pasan y nos ayudamos con la atención tanatológica, psicológica y psiquiátrica.

Además, con el paso del tiempo he pensado que además de Dios, todo este tiempo mi hijo me ha protegido, sobre todo en nuestra estancia en Monclova, porque fuimos amenazados e intimidados, pudieron pasarnos muchas cosas y, en cambio, estuvimos a salvo. Luego, hubo otra ocasión en la que me dio un infarto mientras cruzaba Avenida Chapultepec, quedé tirada boca abajo y un chico se regresó para ayudarme a levantar; también tuve una fractura de la vértebra y a pesar del peligro, no quedé discapacitada, ni se incendió nuestra casa, ni fuimos heridos en balaceras en las que hemos estado cerca. Creo que mi hijo siempre ha estado ahí.

Dentro del proceso penal hubo varios momentos que lograron derrumbar las expectativas de justicia, por ejemplo, en septiembre de dos mil diecisiete, mientras yo estaba en un foro, me avisaron por teléfono que Joaquín había obtenido su libertad. Ese día me sentí desolada, me negaba a creer que después de seis años de un proceso tan difícil, Joaquín estuviera libre. Inmediatamente fuimos a ver al juez y de una forma altanera nos dijo que recurriéramos a lo que quisiéramos porque no iba a cambiar su resolución. Nos dijo que estaba amenazado de muerte y casi aceptó que lo habían obligado a resolver de esa manera, luego supimos que lo cambiaron de localidad. Entonces, tuvimos que apelar la resolución que ganamos a los seis meses, pero luego nos dijeron que Joaquín no estaba aprehendido porque estaba hospitalizado, no lo podíamos creer, así que exigimos un informe del director del hospital para saber de qué estaba enfermo. Hicimos todo lo posible porque la orden de aprehensión se ejerciera en cuanto fuera dado de alta, por lo que tenía un par de policías custodiándolo mientras eso pasaba.

Pero luego nos enseñaron el informe y vimos que Joaquín estaba siendo tratado de cáncer de páncreas. El seis de mayo de dos mil dieciocho, nos habló el Fiscal de Procesos para avisarnos que Joaquín había fallecido. La noticia nos impactó. Mi esposo y yo nos dimos por pagados, ya sería juzgado en otra

instancia: la espiritual, por la justicia divina. Pero no nos quedamos tranquilos con el proceso, indagamos quién lo había inscrito en el IMSS a dos meses de dejar la cárcel y supimos que fue ICA Flúor que lo había recontratado en noviembre de dos mil diecisiete con un salario alto y que, incluso, en enero de dos mil dieciocho le habían incrementado sus ingresos. Aunque no quisiéramos pensar mal, no cabía duda de que la constructora había pagado por el silencio de Joaquín y que varias de las personas dentro de la empresa estaban involucrados en la desaparición de mi hijo Toño. Ahora mismo hay cuatro personas detenidas e imputadas por el secuestro y la desaparición de mi hijo, próximamente llegará la sentencia.

Siempre pienso en Toño, pero hay días en que pienso que, si no hubiera ocurrido todo lo que pasó, él estaría casado y nos hubiera dado nietos. Nos quedamos sin saber lo que es ser abuelos porque mi hija ha decidido no tener hijos ni casarse. También pienso en la novia de mi hijo, los dos primeros años se formó una relación afectuosa con ella, nos consolábamos mutuamente, a pesar de que su mamá no estuviera de acuerdo porque pensaba que nuestra tragedia la había afectado para siempre; luego, poco a poco se fue alejando, intenté localizarla, pero no pude. Espero que pronto llegue alguien con quien forme un hogar.

Nosotros, como familia, sabemos que esto todavía no ha terminado, así como yo, hay miles de familiares de personas desaparecidas en México y en el mundo buscando a sus seres queridos, la impunidad de los Estados nos condena a vivir la indefensión y la injusticia.

Las desapariciones son un delito que se considera de lesa humanidad porque tiene un impacto profundo y traumático en las familias y comunidades ya que los gobernantes se niegan a aceptar lo que sucede, por lo que no implementan mecanismos emergentes para buscar a quienes han desaparecido forzosamente y dar medidas de apoyo integrales a las familias.

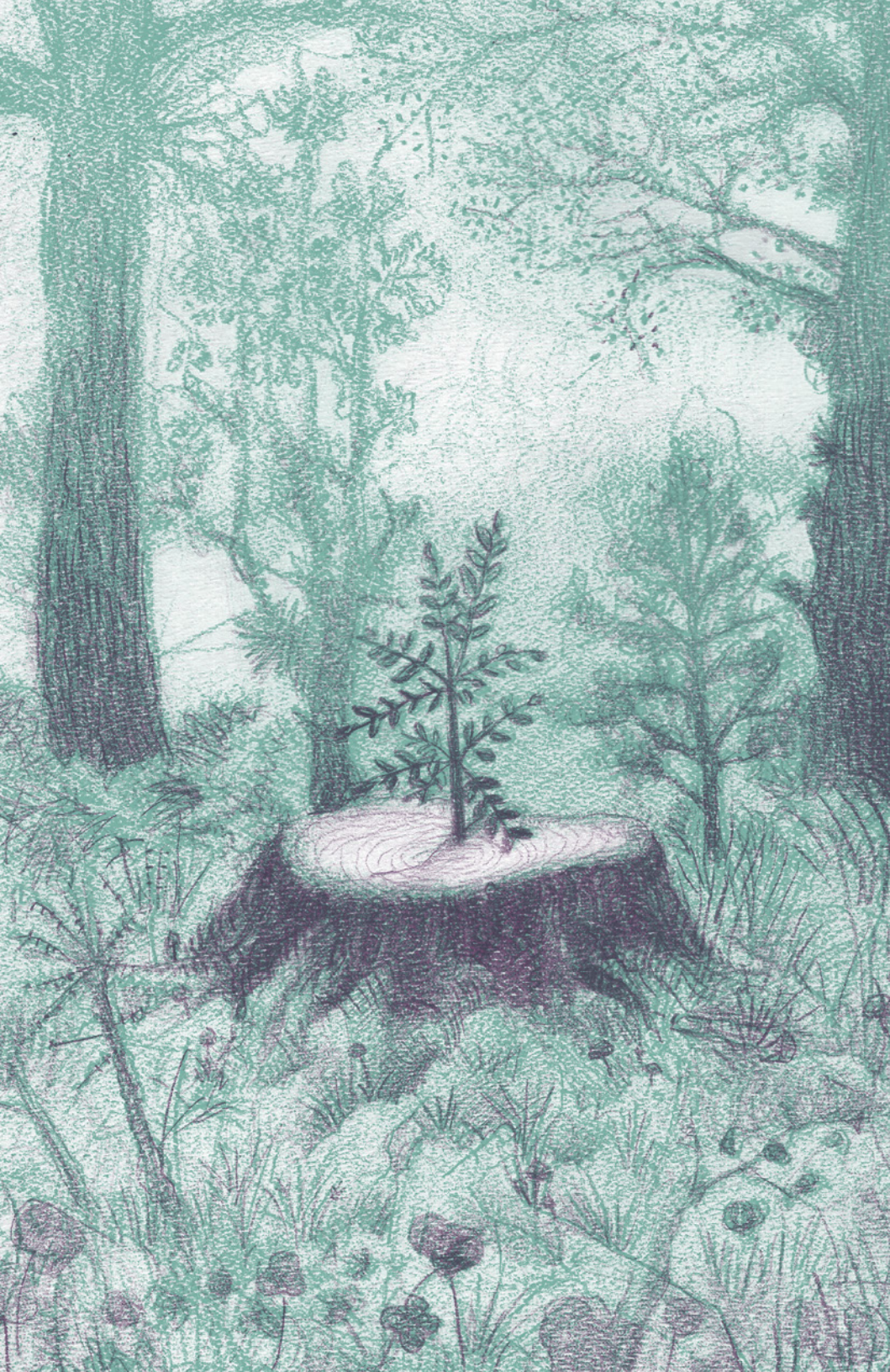
La incertidumbre que causa la desaparición de las personas es permanente, ignorar el destino o paradero de la víctima provoca una ambigüedad extremadamente angustiante, quienes lo vivimos nos debatimos en una serie de suposiciones que nos entranan la mente.

En estricto sentido, no existe un proceso de duelo porque prevalecen crisis emocionales que dificultan el desarrollo de las actividades habituales de trabajo, del hogar y familiares manteniéndonos en un aislamiento social que lleva a la indiferencia, intolerancia o desinterés de nuestro entorno. En la familia suele darse de inmediato la desconfianza del ¿En que andaría? Y solo se quedan los que sienten compasión y compromiso de ayudar. Aunque eso sí, con ellos basta.

Un día, en un coloquio, oí hablar de la importancia de las cuatro efes ante la adversidad: fe, fortaleza, familia y futuro. En ese orden. Hay que creer en un Ser supremo o superior que nos sostiene en la esperanza, porque al orar sentimos consuelo. Luego, la fortaleza, es una capacidad que surge de nuestro ser cuando llegamos al límite de nuestras fuerzas. Después, la familia, que es el núcleo de estabilidad, los cimientos de una estructura que puede resquebrajarse y caer estrepitosamente si manejamos mal la situación y, también el futuro que, aunque cuesta mucho trazar, ayuda a que hagamos proyectos y sueños porque finalmente estamos vivos y podemos ir disfrutando poco a poco de los instantes presentes.

Así estoy yo ahora, no descuido la búsqueda de la verdad, la justicia y la no repetición de los hechos porque me interesa preservar la memoria. Estoy comprometida en seguir haciendo visible la barbarie de la desaparición forzada y quiero que todas las personas tengan su nombre, su apellido y su rostro para que nadie los olvide. Quiero que se resignifique la vida de nuestros hijos, padres, esposos, hermanos y que resurjamos todos de las cenizas.





EDITH

Todo sucedió en el año dos mil doce. Fue un año que marcó mi vida. El año de la agonía.

Mi padre, un hombre fuerte, con carácter, un hombre que tiene presencia, que impone, aunque sus pies maltratados usen huaraches y tenga su piel morena como yo. Mi padre, el pilar de la familia. Lo que él manda se respeta, noble de corazón porque siempre da ejemplo. Ha regalado pedazos de tierra por lo menos a tres personas que no son de la familia. Porque así es él, si lo tiene en la mano, él lo da; porque dice que el sol sale para todos. Mi padre se llama Elías. Don Elías. Él ha trabajado desde muy pequeño, primero con hornos de tabique, luego con esfuerzo, puso una casa de materiales de construcción. Él mismo cuenta que primero eran unos cuantos bultos a la venta hasta que logró establecerse y ahora seis de mis hermanos tienen su propio negocio de materiales. Mi papá ayudó a cada uno de ellos para que luego él pudiera dedicarse a otra cosa.

Mi papá es de esas personas que no se puede quedar en paz, por eso luego tuvo la meta de poner un restaurante de truchas en el terreno que mi abuelo le heredó. Le llamó Mi pequeño paraíso. En ese terreno, todo verde, con un río, su paredón, mi papá creó un lago en medio, donde hay peces, patos, libélulas, tortugas, caballos, luciérnagas y perros. Y digo perros porque así es mi papá, amante de los perros. Cada que mi papá sale con su camioneta al negocio de las truchas, lleva detrás de sí a sus perros siguiéndolo: el Bocanegra, La Nena, El Amarillo y El Chaparro.

Ahí, en ese terreno es que nos quitaron la tranquilidad a todos. Yo estaba con mi madre en su casa cuando llegó Carmelo, el empleado de mi papá, todo agitado, mojado y solo alcanzaba a decir que se lo habían llevado: Se lo llevaron, dijo, estábamos lavando

la alberca cuando entró una camioneta blanca, de esas cerradas y se bajaron dos muchachos jóvenes con dos pistolas grandes y le dijeron que se subiera. A mi papá se lo llevaron en short, descalzo.

Entonces llamamos a mis hermanos y ya reunidos todos, pensando qué hacer, cómo encontrarlo, cómo saber de mi papá, entró una llamada: Ya los vimos, no queremos a nadie afuera, dijeron. Y nosotros hicimos caso, todos, los ocho hermanos esperando que volvieran a llamar. Recuerdo que yo miraba el reloj y justo a las once con treinta, nos volvieron a llamar y exigieron hablar con la esposa y advirtieron que solo con ella harían trato. Mi hermana mayor se hizo pasar por mi mamá y ahí estábamos todos tratando de escuchar por la bocina del teléfono qué era lo que querían. Lo que más recuerdo de aquel momento es a mi hermano Israel, muy atento, en zancadillas con sus manos en sus piernas, poniendo atención a cada cosa que escuchábamos. Los secuestradores pidieron dos millones de pesos. Nosotros no teníamos ese dinero, así que mi hermana pidió tiempo para conseguirlo. Les dijo que era sábado, que no se podía sacar ese dinero del banco y que venderíamos cosas, pero que esperaran. Ellos dijeron que sí, incluso cuando mi hermana les dijo que mi papá tenía que tomarse la medicina para la hipertensión, dijeron que sí. Sí se la va a tomar, dijeron y nos advirtieron que no llamáramos a la policía o lo mataban.

Me acuerdo mucho que al otro día fui al negocio de mi papá y me encontré a mi hermano Israel. Nos fuimos juntos a la casa. Ya en la casa, con todos ahí, esperando la llamada, vi a Israel detrás de un rosal escondido. Parecía un niño ¿Qué haces ahí? Le pregunté y me dijo que había visto que en la esquina de la calle había un hombre sospechoso y ahí se quedó, vigilando hasta que volvieron a llamarnos para saber cuánto dinero habíamos reunido. Mis hermanos que ya habían planeado una estrategia de negociación habían aconsejado a mi hermana Ruth, la interlocutora oficial, que diera diversos montos. Y así lo hizo, trató de negociar hasta que los secuestradores pusieron a mi papá al

teléfono y lo escuchamos decir con voz temblorosa: Ya pídeles a tus tías. Entendimos que no podíamos jugar con ellos y que mi papá estaba pasándola muy mal.

Ruth, mi hermana mayor, la que se caracteriza por ser una mujer fuerte, directa, heredó la presencia de mi padre, pero no la humildad. A ella le gusta vestir caro, mandar a sus trabajadores, no tener miedo. Se le nota cuando habla, cuando ordena. Por eso le confiamos la negociación del secuestro de mi padre. Claro, que ser así, fuerte y segura le ha costado. Mi papá le sacó a su ex esposo de la casa, pues él era un maltratador. Aunque yo era niña, me acuerdo de cómo peleaban y de cómo Humberto, su exesposo, la jaló de los pelos y él mismo se cortó el pecho con un vidrio y se hizo una cruz que le sangraba mucho y luego se puso a gritar: ¡Mire lo que me hizo su hija! Ese día mi padre lo corrió de la casa. Humberto no quería irse, decía que todos los muebles de esa casa los había comprado él. Y yo creo que nunca he visto tanta fuerza en un hombre como ese día la vi en mi papá que se puso a sacar los muebles como si no pesaran y los arrojaba a la calle. ¡Llévatelos! le dijo a Humberto y también a él lo arrojó a la calle. Ahí terminó el sufrimiento de mi hermana. Por eso, que Ruth negociara el secuestro de mi padre hizo darme cuenta de lo fuerte que ya era.

A las nueve y cuarenta y cinco de la mañana llamaron para preguntar si ya teníamos el dinero. Les dijimos lo que habíamos conseguido. Dijeron que estaba bien pero que también querían todo el oro de las mujeres y hablaron específicamente de una cadena de oro que le dieron a una de sus hijas en el negocio de las truchas. También quiero tu Bora, le dijeron a Ruth. Ahí nos dimos cuenta de que nos conocían bien. Quiero vivo a mi papá, si eres hombre, cumple. Le dijeron que cumpliría. Luego le dieron indicaciones sobre la entrega del dinero: que tenía que ponerlo en bolsas negras junto con el oro y el coche. Lo quiero en la entrada de Ocotepec, afuera del campo de fútbol. En la esquina hay un bote de basura, ahí lo quiero. Indicó el secuestrador.

Elegimos a un yerno de mi papá para que fuera a dejar el dinero. Aunque sorprendido, dijo que sí, pero antes de que se fuera a dejar el dinero, los secuestradores volvieron a llamar y exigieron que fuera Ruth la que dejara el dinero. Ella no dudó. Cuando la vi irse, sentí admiración por ella.

Ruth nos contó que cuando llegó al lugar, vio a dos sujetos tomándose una cerveza y que después le llamaron a su teléfono para ordenarle que actuara normal, sin levantar sospechas y que dejara el dinero ahí. Ruth preguntó por mi papá y le dijeron que sí lo iban a regresar. Por eso cuando regresó y no lo vio con nosotros se sorprendió y volvió a llamarles para saber qué sucedía.

Pasó poco tiempo cuando vimos que un carro Chevy de color gris se acercaba a casa. Creo que todos nos quedamos congelados. Fui yo la que se acercó al auto. Vi a dos mujeres y corrí hacia ellas. Ellas llevaban a mi papá. Dijeron que lo encontraron en una calle tirado y amordazado, con los pies y las manos atadas. Dijeron que lo habían reconocido, que sabían que era don Elías, el señor de las truchas, que por eso lo habían llevado a casa.

Nunca me voy a olvidar de cómo vi a mi papá ahí, dentro del carro, en el asiento de atrás, con la mirada caída, descalzo, débil. Fui a abrirle la puerta: Papi, ya llegó, le dije y lo abracé intentando cargarlo, pero él salió solo y camino hacía su casa. Nosotros no sabíamos bien qué hacer porque, aunque habíamos sido educados a que las muestras de cariño no son frecuentes, esa vez mis hermanos lo abrazaban. Mi papá volvió y cuatro meses después festejamos su cumpleaños. Nos reunimos todos. Tuvimos la casa llena. Festejábamos su vida, que siguiera vivo, que hubiera salido vivo de todo aquello. Recuerdo mucho eso porque fue la última vez que estuvimos todos juntos, los ocho hermanos en la casa de mis padres.

Con el secuestro de mi padre, pensamos que ya nada peor nos podía pasar. ¿Qué podría pasarnos? Lo peor ya había sucedido, ¿no? Tal vez nos confiamos, puede ser que nos conformamos con el hecho de que mi padre regresara sin hacer nada más. ¿Para qué

pensar de más? Si ya estábamos bien, dispuesta toda la familia a superar lo sucedido, queríamos vivir nuestra normalidad. Pero no fue así. ¿Por qué no pudo quedarse así; qué no era suficiente el vivir, el sentir lo que es un secuestro solo una vez; se es culpable de trabajar, de tener un patrimonio? Nacen muchas preguntas.

Israel, hermano mío, el más alegre, el más amistoso, el que se sentía Luis Miguel, el sol de México. Al que le gustaba criar gallos, el que saludaba a todos a su paso. Ese Israel. El que desde niño metía las manos para cargar camionetas de arena, de grava, de cemento. El que se echaba sus viajes desde pequeño, que aprendió a manejar muy joven. Le sucedió a él. Tan solo pasaron cuatro días del cumpleaños de nuestro padre cuando se llevaron a Israel.

Le sucedió a mi hermano Israel. No importó lo trabajador que era, ni sus ganas de crecer cada día más. No importaron sus metas, o sus ganas de vivir, ni que fuera un excelente padre al que le encantaba jugar fútbol con su hijo el más pequeño. El que solo lo tuvo cinco años de su vida pero que sé que mi hermano cuidaba día a día. También dejó otro hijo, de ocho años. Ese le sacaba canas verdes porque es tremendo, aunque ahora a sus diecisiete ya es educado, le gusta escribir, es alegre como su papá y hasta galán también.

Su hijo mayor nos visita mucho, viene a ensayar a casa, con sus primos porque va a ser chambelán. Sus hijos están bien. ¡Ellos están bien, hermano, son buenos niños!

Todavía ahora me pregunto cómo fue posible. Sacaron a mi hermano de su negocio. Con violencia. Había muchas manchas de sangre. Sabemos que luchó, que se resistió, que se negaba a ser llevado y que forcejeó. Lo sabemos porque vimos el teléfono arrancado de la pared en el suelo. Todos pensamos que regresaría como lo hizo mi padre. Todos queríamos que volviera a casa.

Esa vez no pudimos ser parte de la negociación. Hubo personas profesionales que se hicieron cargo junto a su esposa. No supimos todo lo que pasó. Solo nos tocaba esperar.

Recuerdo que, al día siguiente de su secuestro, fui a cuidar su negocio y recibí una llamada. Se escucharon voces que nunca olvidaré. Fue la única vez que los oí porque se me indicó que teníamos que hacer que se comunicaran a la casa de mi hermano. Toda la negociación fue allá mientras nosotros nos juntamos en casa de mi padre para esperarlo. Pero no llegaba. Pensamos que pedirían más dinero, pero no llamaron. Sus secuestradores recibieron el dinero, quedaron de dejar a Israel en un lugar específico, pero no lo hicieron. No cumplieron.

Al otro día nos reunimos junto a unos vecinos y todos nos pusimos a buscarlo. Mi madre también lo empezó a buscar. Llegamos a pensar que tal vez no podía caminar y por eso no llegaba, o que había perdido la razón y no sabía regresar a casa. Empezamos a buscarlo en las barrancas, en las carreteras, nada. Incluso pedimos ayuda a los brujos, fuimos a Tepoztlán y otros pueblos donde decían que sus visiones eran infalibles. Nos llevaban los conocidos de Israel, nos dejamos llevar. Pero pasaron los días y mi hermano no regresaba. Estábamos paralizados en el tiempo. De un momento a otro se nos acabaron los festejos, se nos borró la sonrisa del rostro. Se nos quitó el hambre, conocimos el insomnio, nos volvimos paranoicos. Como si tuviéramos la mandíbula trabada, siempre con los ojos rojos de tanto llanto. Aunque era difícil llorar entre nosotros, sí que lo hacíamos a solas.

Todos sus hermanos lo buscaron. Marcos, el mayor de los hombres, se iba a las búsquedas al campo, como los que hacen ahora muchas personas que buscan a sus familiares desaparecidos. En Marcos fue nato esto, caminar le gustaba desde siempre. Desde mucho antes de lo que sucedió con Israel, Marcos se iba a pescar al monte, cazaba ardillas y conejos para que comiéramos. Mi mamá preparaba el conejo en salsa roja y freía las truchas que Marcos traía. Y así pensaba él que lo encontraría y que nos iba a traer buenas noticias, no fue así. Una vez sí que halló una osa-

menta e hizo una llamada anónima, tenía miedo de que lo implicaran, pero no pasó a más. Como Marcos no encontraba a mi hermano, lo buscó también espiritualmente, él es muy católico y le pedía a Dios Padre por mi hermano y hacía misas en su nombre.

Mi hermana Judith también lo buscó. Ella iba a los hospitales, a la SEMEFO. Llevó a mis padres a que les tomaran muestra de ADN, aunque nunca se hizo nada con eso. Una vez, Judith me contó que antes del secuestro de Israel, tuvo un sueño en el que veía a la familia velar a uno de nuestros hermanos que llegaba en una bolsa negra pero no pudo ver quién era. Hasta la fecha se acuerda de eso, la ha marcado.

También Adán, el menor de los hermanos hombres, el más canijo, lo buscó a su manera. Él no iba a lugares concretos, sino que estaba mal todo el tiempo, tomaba mucho, estaba muy enojado. Entonces andaba armado buscando a los que le hicieron eso a mi hermano. Así dio con el vecino que andaba secuestrando, el que se unió a la delincuencia organizada, el que andaba siempre armado con su cuerno de chivo y sus achichincles haciendo fiestas y luciéndose mientras detonaba su arma para intimidar a la gente. Adán, le puso el arma en la cabeza y le exigió que regresara a Israel con nosotros. Pero el vecino dijo que él no había sido, que no sabía nada. Así andaba Adán, en su camioneta, buscando no sé qué para encontrar a mi hermano. Tomado, siempre borracho.

Mi papá, como ya había dicho, era respetado en el pueblo, por su vocación de ayudar. La gente lo conoce bien. Cuando algo pasaba, se le acercaban a él para pedir ayuda o consejo. Los chavos de la colonia corrían con él cuando una patrulla de la policía pasaba y los correteaban y golpeaban solo por estar en la calle o jugando fútbol. Mi padre les decía a los policías que eso no era delito. No necesitó ser abogado para cuestionar y proteger. Su presencia inspiraba respeto.

Quizá por eso es que mucha gente se acercó a mi padre para ayudar a encontrar a quien secuestró a su hijo. Muchos, que

incluso se dedicaban a lo ilícito le ofrecían sus servicios para matar a los responsables. Otros también le dijeron que ellos no habían sido los que secuestraron a Israel, pero que cualquier cosa ahí estaban. Mi padre siempre fue muy prudente y nunca dijo nada sobre la persona de la que sospechábamos. Nos explicó por qué siempre se negó a aceptar cualquier ayuda de ese tipo: Estas personas piden poco dinero para matar, dijo, pero el precio real es muy caro porque de aceptar, podríamos vivir siempre chantajeados y eso no tendría fin. Así que, entre menos personas involucradas, para él, mejor.

Cuando a mi papá lo secuestraron, nos contó él mismo, se le acercó uno de los chicos que lo cuidaban, le aflojó el amarre que tenía en sus manos y sus pies y le dijo: No lo conozco, pero he sentido la necesidad de decirle quién le hizo esto, usted lo conoce. Mi padre le dijo: No me digas. Todos creemos que mi padre sabe quién fue, pero que decidió guardárselo.

La tranquilidad se fue en nuestra familia tal como la conocíamos en dos mil doce. Por ejemplo, mi hermano Fabián, que se lleva bien con todos, también corrió el riesgo de ser secuestrado. Él tenía su bloquera al lado del negocio del que era el negocio de mi hermano Israel. De hecho, se dice que él era el objetivo del secuestro de ese día, no Israel. Lo pensamos porque ya en una fiesta de XV años en la que estábamos Fabián, mis padres y yo, le llamaron a mi hermano y le dijeron que no saliera de la fiesta y que cambiara toda su rutina. Eso se lo dijo mi hermano Adán que también mandó a mi sobrino Cris a avisarnos porque el primo de un trabajador de mi hermano Adán había escuchado cómo planeaban el secuestro de Fabián en una taquería. Que así, sin bochorno, hablaban de dónde y cómo sería secuestrado: la calle, la hora, todo planeado.

Fabián se escapó de otra. Ya sabían cuál era su carro y sabían la rutina de su casa al negocio. Esa vez Fabián no quiso manejar y se fue en bicicleta, así que cambió la ruta y antes de que llegara al trabajo, un trabajador le llamó y le dijo que no llegara, que

había gente sospechosa rondando el negocio en una camioneta. Fabián se regresó a casa y decidió cambiar el negocio de dirección del mismo lugar donde se llevaron a Israel.

Nuestra madre, siempre triste desde que se llevaron a mi hermano, se convirtió en una persona distinta. De pronto todo para ella eran desvelos, delgadez, desesperanza. ¿Cómo se describe a una madre a la que le han quitado a su hijo? Parecía que se había desvanecido. Dejó de adorar la Navidad, no disfrutaba la compañía de nadie. Solo tenía cabeza para pensar dónde estaría mi hermano.

Ella me pidió que la acompañara a conocer a familiares de personas desaparecidas. Ver de qué forma nos podían ayudar. Y así fue como tuvimos acceso a la carpeta de investigación del secuestro en la Subprocuraduría Especializada en Investigación de Delincuencia Organizada (SEIDO). Hasta ese momento, hasta la lectura de la carpeta, supimos cómo habían sucedido los acuerdos de rescate y nos involucramos con personas que tenían el mismo dolor y que nos entendían la mirada y se fraternizaban con nosotras. Junto a estas personas decidimos emprender una exigencia al Estado, ya con la idea clara de que no nos importaban las consecuencias. Que pase lo que tenga que pasar, pensamos.

Con estas familias gritamos ¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos, ¡hijo, escucha, tu madre está en la lucha! Nos dimos cuenta de que ya éramos de ese grupo de personas a las que se les llamaba víctimas, aunque yo creo que esa palabra no queda, porque somos nosotras las que hemos tenido la garra de salir a exigir la verdad, somos las necias que quieren de vuelta a su ser amado. Somos inconformes, no víctimas. Somos nosotras las que hemos movido al Estado, las que empujamos, las valientes. Así veía yo a mi madre, así la sigo viendo hoy: como un ser valiente.

En el dos mil dieciséis, en Morelos, participamos en una exigencia pública donde participaron activistas, académicos, familiares de desaparecidos de todo el país, para lograr la exhumación

de cuerpos de una fosa común en Tetelcingo, esta fosa estaba a cargo del Estado y había irregularidades. El gobernador negó la existencia de personas desaparecidas en la zona y dijo que en esa fosa solo había integrantes de la delincuencia organizada. Pero nosotros no estábamos conformes y lo que queríamos era saber quiénes estaban ahí dentro, que se siguieran los protocolos de identificación, que se realizaran las necropsias de ley, que se identificaran a las personas.

Como no obtuvimos respuestas a nuestras exigencias, fuimos a revisar las carpetas de investigación de los cadáveres que se encontraban ahí dentro, mi madre, yo, mi familia, queríamos saber si mi hermano estaba ahí.

Un día, en la fiscalía de Morelos, cambiaron las cosas: Era de mañana, hacía frío. Nos acompañamos de otros familiares en nuestra misma situación. Ese día yo iba con mi padre. Entramos a una sala con una mesa larga. Nos pasábamos las hojas que contenían las fotos en blanco y negro junto a una pequeña descripción del criminalista que había estado en el lugar del hallazgo. Fechas. Todas las personas alrededor de la mesa estábamos concentradas, buscando un indicio, algo que hiciera creer que esa ropa, esos cadáveres, esos cráneos, esos tatuajes podían de nuestros familiares. Yo no encontré nada. Se lo dije a mi padre: No está aquí. Mi papá se puso muy mal. Ese hombre fuerte, se me derrumbó ahí. Lo saqué para que tomara ahí, pero antes de salir me dijo: escoge tres carpetas para que las analices detenidamente. Y eso hice, escogí tres fechas, las que estuvieran más cercanas a la desaparición de mi hermano, que para ese entonces ya llevaba tres años desaparecido. Y al otro día regresé a revisarlas con atención, pero yo no veía nada claro. Al contrario, sentí frustración, furia. ¡No es posible que no haya información en estas carpetas, yo solo veo huesos! ¿cuándo serán encontradas estas personas si no hay nada? Nunca olvidaré ese día porque fue uno de los días más frustrantes de mi vida.

Todas las personas que exigíamos la exhumación de la fosa

de Tetelcingo logramos que nos escucharan. El día que se hizo esto, este hecho estaba en todos los medios de comunicación. Era nota nacional. Mi madre me despertó temprano para estar ahí. Pero yo me sentía ansiosa por todo lo que estábamos viviendo: No podía dormir, me daban ataques de pánico, luego no podía respirar y cuando salía a la calle, sentía que ya nada era seguro y que mi papel era el de cuidar, el de vigilar y con eso me calmaba: Salir a la calle de mi casa y cerciorarme de que las calles estaban vacías, sin gente sospechosa, revisar que no corriamos peligro. Hasta que estaba segura de que así era, podía irme a dormir. Por eso, ese día, me costaba levantarme, pero sabía que tenía que acompañar a mi madre. Nosotras llevamos un cartel con la foto de Israel, con su fecha de desaparición y mi madre fue entrevistada para hablar de su caso. Estábamos con ella mi papá y yo. No sabíamos lo que nos esperaba, ni siquiera cuando nos hicieron las muestras genéticas.

En septiembre, me llamó por teléfono la asesora jurídica que en ese momento nos representaba. Yo estaba sentada junto a mis padres viendo televisión en la misma sala donde vivimos el secuestro de mi padre y en donde también tomamos la última fotografía de todos juntos. La asesora me pidió que fuera a verla por la noche. Se nos hizo raro y nos quedamos en silencio. Presentíamos algo.

Cuando llegamos a casa de nuestra asesora, se sentía, se respiraba lo que nos iba a decir. Lo vi en sus ojos. Estoy segura de que mi mamá también. Y lo escuchamos, lo escuchamos: Israel fue exhumado de la fosa de Tetelcingo, hay una coincidencia del noventa y nueve punto noventa y nueve por ciento de ADN. Mi mamá empezó a llorar. La abrazamos. Luego le dijimos a mi padre y mi padre nos reunió a todos en casa: Encontramos a Israel. No sé si fue así para todos, pero para mí, en ese instante que mi padre contó la noticia, a todos se nos destrabó la mandíbula. Se nos apareció una sonrisa, hubo quienes sí festejaron y luego lloramos de alegría, de serenidad, de descanso. Sentía-

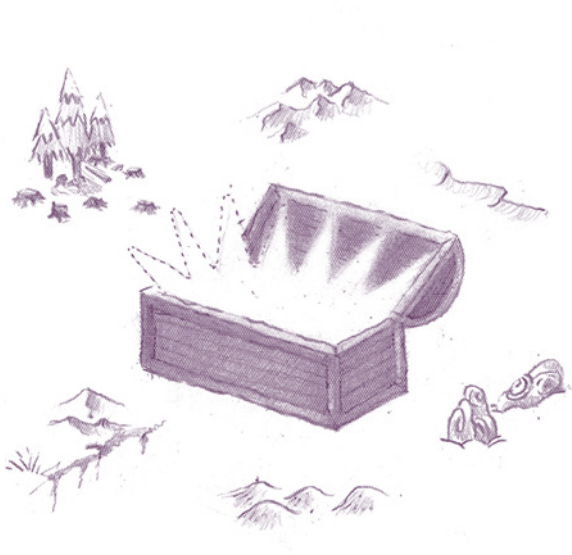
mos que podíamos volver a vivir y que, a partir de ese momento, ya no valía la pena sentir enojo, ni rencor.

¿Ahora que seguía; qué había que hacer para que Israel regresara a casa lo más pronto posible? Lo primero que teníamos que hacer era regresar a la fiscalía para ver de qué cuerpo se trataba, para volver a ver la carpeta correcta. Fui yo de nuevo la que hizo todos estos trámites. Me sorprendí cuando abrí la carpeta. Yo la había tenido en mis manos, era de las tres que escogí después de que mi padre me lo pidió. Pero esta vez tenía más información porque la primera vez que yo la vi, solo tenía fotos de osamenta y una descripción de la ropa. Pero esta segunda vez había más porque en la descripción de la playera, estaba el color y, lo más importante, la leyenda que decía Materiales para la construcción Hernández. ¿Por qué diablos no estaba esa información antes; trataban de ocultar que estaba en esa fosa mi hermano; lo ocultaron para que no fuera el detonante de la exhumación de la fosa? ¿Cómo no iba a identificar la playera de mi hermano? Llevaba su apellido, llevaba ahí a nuestra familia.

El regreso de Israel a casa fue un festejo, lo esperábamos con ansias. A pesar de que por los trámites burocráticos tardamos un mes en hacerlo realidad.

Le hicimos una fiesta: Había mole, mariachis, música de banda. Todos en el pueblo también preguntaban por la llegada de mi hermano Israel. Todos lo esperábamos y cuando por fin llegó lo llevamos a la casa que construyó para su esposa y sus hijos. Lo cargaron sus amigos. ¡Por fin llegaste! le decíamos. En casa de mis padres pusimos el ataúd para que todos pudieran visitarlo. Y todos lo visitaron, hasta sus amigos de la infancia. También llegó un señor que dijo, conocía a Israel y que de casualidad ese día pasó a comprar material block. ¡No imaginó que vería su fotografía encima del ataúd! También él se quedó a acompañarnos. Al otro día llevamos a mi hermano a la iglesia y al panteón a que por fin descansara. Hubo muchas, muchas flores y también mucha música de banda en el camino a su última

morada. Fueron los mariachis los últimos en despedirlo junto a nosotros. Ahí, en ese momento, entendimos que Israel estaba con nosotros, pero sin vida. Y nosotros seguíamos vivos.





TANIA

Mamá falleció el tres de marzo del año dos mil trece en el Hospital Nacional de Cancerología de la Ciudad de México. El último día que la vi fue el veintiocho de febrero. Recuerdo que la abracé y le dije que por favor no se fuera, que la necesitaba mucho, ella me miró y me dijo: Hija, yo tampoco quiero irme, pero tengo que ir al hospital. Recuerdo que Cinthia, mi hermana, había ido con mi mamá en aquella ocasión, hablábamos todos los días para saber cómo estaban. Durante el proceso de tratamiento de mi mamá, no pude hacer mucho porque yo era menor de edad y no podía ir con ella al hospital. Era muy feo sentir la impotencia de no poder ayudarla a que se sintiera mejor.

El primero de marzo mi mamá seguía muy mal, así que mi papá y mi hermana, la mayor, se fueron a México a verla. Dos días después, el tres de marzo, cuando desperté, mi hermano fue el que me dijo que mi mamá había fallecido. Fue muy duro para mí, uno de mis mayores miedos se había hecho realidad. No volví a ver a mi mamá. Hubiera dado lo que fuera por haber sido una mejor hija para ella. No esperaba sentir un gran vacío con solo dieciséis años.

Por ese tiempo mi hermano Cristhian junto a su pareja estaban a punto de ser padres. Mi madre no conoció a su nieta. Mi sobrina nació el veintisiete de mayo de ese mismo año. Entre nuestro duelo, llegó mi sobrina Allison Elena, —Elena en honor a mi madre—, a este mundo y sin saberlo nos ayudaría mucho para no hundirnos en la tristeza porque no sabíamos cómo lidiar con el duelo y la comunicación con nuestro padre siempre había sido muy limitada así que nos faltaba mucha confianza y comunicación.

MAGUIS, MI HERMANA MAYOR

Margarita nació el veinte de noviembre de mil novecientos ochenta y nueve, ella se parece mucho físicamente a mamá. Es de carácter suave, suele ser muy sensible. A ella no puedo hacerle bromas porque se enoja mucho. Es ocho años más grande que yo. Tengo muy pocos recuerdos de mi niñez donde esté ella. Tuvimos la dicha de tener mascotas desde que tengo memoria, sin embargo, a Maguis no le gustan. Ella es muy asquerosa para cosas que tengan que ver con la comida y la limpieza en casa.

Cuando mamá falleció ella se sintió más responsable de mis hermanos y de mí. Procuraba estar más al pendiente de lo que hacíamos, pero se estresaba mucho. Los primeros días sin nuestra mamá fueron sumamente difíciles, llegar a casa era un dolor muy grande. Parecía que todo estaba más vacío, y el simple hecho de ver su ropa, sus medicamentos, su maleta de viaje, o la libreta donde hacía sus apuntes era un frío en mi corazón, lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta que no me dejaba hablar.

Ser la hermana mayor sin duda es una gran responsabilidad, porque influyen de una manera muy grande en los demás hermanos. Ella para mí fue un ejemplo en cuanto a ser ordenada, en la elección de mi taller en la secundaria, incluso en la elección de mi carrera profesional. Ella no notó el impacto de sus decisiones en mí, hasta que un día se lo expresé. Pensé que como nunca sabes lo que va a pasar con tu vida, era importante que ella supiera el cariño y afecto que yo le tengo.

La ausencia de mamá nos hizo fortalecer nuestra comunicación como hermanos, cada vez más mostrábamos interés de nuestras vidas. Nosotros sabíamos que la enfermedad de mamá era difícil, pero nunca pasó por nuestra mente que ella falleciera. Nunca lo consideramos una opción, siempre anhelamos que su salud mejoraría.

No tengo idea de cómo pasó Maguis el duelo por mi mamá, ella casi no lloraba, o al menos yo casi no la vi. Solo se expresaba y me decía su sentir cuando me veía triste a mí. Pero sin duda

ella extraña mucho a mamá, ella como hija mayor tuvo la oportunidad de convivir más tiempo con ella.

CRIS, MI HERMANO

Mi hermano siempre tuvo un carácter fuerte y como único varón solía ser muy protector. Yo siempre le dije Crithian, así, completo, pero desde que mi cuñada le empezó a llamar Cris, yo también empecé a utilizar ese diminutivo porque me parecía que era una forma más cariñosa de hablarle.

Reconozco que siempre vi una fortaleza y apoyo en él. Siempre tuvo una postura muy serena en cuanto a la ausencia de mamá. Decidió hacer familia a muy corta edad, tenía dieciocho años cuando conoció a mi cuñada y decidieron compartir su vida. Algunas veces lo veía preocupado por los gastos de la casa. Éramos muy conscientes de que los gastos aumentaron desde que mamá se enfermó y con su fallecimiento también vinieron gastos considerables. Pero aún así, Cris era muy sereno y trataba de estar en paz y transmitir esa serenidad.

Yo soy muy bromista y con Cris podía ser así. Nuestro relajo era pesado, pero sin duda muy divertido. Amaba cantar con él las canciones de Pimpinela, o la canción de Maracas del grupo musical Panda. Pero de la canción que más me acuerdo es una que se llama Mi pasado del grupo los Traviesos de la Sierra. Esa canción la cantaba mi hermano con mucho sentimiento, se identificaba con la letra. Lo que más recuerdo de Cris es la alegría que tuvo cuando se convirtió en padre.

CINTHIA, LA COMPAÑERA

Mi hermana Cinthia nació el diecinueve de abril de mil novecientos noventa y cinco. Durante la enfermedad de mi mamá ella fue la que más estuvo a su lado, era su acompañante en el hospital. Cuando tenían que ir a la Ciudad de México, mi mamá y Cinthia se quedaban en un albergue que está muy cerca del hospital de Cancerología. En ese lugar les daban las tres comidas y podían

bañarse, incluso podían lavar su ropa. Solo pagaban una cuota mínima y hacerse cargo del aseo del lugar. Yo solo fui una vez al albergue, me acuerdo de que mi mamá tenía algunas conocidas en ese lugar, también mujeres con algún padecimiento cancerígeno. También recuerdo que por las tardes había talleres de manualidades y bordados. En ese sentido, a mi mamá le venía muy bien eso porque era muy creativa. La primera vez que tomó uno de esos talleres hizo un guante de cocina y luego una ranita donde se podían poner las agujas para coser. Esa ranita todavía la tengo conmigo. Yo no sé coser muy bien a mano, pero cada vez que veo esa ranita, me acuerdo de mi mamá bordando alguna funda, servilleta o mantel.

Cinthia fue quien vio morir a mamá, yo siento que eso ha sido difícil para ella. Algunos días después de la muerte de mamá me contó detalles sobre el día que falleció. Fue inevitable no llorar a todo pulmón. Ella necesitaba hablar con alguien sobre lo que sentía y agradezco que me tuviera la confianza. Con cada uno de mis hermanos tengo una relación especial. Pero con Cinthia tengo un vínculo diferente. Es cierto que es también con quien más diferencias tengo, pero no podíamos tardar ni un solo día enojadas.

ESTA SOY YO

Amo los perros, desde pequeña mis padres nos dieron la oportunidad de tener mascotas. Pero siempre nos recalcaron la responsabilidad que eso implicaba. Un año antes de que mamá falleciera mi perro llamado Chiquis murió. Mi mamá me dijo que una mañana mi Chiquis salió al patio y vio un sapo, le ladró y lo mordió, el sapo era venenoso. Ese día al regresar de la escuela mi perro no salió a recibirme y mi mamá primero trató de darme de comer y hacerme plática antes de contarme lo que había ocurrido, pero yo lo empecé a buscar y lo vi tapado en el patio y empecé a llorar. Fue un dolor muy grande para mí. No dejé de llorar por varios días. Mi mamá trató de

consolarme, pero yo me sentía muy triste, así estuve como un mes, llorando todas las noches y me acuerdo que un día mi mamá me dijo: Monse, no puedo creer que te pongas así por un perro, ya has llorado mucho, no quiero imaginarme cómo te vas a poner cuando yo no esté. me dolió mucho que me dijera eso. Yo le respondí: Mamá, el día que usted muera, yo me moriré con usted. Pero mi mamá me explicó que no, que yo tenía que seguir adelante ante su muerte y ante cualquier dolor.

SEGUIR ADELANTE ANTE CUALQUIER DOLOR

Cuatro años después de que mi mamá falleció, logramos crear una familia distinta. Teníamos más comunicación entre nosotros y nos visitábamos en vacaciones. Mi sobrina Allison ya iba al kínder y mi hermana Margarita se casó en diciembre de dos mil dieciséis. En casa solo vivimos mi papá, Cinthia, mis dos perros y yo.

El catorce de julio de dos mil diecisiete fue un viernes. Me acuerdo bien porque yo estaba pensando en ir a visitar a mi hermano y a su familia. Ese día, por la mañana, como a las ocho y media, mi hermano Cris llamó a la casa, para saludarme. Estuvimos platicando de su niña. Me dijo que la iría a dejar al kínder y que luego a dejar a su pareja a su trabajo. Cris quería saber si se iba a vender la casa y yo le conté que aún no sabíamos pero que ya teníamos unas opciones de ser así. Me dijo que lo mantuviera al tanto y le pregunté si podía ir a visitarlo. Me dijo que sí, que le dijera la hora en que yo llegaría para que me fuera a recoger. La conversación fue muy breve, como dos minutos— Nos despedimos, le dije que lo quería mucho.

Ese viernes salí tarde de trabajar. Había sido un día muy pesado, por eso me alegraba pensar que al otro día iba a ver a mi hermano y a su familia. Cuando llegué a casa me acuerdo que me quité los zapatos y me senté en una silla junto al teléfono. Desde ahí alcanzaba a ver a mi hermana Cinthia mecerse en la hamaca. De pronto sonó el teléfono, eran casi las diez de la noche, cuando contesté escuché la voz de mi cuñada Deya.

—Monse, Buenas noches. Oye ¿no está Cris con ustedes?

Le dije que no. Inmediatamente me alarmé.

— No, bueno, no ha llegado y pensé que tal vez se había ido para Acapulco. No lo he visto y no ha llegado a casa —

¿Ya le hablaste? le pregunté. Pero Deya me dijo que mi hermano no tenía teléfono e insistió en saber si estaba con nosotros ¿De verdad no está con ustedes? Y yo le tuve que confirmar a ella y confirmarme que no estaba con nosotros.

Me acuerdo de que inmediatamente empecé a llorar. No podía creerlo. Cinthia notó que algo malo pasaba y yo atiné a decirle que Cris estaba desaparecido, casi en balbuceo. Yo me acuerdo de que fui a la cocina donde estaba el refrigerador y tomé la fotografía que teníamos ahí de toda la familia en la boda de mi hermana la mayor. No podía dejar de ver a mi hermano y seguí llorando. Para ese momento Cinthia me exigía explicaciones, no entendía nada. Mi papá estaba trabajando fuera, así que no le avisamos pensando que no sería necesario y yo me quedé llorando casi toda la noche.

Al otro día, desperté esperando que todo eso fuera una pesadilla y que Deya nos avisaría que Cris ya estaba en su casa. Me helaba la idea de no volver a verlo. Luego, mis hermanas y yo decidimos contarle a nuestro papá. Le llamamos como a las tres de la tarde, fui yo la que le dijo que no sabíamos nada de Cris. Él se quedó un rato en silencio y solo me dijo que nos veíamos al otro día, en casa. Percibí su dolor.

Mi cuñada fue a presentar la denuncia junto a Margarita y nosotras esperamos a mi papá que al vernos lo primero que quería saber era la lógica de los sucesos para pensar una posible respuesta. Luego nos fuimos a Chilpancingo para encontrarnos con Deya y Margarita. Nos vimos en el mercado y de ahí fuimos a la Fiscalía para avanzar con los trámites. Ese día le sacaron muestras de sangre a mi papá y a Allison. No puedo borrar la imagen de Allison llorando mientras le sacaban sangre. Aunque ella no sabía lo que pasaba, yo la veía y pensaba que no podría

explicarle a una niña de cuatro años que su papá estaba desaparecido.

De la tristeza pasamos al enojo. Las autoridades solo te ven como un caso más, como otro expediente. Nos dijeron que seguramente mi hermano se había ido por su propia voluntad, su falta de sensibilidad es algo que todavía nos duele. Todos teníamos muchos sentimientos que no podíamos controlar. Estábamos tensos, tristes, confundidos. Teníamos miedo de que pasaran más días o años y no tener respuesta. De pronto lo más importante en nuestras vidas era tratar de mantener a Cris con nosotras, físicamente sí, pero también, sentíamos una necesidad fuerte de recordarlo, de pensar todo el tiempo en él para que no se nos fuera a olvidar nada de su persona, no dejar fuera ningún detalle de su vida.

Allison también hacía preguntas, quería ver su papá y lo que atinamos a decir es que estaba trabajando lejos pero que iba a regresar, pero los niños no son tontos y ella percibía que las cosas no estaban bien. Recuerdo que me vio llorando y se acercó a abrazarme para decirme: Tía, mi papá está bien, está trabajando, está lejos, pero va a regresar.

Ante la desaparición de mi hermano Cristhian pensé que estaríamos más unidos, pero solo empezaron más problemas, malentendidos y mucha tristeza. El primer mes la pasamos en casa de mi cuñada para hacer búsquedas de campo, pero no nos dejaron hacerlas, nos dijeron que otras familias que pasaban por el mismo dolor que nosotros habían tratado de buscarlos por el campo y los mataban. Así que buscamos otras opciones, por ejemplo, buscamos en lugares donde nos habían dicho que mi hermano había sido visto, como un Oxxo, pedimos ver sus cámaras de seguridad porque una persona que tenía un puesto a orillas de la carretera confirmó que había visto pasar a mi hermano en su motoneta blanca. Ese testimonio nos podía dar una pista sobre a dónde había ido, pero nos negaron esto a pesar de que hicimos todos los trámites. No pudimos ver esos videos.

Mis hermanas hicieron pública la desaparición de mi hermano en su Facebook. Yo no, yo no quería aceptar lo que estaba pasando, tenía mucho coraje y estaba en negación. Yo soñaba todos los días con mi hermano y en que lo encontrábamos: en algunos sueños lo encontrábamos gravemente herido, en otros casi muerto y llorando.

Una prima nuestra nos orientó y nos dio el contacto de una asociación de personas que buscaban a personas desaparecidas. Esta asociación ha sido de gran ayuda porque nosotros no sabíamos qué más hacer y la actitud de las autoridades siempre fue pésima porque desgraciadamente vivimos en un lugar donde hay mucha impunidad, donde la justicia se hace a conveniencia de las personas que consideran importantes y esa importancia depende del dinero que tengas o si tienes un cargo político o si conoces a personas en las dependencias gubernamentales, como dicen: entre más palancas, mejor.

Gracias a la asociación pudimos tener una reunión con representantes de la Fiscalía General del estado porque nosotros teníamos una pista más: mi hermano había iniciado sesión de *Facebook* uno días después de su desaparición, pero la ubicación era incierta, las políticas de esa red social son claras, la autoridad era quien debería de haber pedido esa información para avanzar en el caso.

Pero nada, antes de que termináramos de hablar, una de las representantes de la Fiscalía nos interrumpió y nos dijo: Su hermano se fue por su propio pie, se fue en su moto, anda en malos pasos y se fue. Esas palabras no se me olvidan, yo quería pararme y agredirla por su insensibilidad. Fue mi hermana Cynthia la que le respondió pidiendo pruebas de lo que ella estaba afirmando ¿Por qué dice eso, tiene pruebas? Denos pruebas. La señora dijo que su prueba era que una cámara de seguridad lo había visto entrar en Chilpancingo y que por eso era evidente que se había ido por su voluntad. Empezamos a discutir, pero finalmente ellos tenían la última palabra: dijeron que el trámite

de solicitud de información a *Facebook* era muy tardado y no lo iban a hacer porque no valía la pena.

Ese día salimos muy enojadas y decepcionadas porque no solo fue la actitud de la mujer, sino que la mayoría de las personas que estaban ahí, fueron indiferentes, unos miraban su teléfono y otros tomaban café. Nos sentimos solas, abandonadas por quienes se supone que nos protegen, nos sentimos en total desamparo.

EL DOLOR QUE PERSISTE ES INDESCRIPtible

Allison, la hija de mi hermano, comparte el mismo cariño que yo le tengo a los perros. Cuando era más pequeña, cada que hablaba con ella, me preguntaba por Hashi, el perro que mi hermano Cris me regaló. Yo trato de darle mucho amor, en vacaciones vamos a la playa, hacemos castillos de arena, nos metemos al mar. Trato de que sea una niña feliz porque no importa qué situación pases, la vida no se detiene, las actividades continúan a pesar de que tú te sientas incompleta. A mí me pasa mucho que sigo recordando a Cris de tal forma que no se me olvide nada de lo que ha sido para mí. Suelo ver la fotografía donde él está abrazando a su hija, hago que esa foto y Allison sean mi motivación. Seguir adelante como dijo mi mamá que tenía que ser.

En casa no sabemos cómo hablar de Cris. No sabemos si hablar en tiempo pasado o presente. Cosas tan sencillas como “él hacía” o “el hace”. Todo es muy incierto, lo que es verdad es que nos negamos a pensar en que está muerto. Al menos yo no estoy lista para eso. Mi papá casi no habla del tema, a veces me gustaría que fuera más considerado, entiendo que todos estamos rotos de alguna manera y entiendo que él trata de sobrellevarlo también, pero me duele no poder tener un lazo más cercano con él respecto a esto que sentimos. No lo tuve cuando murió mi mamá, no lo tengo ahora con lo de Cris.

Me acuerdo que cuando Allison terminó el kínder, yo no podía dejar de pensar en lo que mucho que necesita su hija a mi

hermano y lo mucho que lo necesitamos nosotros. Veo a su hija y veo que heredó el cabello chino como su papá. Algunas veces me da miedo que pregunte por el regreso de Cris y yo no sepa qué responder, a veces le pido al tiempo que deje de pasar y que tengamos una respuesta. Que se detenga el tiempo, que se detenga.

Pero no se detiene. Con el tiempo yo también publiqué en Facebook sobre la desaparición de Cris y pedí que me ayudaran a saber algo de él. Seguimos sin saber nada. Yo siento que estoy en un círculo de emociones en el que no quiero seguir, pero también quiero seguir, siento que, si avanzo, empezaré a olvidarlo.

Desde aquella mañana que lo escuché por última vez, mi hermana Cinthia se casó y ahora solo vivimos mi padre y yo en casa. También perdí a Hashi, la mascota que me regaló mi hermano. Cris compró a escondidas de mis papás una perra: Hashi. Me la quedé yo, a veces le digo a Allison que Hashi era su hermana mayor. Nos reímos.

Me acuerdo que Cris quería un perro y compramos en la veterinaria una hembra bullterrier negra. Antes de llegar a casa no sabíamos ni cómo entrar porque sabíamos que nuestros padres nos iban a regañar, ya que mi mamá había sido muy clara de que no quería otra mascota. Ese día subimos las escaleras y fuimos al cuarto de mi mamá con risas nerviosas. Mi mamá se enojó, nos regañó, dijo que no entendía por qué habíamos hecho eso, pero después de un rato dijo que ella no se iba a hacer cargo de esa perra y que la responsabilidad era de nosotros dos. Y así fue. Mi mamá siempre nos inculcó el sentido de la responsabilidad.

Cuidé a Hashi desde el primer momento, fue una perra que me acompañó en el duelo con mi madre y después con el dolor de la desaparición de mi hermano Cris. Por eso me dolió tanto, con Hashi se me iba otra parte de mi madre y otra parte de mi hermano. No sé qué más pase en mi vida, tengo miedo y mucha tristeza. Solo le pido a Dios que me dé fortaleza y tranquilidad para salir adelante y cuidar de Allison y de mí porque las noticias no son nada alentadoras, también las mujeres están siendo

desaparecidas y vivo con el miedo de que yo pueda ser la próxima o alguien más de mi familia. ¿Por qué no podría pasar? Ha pasado ya, puede volver a pasar, nadie está a salvo.





PAULINA

¿Cómo contar esta historia si muy pocas veces expreso el sentimiento que traje consigo la desaparición de mi hermano? Tomo mi computadora, pongo inicio, abro Word y las palabras no fluyen. El sentimiento está, lo siento muy dentro de mí. Me acuerdo de todo, lloro, pero las palabras no salen, no fluyen. Fallo. Pero el sentimiento sigue, no desaparece, mucho menos cuando veo su fotografía en el pasillo de la casa.

La desaparición forzada es una de las prácticas de violencia más crueles que existen en el mundo. Además de violar diversos derechos humanos de la víctima, deja a los familiares con un dolor y una agonía indescriptible. Somos muertos vivientes porque tenemos que seguir. Convertir todo ese infierno que tenemos dentro y transformarlo en fuerza, fuerza para encontrarlos, para regresarlos a casa.

Recuerdo ese once de abril de dos mil tres. Han pasado siete años, pero parece que fue ayer porque ese día nos arrebataron a mi hermano, al hijo de mis padres, a un amigo, a una persona.

Mi hermano, que tenía veintitrés años, creció en una familia muy unida, con carencias económicas sí, pero nunca faltó el pan de cada día. Nosotros teníamos dos padres muy trabajadores y entregados por su familia, que a pesar de estar divorciados siempre estuvieron incondicionalmente para sus hijos. Además, tuvimos la suerte de tener más de una madre: mi abuelita, mi tía y mi mamá porque las tres nos criaron. Mi hermano tenía un vínculo especial con mi mamá. Yo no lo entendía y hasta sentía celos, pero ahora que soy madre de un varón creo que puedo entenderlo de mejor manera.

Mi hermano era un joven de apariencia robusta y temible, pero en realidad lo que pasaba es que escondía a un niño con

un corazón muy noble y generoso. En esos tiempos él se encontraba rodeado de un contexto de delincuencia que se vivía en mi municipio con mucha fuerza. En aquellos años hubo muchas víctimas y la mayoría eran jóvenes, así como mi hermano.

Meses antes de su desaparición, éramos conscientes de lo que ocurría. Casi a diario teníamos noticias de la muerte de sus amigos y conocidos en enfrentamientos y balaceras. El miedo de que él fuera el siguiente creció en la familia y eso costó mucho cansancio en la familia porque mis padres trataban de hacerlo entender, pero todo terminaba en pleitos. Así que me tocó ver los desvelos de mi madre cada noche mientras lo esperaba a que llegara a casa y la angustia de que un día llegaran a la puerta y se lo llevaran.

La relación que yo tenía con mi hermano no era muy buena que digamos, yo vivía mi adolescencia y mis emociones y cambios de humor estaban a flor de piel y no entendía muchas situaciones que pasaban en casa. Yo estaba en ese momento en el que siempre quería llevar la contra a todo, especialmente a las decisiones de mi hermano. Peleábamos mucho y ahora me pesa recordar eso porque perdimos mucho tiempo en peleas tontas. Y digo tontas porque también teníamos nuestras rachas de buen humor y la pasábamos bien. Sí nos queríamos.

El once de abril de dos mil tres, él desapareció. Lo tengo muy presente porque ese día mi mamá preparó ceviche para comer. Mi hermano tenía días pidiendo que hiciera esa comida y mi mamá ese día le quiso dar gusto. Y sí me acuerdo que ella estaba contenta por darle ese capricho, porque a mi mamá le gusta mucho cocinar para nosotros. Bueno, fue tal la comida que mi hermano mandó pedir a su niño para tenerlo en la casa y que comiéramos todos juntos. Y comimos juntos, la pasamos bien, nos reímos, él estaba feliz y nos contó emocionado que llevaba días yendo al gimnasio y que le dolía el cuerpo de tanto ejercicio. Luego mi hermana mayor, mi mamá y mi tía dijeron que iban a ir a visitar a mi papá al pueblo y mi hermano les pidió

que llevaran a su hijo para que viera a su abuelo. Yo tengo muy presente cómo le dijo a mi mamá que le cuidara a su hijo con la vida. Dijo esas palabras y mi mamá lo recuerda mucho. Que le cuidara a su hijo con su vida y eso es lo que sigue haciendo.

Después de comer nos quedamos en casa mi abuelita, mi hermana menor, mi hermano y yo. Luego yo me fui a trabajar y me despedí, así, normal: Ya me voy, nos vemos en la noche. Porque una no se imagina que ya no va a volver a ver a esa persona. Si yo hubiera sabido, lo hubiera abrazado y no lo hubiera dejado salir.

Ya en mi trabajo, —que está aproximadamente a unos cinco minutos de mi casa—, yo estaba esperando que se diera la hora para entrar al local cuando recibí una llamada de mi hermana mayor: ¡Salte del trabajo, en cinco minutos paso por ti, levántaron a Javier! Yo me quedé incrédula. Me quedé helada, sin saber reaccionar. Tenía miedo y tristeza. Yo no supe explicar en mi trabajo lo que pasaba, solo dije que me tenía que ir. No me salían las palabras, pero yo imagino que me vieron el rostro y no me pidieron explicaciones. Así que me quedé esperando a mi hermana y el tiempo se me hacía eterno. No sabía cómo controlarme. Quería correr, gritar, llorar, pero estaba inmóvil. Esperando.

¿Estaba con vida; mi hermano tiene miedo; qué estará pensando? ¡Diosito, que no lo golpeen! Que no lo golpearan porque le dolía el cuerpo por ir al gimnasio.

Luego ya pasaron por mí. Me subí al carro y vi a mi papá al lado de ellas. Todas tenían los rostros desencajados. Nadie hablaba. Fuimos a la casa de su amigo, ahí se lo habían llevado. Yo nada más miraba a mis papás y sentía dolor en el estómago. Pensaba en mi mamá y lo que podía estar pasando por su mente, porque claro, le habían arrebatado al niño de sus ojos. Mi papá, aunque trataba de hacerse el fuerte, también tenía los ojos llorosos, tristes, rotos. Fue mi hermana la que pudo tener la cabeza más fría y era la que preguntaba: ¿Quién;

cómo había sido? Llegó un carro blanco, se bajaron personas armadas y preguntaron por Javier, él no puso resistencia, se subió al carro sin hacer mucho. Había niños alrededor. Luego esas personas nos quitaron los celulares, dijo su amigo. Nada más. No se dijo nada más. Mi hermana y yo regresamos a la casa y mis papás fueron a poner la denuncia. Yo los vi irse y no podía dejar de pensar en que la tortura la estábamos viviendo todos.

Las horas posteriores a su desaparición fueron las más difíciles. Familiares y amigos cercanos de mi hermano se aglomeraron en nuestra casa. No hablábamos mucho, todos nos volteábamos a ver unos a otros, esperábamos buenas noticias. Yo pensaba que podía ser que llegara Javier, por su propio pie, pero también sabía que era muy probable que lo encontraran sin vida.

Tampoco sé de quién fue la idea, pero nos empezamos a mover para ir a buscarlo. Recorrimos la ciudad. Lo buscábamos pensando que lo podíamos encontrar herido, tirado, con o sin vida. Pero lo queríamos encontrar como fuera. Buscamos su cuerpo en los baldíos y los terrenos en las afueras de la ciudad. Así nos llegó la madrugada. Pero no había rastro de él. De pronto la ciudad nos pareció más grande de lo que era y aunque éramos varios grupos, ninguno de nosotros tuvo suerte. Así estuvimos por días. Le gritamos, le lloramos, le rezamos a Dios, pero no hubo ningún indicio de su paradero. Nada.

Los días posteriores a su desaparición fueron horribles. La gente es cruel y supone, dice e inventa cosas. Afirma hechos, crea verdades y las difunde como si nada. También hay quienes se aprovechan de la situación y estafan. Lo peor es que mientras lo buscábamos, mi madre sufrió amenazas. Le exigieron que parara. Ella accedió porque tenía miedo por nosotras, sus hijas. Ya no solo era el miedo que nos daba la ausencia de mi hermano, sino la posibilidad de que pasara de nuevo con una de nosotras. Mi madre se lo dejó a Dios.

Mi hermano era el hombre de nuestra casa. Era el pilar, lo que le daba fuerzas a mi madre. Quien la hacía reír. Y esa risa se había apagado. Mi mamá era otra. No había nada que la consolara, se la pasaba llorando. Por las mañanas me despertaba su llanto, por las noches no podía dormir de oírla igual. Se la pasaba acostada, abrazada a la ropa de Javier. Nunca la había visto tan frágil y no sabía yo cómo apoyarla porque cuando yo la abrazaba, más lloraba. Yo no sabía consolarla. Nos destrozábamos todas.

Con el tiempo aprendimos a seguir con el dolor, pero para ser honesta, algo estaba incompleto en nosotras. Nos había cambiado la vida. Además, no podíamos estar tranquilas, como si nada pasara, nosotras sentíamos que no estábamos haciendo lo suficiente para encontrarlo y traerlo de vuelta a la casa. Así que seguimos, con el paso del tiempo volvimos a buscarlo y en el andar amargo de esta situación, nos encontramos con mujeres y familias que buscan a sus familiares desaparecidos en predios, en fosas clandestinas. Nos encontramos con un colectivo de buscadoras, aprendimos de ellas, supimos que no debíamos tener miedo, lo perdimos y nos unimos al grupo de búsqueda, no teníamos nada que perder.

Las búsquedas de los familiares dentro de estos colectivos consisten en búsqueda de campo en fosas clandestinas. Es salir de nuestro hogar a tempranas horas del día, tomar pico y pala en la mano, y recorrer predios y lugares donde creemos que pueda haber indicio de una fosa clandestina. Por lo general son lugares alejados de la población, solitarios, con fauna y flora que puede representar peligro para nuestra salud, bajo las inclemencias y el clima tan pesado de mi Sinaloa. Tenemos que soportar temperaturas mayores a los 40 grados centígrados. Hay que caminar grandes distancias, y muchas de las veces se nos acaba el agua o el alimento para retomar fuerza, así que lo que nos hace seguir es el apoyo y la compañía de las demás. Porque buscar en las fosas clandestinas representa una fuerza mental para los

familiares. No es fácil. Es muy fuerte emocionalmente, pero también el caminar por aquellos terrenos en aquella soledad, sirve para aclarar la cabeza, para meditar, para hablar con Dios y sirve para hablar con tu ser querido, decirle todo aquello que no pudiste.

Yo a veces platico con mi hermano, así fue como le conté que ya era tío. Que me he vuelto madre desde hace cuatro años. Le dije: Mira cómo son las cosas, nació justamente el día que tú desapareciste. Así que el once de abril tiene doble significado para mí. Te fuiste tú, y llegó él. Se fue mi hermano Fernando y llegó tu sobrino Fernando. Le puse tu nombre. Te seguimos buscando, hermano. Toda tu familia te busca. No paramos. Las ganas de encontrarte son más fuertes que cualquier miedo. Nos hemos mantenido unidas y el amor que te tenemos es incondicional.

Con el tiempo, nosotras, como familia, formamos un colectivo de búsqueda junto con otras familias. Pasamos dos años en otro colectivo y tres con el propio. Salimos al menos una vez por semana, pero hay semanas en las que hemos llegado a estar tres o cuatro veces por semana. Para mi madre no hay cansancio que valga, ni descanso que sea suficiente, pero si por ella fuera, saldría los siete días de la semana, pero el clima en Sinaloa desgasta y desgasta mucho físicamente.

En este andar son cientos los restos de personas que hemos encontrado y que hemos podido llevar a casa con sus familiares. Durante este camino he podido compartir dolor y fuerza con grandes mujeres, que comparten similitudes con mi historia, nos encontramos en el camino no solo por el sentimiento del dolor sino también para darnos fortaleza, para apoyarnos y levantarnos unas a otras.

La búsqueda de mi hermano inició el once de abril de dos mil trece y terminó el diecisiete de marzo de dos mil veinte. El empeño de mi madre y el de mi hermana lo hicieron posible.

El día dieciséis de marzo, el grupo de búsqueda liderado por mi madre se encontraba realizando una exploración en un predio

alejado de la ciudad. Dice mi madre que mientras hacían su rutina de búsqueda, una persona de las que trabajaba en esos lugares se le acercó y se pusieron a platicar y ya con un poco de confianza le contó que hace dos años, mientras cazaba por el lugar, se encontró con una fosa ya que el venado que hirió se escondió justo en el lugar donde estaba la fosa pero que por miedo no había comentado nada. Mi madre le pidió que le indicara el camino, pero él le dijo que no podía, que, si estaba interesada, al otro día podría enseñarle. Mi mamá ese día estaba muy cansada, pero a la mañana siguiente se levantó muy temprano para ir a esa fosa.

También me acuerdo muy bien de ese día. Yo estaba alistándome para ir a trabajar mientras que mi mamá, mi hermana y mi tía se ponían sus playeras de manga larga para cubrirse del sol y sus pantalones de mezclilla que las protegía de la vegetación y de los animales. Las vi ponerse sus gorras, subir la herramienta al carro y la comida para recuperar fuerza. Me fui a trabajar. Luego a mediodía que fui a comer a la casa me llamó mi hermana y me avisó que llegaría mi papá, se me hizo raro, pero no lo relacioné con mi hermano. Fue hasta que me llamó mi mamá y le oí su voz entrecortada. ¿Qué pasó? le pregunté. Y se puso a llorar y me dijo: Es Javier, encontramos a tu hermano. Otra vez la misma sensación de cuando desapareció ¿dónde están? Le dije y me fui para allá.

Hicimos hora y media de camino. Había vegetación tipo monte. Era una soledad inmensa. Recuerdo que cuando nos bajamos del auto, todavía tuvimos que caminar un kilómetro más. Ahí estaba mi mamá. La abracé. Luego vi a mi hermana, la más pequeña, en la fosa de mi hermano, con pala en mano descubriendo sus restos. Ahí estaba Javier Fernando. Su ropa intacta. La ropa que tenía mientras comía ceviche. La misma pulsera de tela que llevaba en la muñeca. Sus zapatos. Era un verlo y no creerlo. Era verlo y pensar que ahí había estado su último pensamiento. Querer creer que pensó en nosotras, en su familia, en su hijo. Sobre todo su hijo.

El hallazgo de tu ser querido en una fosa clandestina no se puede describir, son muchos sentimientos encontrados: por un lado, alegría y satisfacción que después de tantos años de su búsqueda y lucha lo tienes de regreso. Así que agradeces a Dios. Lo encontramos como él quiso que lo encontráramos. Pero, por otro lado, ver sus restos ahí, en una fosa, ver su cuerpo en esa condición, te tortura. ¿Qué le hicieron? ¿cómo fueron sus últimos momentos, le hicieron daño, qué pensaba él, sufrió?

Mientras la fiscalía seguía todo el protocolo, nosotros estábamos entre risas, llantos, abrazos. Agradecemos al cielo. El rostro de mi madre cambió. Había tristeza sí pero también se le veía paz. Lo que ella sentía era el reflejo de lo que nosotras sentíamos. Pudimos regresarlo a casa y nos sentíamos bien de haber sido nosotras quienes lo encontráramos. Por mano propia llegamos a él. Lloramos sí, lloramos de alegría y de tristeza.

Yo volví a hablar con él, a decirle que lo amaba, que lo amo. Que para mí siempre fue el mejor y que ahora a esta edad comprendo mejor las cosas y que todo lo que hizo o dijo siempre fue para cuidarnos y protegernos. Que lo extraño con el alma y que sería muy bonito tenerlo con vida, pero que la vida pasa y hay cosas que no podemos cambiar.

En menos de cinco días nos entregaron sus restos. Cotejaron las pruebas de ADN y nos lo dieron oficialmente. En la funeraria pedimos un momento a solas con él. Toda la familia ahí: mis padres, mi tía, mis hermanas, mis dos sobrinos. Lo pudimos despedir bien. Abrazamos y besamos sus restos. Sabíamos que ya no estaría solo nunca más. Luego metieron sus restos al ataúd y sellaron la caja. A petición de mi mamá nos llevamos a mi hermano a casa para que pudiera despedirse de su familia entera. Así fue, llegaron primos, tíos, tías y todo fue tristeza y festejo al mismo tiempo.

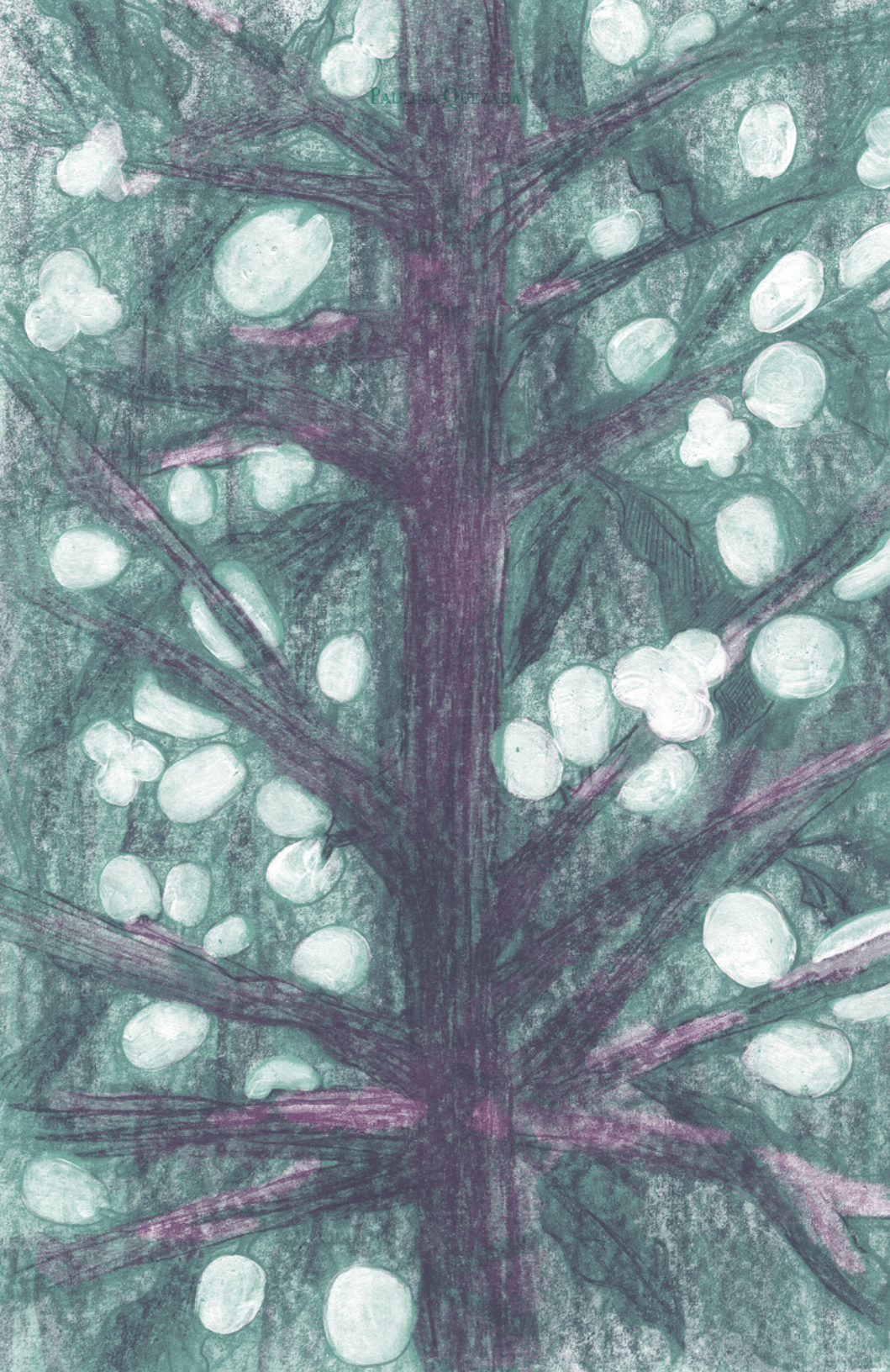
Su funeral fue muy significativo porque también nos acompañaron personas que a lo largo de siete años estuvo pendiente

de él y de nosotras. Tuvo muchas flores y lo despedimos con la música que le gustaba. La banda sinaloense lo acompañó hasta el último momento. Todos cantamos a su lado. Luego lo llevamos junto a mi abuela en el panteón. Ya podemos visitarlo, ir a platicar con él, dejarle flores. Está de vuelta con nosotras. Tenemos paz.

Mi familia y yo seguimos apoyando la búsqueda de personas. Queremos que otras familias se sientan acompañadas, encuentren paz y tranquilidad. Nos faltan todos y seguimos luchando por la no repetición de este tipo de actos.



FALLERA QUTZADA



TITA

Soy Tita, nací en Atoyac de Álvarez, en el estado de Guerrero. Mis padres: Rosendo Radilla Pacheco, campesino, cafetaleiro, ganadero y coprero; y Victoria Martínez Neri, una mujer sencilla que siempre se dedicó al cuidado de sus hijos, que casi nunca salía de casa, realizaba algunas labores de costura, tejidos y bordados.

Yo, Tita, ocupé el sexto lugar de trece hermanos. La segunda niña, Agustinita, murió a los veintiún días de nacida y posteriormente, Andrea, la tercera de mis hermanas, falleció en el año dos mil nueve. Andrea era maestra universitaria, muy comprometida con las causas sociales. Al día de hoy, sobrevivimos diez hermanas y un hermano.

En nuestra casa, además de mis padres, también vivían mi abuela materna, Natividad, mi tía María, hermana de mi papá, y su esposo, mi tío Simón, tío de mi mamá.

La casa era bastante grande, con varios cuartos para todos. La abuela se hacía cargo de la organización de la rutina diaria. Era muy activa. Desde muy temprano se levantaba para hacer el desayuno, vendía la leche que mi papá ordeñaba. También hacía queso. Y antes de las ocho, nos llevaba a la escuela que nos quedaba a tres cuadras de la casa. Luego, regresaba a hacer la comida y a las diez y media de la mañana, ya estaba de regreso en la escuela, para llevarnos un taquito y agua de fruta. Y a las doce, otra vez, iba a recogerlos.

Mi mamá se encargaba de estar pendiente de las necesidades de nosotros, sus hijos: la ropa, el calzado, el peinado, ya que todas teníamos el pelo muy largo y le tomaba mucho tiempo arreglarlo. Por su parte, mi tía se encargaba de ayudar en los quehaceres de la casa y mi tío de ayudar a mi papá en sus

distintas actividades. Por ejemplo, en la temporada de cosecha del café, la mayor parte de la familia se trasladaba a la comunidad serrana de San Vicente de Jesús para la corta del café. A mí me gustaba mucho ir porque teníamos la oportunidad de ir a las huertas y nadar en el río o en los arroyos, colgarnos de los bejucos y llegar al otro lado de la barranca. O sentir los granos maduros del café en las manos, apretarlos para oler el aroma que despiden, después regresar a casa corriendo por los caminos, por las veredas en donde la abuela ya nos esperaba con el arroz, los frijoles el quesito, los chiles en vinagre y el cafecito caliente. Así recuerdo mi infancia.

Cuando tenía como trece años, yo acompañaba a mi papá a los pueblitos donde sacrificaba algún becerro o marrano y avisaba a los campamentos para que fueran a comprar la carne. Él cortaba la carne, la pesaba, la ponía en hojas de plátano o posquelite la entregaba a los compradores, mientras yo cobraba el dinero y lo ponía en una pequeña bolsa que mi mamá había hecho con ese fin. Ya después de terminar las ventas, regresábamos a San Vicente, entregábamos a mi abuelita la carne que habíamos apartado para el consumo familiar; entonces ella cocinaba una parte, a la otra le ponía sal y la colgaba para que no se echara a perder.

También recuerdo que la vida en tiempos de cosecha era muy agitada: traían de la montaña muchas personas que trabajaban en la corta del café y las cocineras se paraban a las cinco de la mañana para preparar el café caliente que se tomaban todos antes de irse a las huertas. Mi papá se quedaba en la casa para esperar el almuerzo que luego tenía que llevar a los peones. Algunas de mis hermanas y yo lo acompañábamos para ayudar. A veces, también mi mamá iba con nosotras, no siempre lo hacía porque estaba criando y le era muy difícil dejar a la bebé en casa porque mi abuelita tenía otras cosas por hacer, especialmente en esos días de cosecha en los que tenía que preparar la comida de todos los peones y aunque le ayudaban algu-

nas señoras, ella era la que decidía qué se cocinaba y cómo se surtía. Además, recibía el café que los arrieros llevaban, luego ver que se regara y se extendiera en los asoleaderos y durante el día estarlo moviendo. También pasaba que en ocasiones llovía y se tenía que recoger y guardar si ya estaba seco, o tapar si estaba fresco o en término medio. De todo eso estaba pendiente mi abuelita y también de nosotras.

Terminada la cosecha se encostaba el café, se recogían todas las cosas que se llevarían a la casa de Atoyac, guardaban las que no y luego mi papá se iba a dejar a los peones a su pueblo, por allá, por la montaña; mientras que mi abue y los demás nos regresábamos a la cabecera municipal y de ahí a la casa donde ponían grandes pilas de costales en el corredor y ahí nosotras podíamos jugar y brincar.

Recuerdo que mi primer día de clases me desperté muy inquieta. Yo tenía cuatro o cinco años y ya me tocaba ir de oyente con mi hermana Andrea. Ella ya estaba en tercer grado. Yo no dejaba que mi hermana hiciera su trabajo porque a cada rato le decía: ¿Me la haces; me la haces? Yo quería que me hiciera lo que la maestra escribía en el pizarrón, pero luego me quedé dormida sobre la mesa. Cuando mi papá supo esto, ya estaba al día siguiente con una hamaca que me colgó en las ramas de los árboles de nanche que estaban en el patio de la escuela. Así era mi papá: un hombre amoroso, no solo con nosotros, sus hijos, con todos.

Él quería que todos los niños estuvieran bien, que estudiaran, que estuvieran sanos. Detestaba el maltrato hacia las personas, fueran niños o adultos. Me platicaba que su madre era muy estricta con él y sus hermanos. No les dejaba pasar una y que al primer silbido tenían que estar ya frente a ella y que, si no, ya sabían cómo les iba con la chicota que tenía y que les dejaba caer sobre los lomos o las canillas. Y que cuando sucedía eso, él pensaba: cuando sea grande y tenga hijos, no les voy a pegar, ni a dar maltratos. Y lo cumplió conmigo. A algunas de mis hermanas sí que les puso la mano encima, pero por cosas

muy extremas y en contadas ocasiones. Estoy segura de que ellas lo tienen muy presente.

Mi padre ayudaba sin pensarlo. Cubrir las necesidades de algunas personas lo llenaba de satisfacción. Se le veía en su rostro una alegría que todavía recuerdo. Era como si sus ojos también sonrieran. Por ejemplo, me acuerdo de que una vez, una tía llegó llorando y le dijo que estaba muy enferma y que se iba a morir y que estaba preocupada porque sus hijas no tenían dinero ni para enterrarla y mi padre le dijo: no te preocupes, prima, muérete, yo te voy a comprar tu caja. Recuerdo que cuando mi tía escuchó eso, se puso a llorar más. Y mi papá: ¿Y ahora qué? Y mi tía: No habrá café, ¿y el pan quién lo pondrá; qué va a decir la gente? Y mi papá: No te preocupes, yo también lo voy a poner ¿Y para la velada? Siguió mi tía. Y mi papá: yo también les daré el coche. Y mi tía, ya limpiándose las lágrimas, le dio las gracias a mi papá y le dijo que ya se podía morir tranquila. Se murió, mi papá me pidió que fuera a ver qué hacía falta y entonces le pregunté: Papi, ¿cuántas cajas has comprado? Él me dijo que no sabía, que ya había perdido la cuenta. He comprado tantas, me dijo, ¿Será que no habrá una para mí? Y soltó la carcajada. Pero yo no me reí. Al contrario, me dio angustia y miedo. Me sigue resonando en la cabeza lo que dijo, era como un mal presagio.

Él era un hombre muy alegre, muy activo, siempre buscaba algo qué hacer. Quería que la gente se divirtiera y organizaba carreras de caballos, toreadas, bailes y teatro, donde también participaba como actor. Además, traía charros de otras partes y los fondos los usaba para hacer obras en las escuelas o para cualquier otro gasto para beneficio social.

Mi papá, a pesar de que fue muy poco tiempo a la escuela porque su abuelo no quería que estuviera en el pueblo porque decía que mi papá no era señorita, que tenía que arar la tierra, que tenía que sembrarla, que tenía que trabajar como todos los hombres de la familia, nunca tuvo limitaciones. Siguió aprendiendo solo. Le gustaba leer. Recuerdo que tenía su escritorio

con su máquina de escribir, varios libros como el Código Civil, el Código Penal, el Código Agrario, la Constitución Mexicana y un diccionario muy grande al que le decía mataburros; y una gran enciclopedia de varios tomos con pasta roja con dorado. Ahí, en ese escritorio se sentaba a recibir a las personas que le consultaban diferentes asuntos en el que mi papá los asesoraba.

También elaboraba documentos, desde una solicitud sencilla hasta unas escrituras. Cualquier cosa que se necesitara, él siempre estaba atento. Desde muy joven se interesó por las necesidades de la población, porque deseaba que todos los jóvenes y los niños estudiaran, que la población tuviera acceso a la salud y por eso se organizaba con los campesinos para exigir sus demandas, que muchas veces terminaban en marchas que sucedían especialmente por las noches. Ahí iban con antorchas que hacían con pedazos de tela y un palo. Luego, las metían a una olla con petróleo y las prendían. También hacían pintas con chapopote en las paredes de las casas para dejar constancia de sus demandas.

Cuando yo tenía diez o doce años, recuerdo que venían muchos estudiantes a apoyar los movimientos. Entre ellos Lucio Cabañas y Genaro Vázquez. Esa alianza de campesinos y estudiantes terminó en la creación de organizaciones como la Liga Agraria Revolucionaria del Sur Emiliano Zapata y la Asociación Cívica Guerrerense. Así, organizados, realizaban distintas gestiones ante el gobierno del estado y de la Federación y como casi nunca había respuesta a sus demandas, la ACC se convirtió en la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria. Su dirigente, el profe Genaro Vázquez Rojas, fue rescatado por sus compañeros cuando cayó en la prisión de Iguala. Logró escapar, pero murieron varios de ellos y por eso El Profe tuvo que moverse de un lugar a otro del país porque el gobierno empezó a perseguirlo.

Entre el diecisiete y el dieciocho de mayo de mil novecientos sesenta y siete, pasaron varias cosas: ocurrió una masacre que fue antecedida por las protestas contra la discriminación que sufrían los niños de bajos recursos. Dentro de esas protestas se

pedía que hubiera respeto para todos, sin importar la condición de los niños. Hubo muchas acciones por esto. Yo todavía recuerdo las marchas con antorchas por las noches y las pintas con frases de repudio hacia la directora porque discriminaba y porque logró que los maestros que apoyaban a los padres de familia fueran retirados de la escuela y trasladados a otro municipio. Los padres de familia, con el apoyo de la población, continuaron la lucha y también comenzaron a exigir que regresaran los maestros a sus puestos de trabajo.

El día anterior se hizo una gran marcha por la noche en la que también participaron comisarios municipales junto a la población. Se acordó que al otro día se haría un mitin y aunque se rumoró que la Policía judicial estaría presente y que había posibilidad de represión, se hizo de todos modos. En ese mitin murieron cuatro hombres y una mujer embarazada. Ante ese hecho, El Profe Lucio Cabañas Barrientos tuvo que remontarse a la sierra donde fundó el Partido de los Pobres y fue perseguido por militares que sitiaban las comunidades y detenían a las personas sin importar que no tuvieran nada que ver con la guerrilla. Los militares se iban en contra de la población que estaba indefensa. Obligaban a los desplazamientos, detenían, torturaban a las personas, ejecutaban y desaparecieron a cientos de pobladores del municipio de Atoyac de Álvarez y otros más del estado y el país. Todo eso tenía aterrada a la gente. En las calles de la cabecera municipal se podían ver a las tanquetas militares en actitud amenazante.

Esa vida que yo recuerdo, una vida tranquila, se convirtió en una pesadilla con los militares en los pueblos patrullando día y noche. Había toque de queda y no podíamos salir después de las diez de la noche. Llegamos a escuchar a alguien que se había atrevido a salir por la noche y cómo lo perseguían. Luego, las noticias: había un periodiquillo que un vocecedor vendía y pasaba por las calles gritando: ¡Apareció un muerto, dos, o tres!, ¡tenía las tripas de fuera, le sacaron los ojos, estaba amordazado y atado de manos! ¡también fue torturado!

Y así todos los días. Ya no teníamos paz.

Mi papá participaba en las actividades de denuncia junto a otras personas que ya tenían un familiar desaparecido. En esos grupos de personas también había profesores y trabajadores de la Universidad Autónoma de Guerrero. Cada vez eran más. Yo recuerdo bien esto porque yo ya sentía temor cuando lo veía que salía de la casa. Nosotras ya pensábamos en la posibilidad de que quizá un día no regresaría.

Esto empezó como en el año de mil novecientos setenta y continuó por varios años más. En el mes de abril de mil novecientos setenta y cuatro, la guerrilla secuestró al senador del estado, Rubén Figueroa, candidato a la gubernatura y eso agudizó las cosas porque aumentaron los patrullajes, había retenes fijos y volantes, es decir, que se colocaban en cualquier lugar y cualquier momento para detener y revisar a las personas que pasaran por el lugar donde se instalaban. Detenían a todos y les registraban sus pertenencias. Si alguien no traía identificación, entonces era detenido y llevado al cuartel militar en donde los torturaban. Esas detenciones y el confinamiento se hacían en condiciones inhumanas porque supimos que les daban de comer la mitad de un bolillo para todo el día y muy poca agua.

Algunos de los que fueron llevados a ese lugar y salieron, cuentan que todo el día y toda la noche se escuchaba el ruido de una máquina retroexcavadora pero que también escuchaban gritos de dolor, ruidos de golpes, gritos de los militares al torturar a sus víctimas.

En estos relatos mencionan reiteradamente que una de las primeras preguntas era si conocían a Lucio Cabañas. Que, si la respuesta era que no, los torturaban. Que, si decían que sí, los llevaban a la sierra para que dijeran dónde estaba. Muchas de esas personas señalaron a personas que no tenían nada que ver con los grupos armados y sufrían detenciones, tortura. En algunos casos lograron su libertad.

El ocho de septiembre de mil novecientos setenta y cuatro, se realizó el rescate de Rubén Figueroa. Según el testimonio de un militar, murieron dos guerrilleros, otros más fueron detenidos y desaparecidos, algunos pocos lograron escapar. Con el tiempo la verdad ha salido y en un informe de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, se habla de veinticuatro mil efectivos militares sitiando al estado de Guerrero. En su gran mayoría, en municipios de la Costa Grande, donde se encontraban los movimientos armados.

A Genaro lo conocimos muy joven, pasaba mucho tiempo con nosotros en la casa. Le teníamos mucho cariño. Recuerdo esos días bastante bien. El veinticuatro de diciembre de mil novecientos setenta y uno pudimos ir a su campamento y estábamos emocionados de ver al Profe, como nosotras le decíamos.

Iniciamos nuestra aventura siguiendo a un hombrecito que era nuestro guía, había nerviosismo porque en ese momento ya había muchos militares en la zona, seguimos caminando entre la maleza y vimos una casita de madera con techito de cartón. Ahí había un hombre que molía nixtamal en un molino de mano. Era un hombre de tez blanca y aunque usaba huaraches de campesino, se notaban sus pies cuidados, su piel no era tosca. Se notaba que quería pasar desapercibido. Mi papá y él intercambiaron unas palabras y luego mi papá nos apresuró a seguir nuestro camino. Ya cuando llegamos hasta el río vimos al Profe que estaba acompañado de jóvenes, mujeres y hombres. Ese día comimos con ellos y con él y al poco tiempo nos despedimos.

Salimos más o menos como entramos, con silbidos guiando, pero por otra parte del terreno. Yo tenía miedo de que nos encontráramos al ejército, pero regresamos bien a casa, era Nochebuena y cuando llegamos vimos todos los preparativos de Navidad. Y aunque nos preguntaron cómo nos había ido, no contamos casi nada. Creo que mis hermanas y yo, por nuestra inexperiencia, estábamos como en un sueño, pensando que no todas las personas tenían la oportunidad de vivir esa aventura, o

quizá el temor a la osadía de haber ido a ver al Profe, lo que suponía un gran riesgo no solo para mi papá y nosotras, sino para toda la familia, así que nadie insistió en preguntar. Esa Navidad fue distinta. Ya se sentía la tensión, muchas personas ya habían sido detenidas, desaparecidas o encarceladas.

El dos de febrero de mil novecientos setenta y dos, por la mañana, vimos en la televisión que el profe Genaro Vázquez había muerto en un accidente. Todas empezamos a llorar. Mi papá también. Se le veía abatido y preocupado. El Profe era como un familiar para nosotras. No lo podíamos creer y luego que mi papá se hubiera ido esa misma mañana nos tenía tensas. Me acuerdo que mi abue prendió una veladora y nos pusimos a rezar. Nos dolía mucho. Qué duro, qué difícil fue. Todavía me acuerdo de él, de su cara siempre sonriente, amable, cariñoso, con esa buena energía que tenía.

Regresar a la vida de siempre era difícil porque los patrullajes aumentaban y las víctimas también. Pero tuvimos que hacerlo y mi papá decidió que la familia tenía que irse de Atoyac. Los llevó a Chilpancingo donde ya estaba mi abuelita y algunas de mis hermanas que ya estudiaban o trabajaban allá. Yo ya estaba casada y no me pude ir con ellos, fue triste ya no tener a mi mamá cerca y ver a mi papá solo y que iba de Acapulco a Chilpancingo y así, sucesivamente, hasta que ocurrió lo suyo. Fue el veinticinco de agosto de mil novecientos setenta y cuatro. Ese día cayó en manos de los militares.

Un día antes, mi papá me fue a ver. Yo estaba embarazada de mi segunda hija, con un embarazo de alto riesgo. Me acuerdo de que se me acercó y me acarició mi panza y me dijo: Cuídate mucho hija, por mí no te preocupes. Si pasa algo, no lloren. No les den el gusto de verlas sufrir. Y se rió a carcajadas. ¡Es que ya se las debo! Cuida a tu niña y a este canijo. ¡Mira cómo te tiene! Él va a ser machito y ese es el mío, yo lo voy a criar. Y se fue. Yo lo vi irse junto a mi pequeño hermano Rosendo. Sentí una opresión en el pecho, como si presintiera que era la última vez que lo iba a ver.

Al día siguiente, como a mediodía llegó mi hermano Rosendo. Estaba asustado ¿Que no se fueron a Chen; y mi papá dónde está? le pregunté. Y mi hermano, ¿Y Alex? (Alex era mi esposo). Le dije que andaba en el centro y entonces se echó a llorar: Ya nos habíamos ido, pasamos bien el primer retén de la Y, y en el siguiente nos bajaron del autobús y ya no nos dejaron subir. Estuvimos ahí un buen rato hasta que un soldado preguntó si yo sabía llegar a mi casa. Entonces mi papá dijo que sí, que sabía regresarme solo. Así que me pidió que parara una camioneta y que avisara a la familia. Mi papá sacó su billetera, me dio un dinero y me vine.

La desaparición de mi padre fue un golpe que acabó con nuestra familia. Todo cambió, todo se volvió triste y frío. Nadie quería estar cerca de nosotros, incluyendo su propia familia. Yo me sentía casi muerta en vida. No quería comer. Yo no dejaba de pensar en mi padre. Pensaba que podía estar pasando hambre, que tenía sed, frío, que podía dolerle algo. Que lo podían estar torturando o que lo habían matado. Y si lo habían matado ¿Dónde estaba mi papá, qué habían hecho con él?

No podía levantarme de la cama y cuando me quedaba sola, llegaba una vecina y me contaba cosas: fíjate que ayer, dijeron los soldados, que se llevaron a unos a la playa y que les rebanaron las plantas de los pies y luego los hicieron correr y les tiraron balazos. ¿No estaría ahí, en ese grupo, tu papá? Yo no decía nada, solo lloraba. Pero ella volvía y seguía contándome cosas: Fíjate que ayer, abajo del puente de Tecpan torturaron a unos, después les prendieron lumbre ¿Que no estaría ahí tu papá? Luego también me dijo que los llevaban arrastrando cadenas y que les clavaron espinas en los pies y los hicieron subir a una palma de coco y luego los bajaron a tiros ¿Que no estaría ahí tu papá? Y así día a día esperaba que todos salieran de la casa para decirme algo. Hasta que un día la encontró mi esposo dentro de la casa en su hora de comida y cuando escuchó lo que me decía, la tomó de los pelos y la echó a la calle.

Cuando nació mi niña, no fui al hospital, mi suegra me ayudó a tenerla en casa. No era el machito que mi papá anunciaba, sino una hermosa niña que nació a la una de la tarde. Al otro día del parto, mi suegra me dijo que iba a salir y que se iba a llevar a mi hija mayor. Me voy a llevar a la niña, me dijo, para que no te levantes. Voy a dejar la puerta emparejada para cuando llegue Alejandro que solo la empuje y entre. Se fue. Y casi al instante oí cómo se abría la puerta y yo todavía pregunté si se le había olvidado algo, pero no era ella. Yo recuerdo con mucha claridad que fue mi papá el que levantó la cortina y me miraba sonriente y yo le dije: ¡Papi, viniste! pero fue cuestión de segundos para que me acordara de lo que realmente estaba pasando y cerré los ojos y cuando los volví a abrir empecé a buscarlo por toda la casa y ya no estaba. Comprendí que había sido una ilusión mía, o que de alguna forma sí estuvo ahí, acompañándome. No sé.

Ya recuperada del parto, yo iba seguido a Chilpancingo a la casa de mi mamá, esperando que un día él llegara ahí. Pero ya estando ahí, con ella, me quería regresar a Atoyac por si llegaba allá.

Cuando se llevaron a mi papá, mi mamá y mis hermanas se dedicaron a buscarlo. Mi mamá ni hablaba conmigo sobre él, solo me decía: hija, hay que aguantar para ver hasta dónde llega esto. Pero dolía demasiado, hablar de él dolía así que por eso no hablábamos. Luego ella enfermó, estuvo muy delicada de salud. Mi mamá sobrevivió diez años a la desaparición de mi papá.

Un poco antes de que muriera mi mamá, el siete de abril, mi esposo Alejandro fue asesinado. El padre de mis hijos. En un mismo año perdí a las personas que eran mi mayor apoyo. Por un lado, mi compañero, por otro, mi madrecita que, aunque estaba enferma era como una sombrita para mí. Siempre me miraba con mucha ternura. No se movía, pero estaba viva y para mí eso era suficiente.

Tardé un poco en recuperarme de esas dos pérdidas. Me acuerdo de que su familia, especialmente las hermanas de mi esposo y sus esposos, fueron un gran apoyo para mi familia.

Siempre estaban pendientes de las necesidades de las niñas y de mi niño.

Con el paso del tiempo, comencé a ir acompañada de mi hermana a las reuniones de familiares de personas desaparecidas. Ahí encontré el espacio que necesitaba. Ahí vi otros corazones destrozados como el mío. Personas a las que había que apapachar. Encontré ahí la mano amiga, el hombro dispuesto, la sonrisa, la palabra adecuada. Y me quedé.

Hoy puedo decir que aunque siempre los llevo en el corazón, he podido superar la ausencia de mi esposo, igual que la de mi mamá, pero la de mi papá no. A pesar de que lleva desaparecido cuarenta y seis años, sigue ese vacío que nada lo llena. Sigue el dolor que no se calma. Solo las personas que lo han vivido lo saben. Pero no tiene que ser así, esto no tendría que haber pasado.

Dentro del Comité Nacional Independiente Pro Defensa de Presos Perseguidos Detenidos Desaparecidos y Exiliados políticos (CNI), en mil novecientos noventa y dos, se realizó el primer Congreso del CNI en Atoyac, donde se hizo un Comité Local y nació el Comité de Familiares de Detenidos Desaparecidos de la Costa Grande de Guerrero. Me nombraron presidenta. Cuando asumí este cargo, mi objetivo primordial era encontrar a mi padre, saber qué fue lo que sucedió, pero inmediatamente después que empecé a conocer los casos, me di cuenta de que no solo yo estaba pasando por eso, sino que todos los familiares tenían la necesidad de hablar de sus casos, de ser escuchados, de recibir un abrazo, una palabra de aliento que les diera la esperanza de pensar que era posible encontrarles.

Entonces, todo empezó a tener más forma y buscamos un pequeño local donde día a día llegaban las personas y empezamos a hacer nuestras propias actividades en coordinación con el CNI: marchas, mítines, plantones, foros, conferencias, charlas en distintos lugares a nivel nacional y posteriormente en foros internacionales. Todo este trabajo nos dio la oportu-

nidad de poder llevar el caso de mi papá a la Comisión Interamericana y después a la Corte.

Fue verdaderamente un calvario el que viví durante todo el proceso. Fue muy largo. Complicado. Fueron diez años de ir y venir de un lado para otro en el que revisamos archivos municipales, archivos estatales, el Archivo General de la Nación, en las Islas Marías, todo eso para documentar bien el caso. Y aunque teníamos todas las evidencias de que el Ejército había sido responsable, el Estado se negaba a reconocerlo. Afortunadamente, con el apoyo de abogados expertos, logramos que la Comisión Interamericana emitiera una recomendación al Estado Mexicano. Nuestro objetivo era tener una sentencia en la que se reconociera que todos los casos que ocurrieron en los años setenta sucedieron bajo una política de terror. Que hubo una estrategia planeada y ejecutada desde las más altas esferas del gobierno. Que el Estado mexicano utilizó toda su fuerza en contra de la población indefensa, cuyo único delito era estar en el lugar equivocado. Y lo logramos, el veintitrés de noviembre del dos mil nueve, la Corte Interamericana de Derechos Humanos emitió una sentencia por la desaparición forzada de Rosendo, mi padre.

Ahora tenemos nuestras oficinas en el mismo lugar en el que estuvo el cuartel militar en donde se dieron tantas torturas y desapariciones. Hacer esto también fue un proceso doloroso. Me acuerdo de que las primeras veces, nada más acercarnos al lugar, nos producía muchos sentimientos encontrados. Primero, nada más pasábamos enfrente, pero poco a poco empezamos a entrar hasta que nos quedamos ahí. Tomamos ese espacio, lo hicimos nuestro. Ya llevamos diecisiete años, permanecemos ahí, a pesar de que hubo esfuerzos por quitárnoslo. Para nosotros esto representa mucho porque ahí estuvieron nuestros familiares. En ese sitio están sus historias. Seguramente sus gritos, sus lamentos, su llanto.

Sabemos que es muy probable que no encontremos a nuestros familiares porque ya ha pasado mucho tiempo y porque las

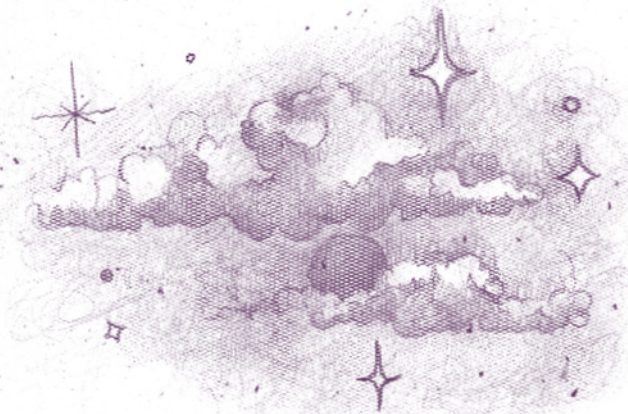
autoridades siguen siendo omisas. Pero nos mantiene el deseo de estar juntos y juntas. Este sitio es como un refugio en donde podemos compartir nuestras penas, nuestro sufrimiento, nuestros problemas, ahí encontramos abrazos, consuelo, unión.

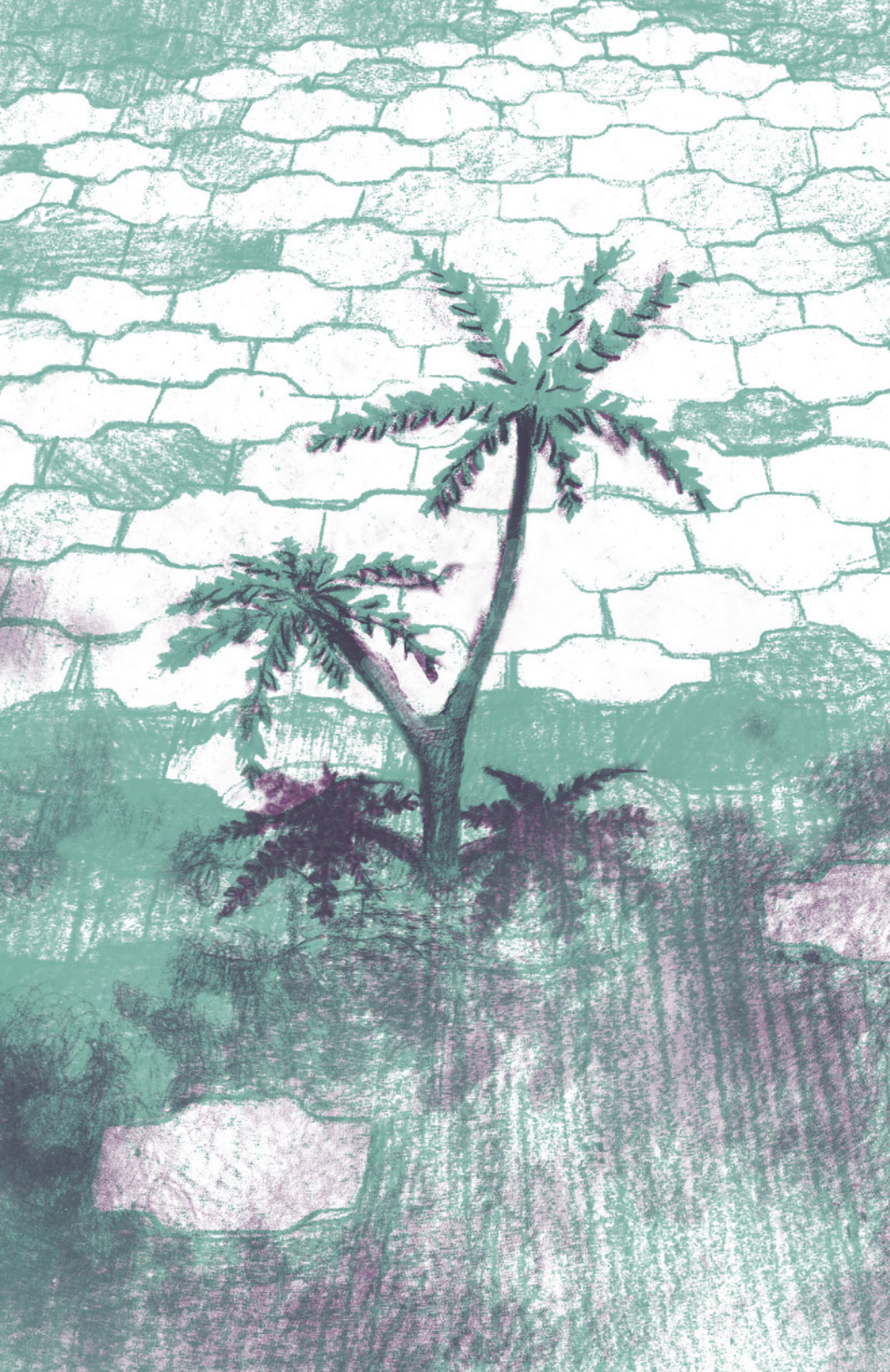
La gran mayoría de las mamás han fallecido sin saber qué pasó con sus hijos. A mí me ha tocado estar en el lecho de muerte de varias y varios de ellos, es muy doloroso verlos partir con la angustia de no haber tenido nunca una respuesta. Esto me duele a mí, tanto, que a veces no puedo dormir pensando en su vida, en sus palabras, en lo injusto que ha sido todo. Ya no solo es mi padre, Rosendo, mi gran viejo, sino todas y todos. Sobre todo, hoy que el país se ha convertido en un cementerio. Sabemos que no podemos hacerlo solo nosotros, nos sumamos a la Brigada Nacional de Búsqueda.

Y hacer esto me ha traído mucho aprendizaje, porque, aunque sabía con lo que me iba a encontrar, no imaginé lo que me tocaría vivir. Desde que llegamos, mis compañeras y yo encontramos un ambiente muy acogedor de paz y tranquilidad. Estamos todos: las madres y padres que acaban de perder a sus tesoros, los niños a quienes les han arrebatado a su madre, a su padre o a los dos y que se les ve la tristeza en sus ojitos. Están las esposas, las hermanas y hermanos. No puedo explicar con palabras, porque, aunque se ven frágiles, como muñecas rotas, también tienen la fuerza que les hace invencibles, el dolor no los vence, al contrario, tienen la disponibilidad de hacer todo lo que haga falta para encontrar a sus familiares.

Hacen lo que sea: van a los cerros, a las barrancas, a lugares peligrosos, a rascar la tierra, a mover piedras, a arrancar el monte con sus propias manos. Siempre acompañadas de personas voluntarias que han hecho suyo el dolor de las familias. Lo hacemos porque sabemos que, si encontramos a una persona, aunque no sea nuestro familiar directo, se logra dar paz a una familia. Y con eso basta para seguir porque son mujeres y hombres que han cambiado su vida, que han decidido no callar, no

quedarse en casa esperando, no les gana el miedo, lo dan todo por ellos y ellas, por encontrarles, por rescatarles, por saber qué ha pasado con ellos y que nunca más una persona vuelva a desaparecer. Yo seguiré acompañándoles, porque al acompañarles a ellos y ellas me acompañan también a mí.





ERIKA

¡Arriba, arriba, Erika! Ya es viernes. Si no te levantas no vendes. ¡Vamos! Me decía a mí misma mientras estaba sentada en la orilla de la cama. Me daba ánimos para ir a la cocina y preparar los tacos. Era más tarde que de costumbre. Eran las cinco y media de la mañana. No iba a dar tiempo. ¿Y si no vendemos? No. Si no vendemos no voy a tener dinero para el fin de semana, pensé.

¡Déjate de cosas Erika y apúrate! Me insistí sola. Ya en la cocina seguí sin tener ganas de hacer nada, pero seguía. Hice solo un canasto de tacos para que me diera tiempo y porque un día antes mi marido me dijo que en Caleta lo saltaron, así que un canasto bastaba para venderlo en Mina. A Caleta ya no quería ir, ni poner en peligro a mi esposo ni a mi hijo que eran los que vendían en esa zona.

Mientras preparaba los tacos, todos seguían dormidos. Mi marido suele levantarse tarde, como a las seis y media, aunque yo ande en chinga. Ya para esa hora había despedido a don Roge que me traía la tortilla.

Me sentía demasiado estresada y cansada, no nada más del trabajo, sino de los problemas de la casa, de las peleas con mi marido. Me daba igual que se vendiera o no. Quería seguir dormida, pero seguí y entonces le fui a hablar al Chamaco para que se parara y me ayudara a terminar. El Chamaco, así le decía de cariño a mi hijo Christopher.

¡Christopher, Christopher! ¡Ya levántate para que me ayudes! Él seguía durmiendo, boca abajo. Medio entreabrió los ojos, me miró, movió su cabeza, me dijo que sí, que se iba a levantar, pero yo noté que tenía mucho sueño y no le insistí. Lo dejé dormir porque sabía que estaba muy cansado por el fútbol del día anterior.

Terminé los tacos junto a mi marido a las siete y media de la mañana. Hacer tacos de canasta es muy complicado porque se tienen que hacer de uno a uno, pero terminamos entre los dos y yo fui a cambiarme para irme a venderlos.

Para cuando bajé las escaleras apagué la luz de la casa y alcancé a ver a Christopher parado en la puerta de su cuarto. Solo tenía puesto su bóxer negro y me preguntó todo somnoliento si ya me iba. Le dije que sí y salí a la calle para subirme al carro con mi marido. Volví la cara hacia la casa, vi a mi hijo asomándose a la ventana de su cuarto. Nos dijimos adiós con la mano.

Nos fuimos a vender a la calle Mina y el día para mí comenzó justo cuando mi marido se regresó a la casa y yo me quedé vendiendo con la fe puesta en Dios, al lado de Daniela, la muchacha que me ayudaba.

A las ocho veintitrés de la mañana escuché mi teléfono y vi que era mi hijo. Le contesté rápido: ¿Bueno; qué pasó? Le dije. Ma, ¿dónde estás? me preguntó. Le respondí que en Mina, ¿Por qué; y mi papá? Le respondí que, en la casa, que eso creía, ¿por qué? Insistí. Es que lo vine a buscar. ¿A dónde? A Caleta, me dijo. ¡No, hoy no vendió! ¿Para qué fuiste? Me respondió nada más con un mmm y luego me reprochó que no le dije. ¡Estabas dormido, por eso ya no te dije nada! ¡Vente para acá, yo estoy en Mina! Me dijo que sí, que sale. Sale pues, le dije y colgamos. Esa era su forma de decirme que ya venía y me quedé confiada de que iba a ser así. Pero pasó media hora y nada. Este chamaco no viene, ¿a dónde se habrá ido? A lo mejor viene caminando porque no le dejé dinero. Ya vendrá. Y me concentré en vender hasta que pasó otro rato y él seguía sin aparecer. ¡Pásele, hay tacos de canasta! ¿Por dónde se habrá ido o a dónde fue? Me seguía preguntando. ¿Ya no vino? A lo mejor se fue a la casa a seguir durmiendo. Pero no me dijo nada, ni me avisó y él no es así, me hubiera llamado. Entonces le marqué a ver dónde estaba. Pero me mandó a buzón.

Entonces me metí a Whatsapp y vi que había estado conectado unos minutos antes. Le escribí un mensaje: ¿A dónde te

fuiste, niño? Te estoy marcando. Vi que el mensaje salió pero que él no lo vio. Y así otros diez minutos. Le volví a marcar y nada. Me metí a Messenger de Facebook, y busqué a ver si estaba conectado porque siempre solía estar activo. Nunca se desconectaba, y nunca se iba a ningún lado sin avisarme. Por eso empecé a angustiarme, no me gustaba que no me respondiera por ningún lado.

Para ese momento no sabía yo si seguir vendiendo o irme. Empecé a hacerme muchas suposiciones: Tal vez está con Evelyn, su novia. Pero no me avisó. O tal vez se fue a donde mi mamá o mi hermana. O a lo mejor se fue con mi cuñada. O está con Yoni, su mejor amigo. O a lo mejor se fue a la cancha porque había partido. Así la cabeza dándome vueltas pensando dónde podría estar.

Continué llamándole y enviando mensajes: nueve diez, nueve veinte, nueve y treinta, nueve cuarenta, nueve cincuenta, las diez de la mañana. Nada. Así que llamé a todas las personas con las que pensaba que podría estar: Evelyn, Yoni, otros amigos del fútbol que era su pasión. Nada.

Diez, diez y diez, diez y veinte, diez y treinta, diez cuarenta. Así cada diez minutos. Y luego cada cinco. Sentí que enloquecía. Tenía un nudo en la garganta y muchas ganas de llorar.

Daniela se estaba encargando sola de la venta, yo ya no estaba concentrada porque mi necesidad de saber dónde estaba Christopher era más grande y ni me importaban los clientes. Luego, empecé a perder la noción del tiempo hasta que llamé a mi marido. —No sé la hora no recuerdo—, y le pregunté si Christopher estaba con él. Me dijo que estaba dormido y preguntó por qué. ¡Porque no lo encuentro desde la mañana, ya es tarde y no contesta el celular! Entonces me dijo que se iba a fijar si estaba en el cuarto y que me hablaba. Colgamos. Fueron pocos minutos lo que tardó, pero a mí se me hizo eterno y me dijo que no, que no estaba. ¿Para dónde se fue o a dónde te dijo que iba? Me preguntó. Es que me marcó diciéndome que estaba en Ca-

leta, que te había ido a buscar y le dije que se viniera a Mina y me dijo que sí, pero no ha llegado. Mi esposo me dijo que seguro estaba por ahí con sus amigos y volvimos a colgar.

Yo no estaba tranquila y seguí marcándole y contactando a sus amigos porque yo pensaba que Christopher, mi hijo, no hacía eso. Eso le decía yo a Daniela que me escuchaba. Él nunca se va sin avisarme y nunca se desconecta, ni apaga su teléfono. ¡Hasta pensé que tal vez el celular se le pudo caer cuando se subió al camión o la urban en Caleta mientras se venía a Mina. ¿No? Le pregunté a Daniela. ¿No se le pudo haber caído o se le descompuso y por eso se va a buzón? Como quiera, aquí tiene que llegar para decirme que lo va a llevar a que se lo arreglen.

Recuerdo que a mediodía le volví a marcar a mi marido y le pedí que fuera por mí. ¡Ya ven por mí, ya me quiero ir! Y mientras iba por mí le marqué a mi suegra y le pregunté si había visto llegar a mi hijo, pero dijo que no pero que sí lo había visto irse temprano. ¿Y qué ropa llevaba? Le pregunté. Y me dijo que vestía una playera blanca con franjas rojas, short negro y sus tenis. Ah, O.K, suegra, si lo ve llevar dígale que me marque por favor y colgamos.

Y como siempre, mi marido tardó en llegar al puesto por mí, cuando llegó me dijo que fuéramos al mercado, le dije que sí, pero en el transcurso yo no dejaba de marcarle a mi hijo o a mi familia para ver si sabían algo, pero nadie sabía nada. Estaba yo desesperada y me daba cuenta de que el mundo era muy extenso y que yo era como una hormiga para poder encontrarlo o saber dónde estaba.

Yo tenía muchas ganas de llegar a mi casa y encontrarlo dormido —donde lo dejé temprano— pero cuando entré a su cuarto, nada más vi su cama desarreglada. No sé por qué, pero al verla así, me entró esperanza y volví a pensar en la posibilidad de que se había ido a algún partido sin permiso porque ya una vez se había ido sin permiso a un partido hasta la colonia Colosio porque, aunque le dije que estaba lejos, se fue; y eso esperaba

yo, que regresara y regañarlo porque se había ido sin permiso. Luego fui al baño y vi en el piso la mochila que se llevaba al fútbol, con sus tenis adentro y su uniforme y sentí que el mundo se me venía encima. Me sentí miserable y comencé a llamarle de nuevo y de nuevo me mandaba a buzón su teléfono. Entonces se me ocurrió enviar un mensaje a Facebook, y le escribí: Christopher, te estoy buscando. ¿Dónde estás? Pero nada. Así se hizo de tarde.

También pensé que podría estar con Yoni jugando Xbox pero de pronto escuché un grito afuera de la casa. ¡Cristo! gritaron y me asomé rápido y era precisamente Yoni que lo buscaba para que se fueran a entrenar a la cancha. Me tembló el cuerpo, cada suposición mía, cada esperanza se me caía. Le grité a Yoni que no se fuera, que quería hablar con él. No pude, antes de llegar hasta donde él estaba, yo ya estaba desbordando el llanto. Antes de decir nada, me encontré a mi papá. Me sorprendí al verlo. Me dijo tu hermana que no encuentras a Cristo, me dijo él. No papá, no sé dónde está, pero a lo mejor ya ahorita llega. Le dije eso porque no quería angustiarlo y seguí mi camino para hablar con Yoni.

¡Yoni, no encuentro a Cristopher desde la mañana! Yoni se sorprendió y me dijo que me calmara, que seguro llegaba. Sí, le dije tratando de calmarme. ¿A ti no te ha llamado? No, doña, dijo Yoni. Quedamos de vernos aquí a las cuatro para ir a entrenar. A lo mejor se adelantó a la cancha. Me dijo. Sí, ¿verdad? contesté. Vamos a la cancha a buscarlo, le dije. Yoni dijo que sí.

Para ese momento me di cuenta de que toda mi familia ya estaba alarmada. La familia de mi esposo también. Me estaban entrando llamadas por todos lados. Me llamaban amigas que nunca lo hacían. Me quería volver loca, yo solo quería que me llamara mi hijo.

¿Ya encontraste al niño? me preguntó mi mamá por teléfono. No, todavía no, ahora voy con Yoni a buscarlo a la cancha. Pero a dónde fue, me preguntó. No sé mami, no sé. Yo me

quedé esperando a que llegara al puesto después de que me marcó. Estoy desesperada, mami, ya no sé qué hacer, no sé dónde está. Estoy en agonía, siento que ya es tarde, ya va a oscurecer y no sé nada de él, mami, no lo encuentro. Y yo lloraba mientras se lo decía y mi mamá me pedía que me calmara, que estaba segura de que iba a aparecer y yo traté de calmarme y le dije que sí, que sí, que lo íbamos a encontrar y le dije a Yoni que nos fuéramos; y mi marido me preguntó que a dónde iba y le expliqué y me dijo que él me llevaba y total que fuimos Yoni, mi papá, mi esposo y yo a buscar a Cristo a la cancha.

Pero en la cancha buscamos por todos lados y no estaba. Preguntamos a todos: niños, personas, gente que estuviera por ahí y nadie lo había visto y a mí me pasaban mil cosas por la cabeza y le pedía a Dios que me ayudara, que no me abandonara, que donde fuera que estuviera Cris, que por favor me marcara, que llegara a la casa y que me llamaran para decirme que ya estaba ahí.

En la cancha casi todos lo conocían y todos se preocuparon conmigo, pero me daban ánimos: Señora, no se preocupe, a lo mejor ahorita llega, aquí siempre viene, a lo mejor ahorita lo encuentra. Ha de estar con otros amigos porque él se lleva con muchos chavos del fútbol. Sí, gracias, sí, les agradezco, si saben algo, me avisan por favor, o si lo ven le dicen que lo ando buscando, les dije y me fui para el carro con mi marido que me preguntó que ahora a dónde íbamos y yo le dije que a Caleta a ver si allá alguien lo vio o si sabían algo. Y de camino, lo mismo, yo le marcaba y le enviaba mensajes y cuando no estaba al teléfono miraba por la calle con la esperanza de verlo, por ahí caminando. Y cuando llegamos a Caleta, lo mismo, que nadie sabía nada. Me entró mucha tristeza en mi ser y ya no pude dejar de llorar y le pedí a Dios que me guiara y que me mandara una señal de dónde podía estar Christopher.

De pronto mi marido me sacó de mis pensamientos con un grito, me dijo que me callara y que me calmara porque no ganaba nada con ponerme así. ¿A dónde vamos ahora? Me preguntó

y yo ya no sabía nada, no sabía qué hacer hasta que recordé que había muchos retenes en las calles de Caleta porque era temporada de vacaciones de verano y se me ocurrió decirle que fuéramos para allá o a la fiscalía porque tal vez, tal vez, lo detuvieron los ministeriales y como él ya no se veía tan niño pues lo revisaron y se lo llevaron para que diéramos dinero para poder sacarlo. Mi marido no dijo nada, pero me hizo caso y fuimos a la fiscalía.

Cuando llegamos a la fiscalía preguntamos si nos dejaban ver a los detenidos. Yo sentía esperanza de verlo y que me dijera: mamá, me trajeron aquí por error. Pero a la vez pensaba, no, mi hijo no puede estar aquí, porque él no es un delincuente, ni anda mal vestido, ni tiene tatuajes, ni camina fachoso, ni tiene vicios y además nada más tiene su teléfono, porque ni dinero tiene, porque no le dejé dinero, solo como veinte o treinta pesos y que de seguro con eso había pagado su pasaje para Caleta. Pero daba igual, de todos modos, lo único que yo quería era verlo y que me lo entregaran. Aunque también le pedía a Dios que me diera fuerza para enfrentar lo que viniera y seguí avanzando, haciéndome la fuerte, sacando fuerzas de quién sabe dónde, pero mi hijo no estaba en los separos. Mi marido y yo salimos de la fiscalía sin saber qué más hacer, pero antes de subirnos al coche, nos abordó un hombre y nos preguntó a quién buscábamos y sin saber contestar, mi esposo y yo nos quedamos callados unos segundos hasta que le dije: A mi hijo, ¿Por qué?, ¿cómo es? preguntó el hombre. ¿Por qué? insistí. Porque arriba hay más personas y si no lo encontraron ahí dentro, a lo mejor está allá arriba. ¿Desde cuándo no lo encuentran? Le contesté que desde la mañana. Entonces él dijo que habían llevado a algunos hacía un rato y mi marido y yo hicimos caso y fuimos para arriba. ¿Qué es allá arriba? Pregunté y mi marido me dijo que era lo mismo, pero que mejor yo lo esperara, que él iba rápido y le dije que sí, que lo esperaba porque yo no creía que estuviera ahí.

Mi marido se fue con el hombre, y me quedé en la calle con Yoni y mi papá, esperando a que mi marido saliera, mientras yo insistía en llamarle al teléfono. Me acuerdo también de Yoni que también se le veía triste y angustiado, igual que mi papá y yo. Estuvimos así más de una hora, mirando al cielo, viendo cómo se hacía de noche y empezábamos a sentir el frío, hasta que vi salir a mi marido. Lo vi sereno y tranquilo y le hice señas de que se apurara. Él caminaba normal y venía platicando con ese hombre a un lado, cuando ya estaba frente a nosotros le pregunté qué había pasado, por qué había tardado tanto. ¿Estaba ahí Christopher? Y me respondió que no, que no estaba ahí. Entonces le dije que nos fuéramos, pero él me interrumpió me dijo, no está arriba, está abajo. ¿Abajo? Le pregunté. ¿Cómo abajo? ¿Por qué está ahí? Entonces mi marido me dijo que tenía que ser fuerte porque Christopher, mi hijo, ya no estaba con nosotros, él está en SEMEFO. No, no, no, le dije. No me digas esto. ¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo? Si esto es verdad mi vida ya no tiene sentido. ¡Estás loco! Y mi esposo me trató de calmar y me dijo amor, lo siento, y quiso abrazarme y yo lo rechacé y volteé a ver a Yoni, y le dije: Yoni, que dice mi marido que Christopher está en SEMEFO, está loco, ¿verdad? Yoni, ¿Verdad que él no está ahí? ¡vámonos a buscarlo a otro lado! Pero Yoni ya estaba llorando y mi padre también y se me acercó y me dijo que tenía que ser fuerte. ¿Qué pasó? Pregunté aferrada a creer que era una mentira. ¿Qué pasó? ¿cómo fue que lo trajeron aquí?, ¿por qué dices que está ahí? ¿y ese hombre cómo sabe que es él? ¡Si ni lo conoce! Pero mi marido me respondió serio que él había visto a mi hijo, que había visto su ropa, su playera blanca con rojo y un short negro. Y volví a negarme: ¡Estás loco, a ver, llévame a ver si es cierto! Y me dijo que el hombre tenía fotos y yo me acerqué a él y le grité que por qué decía que mi hijo estaba ahí, si mi hijo no era un delincuente, ni era una persona mala. ¡Mi hijo estudia y es de familia! El hombre nada más me respondió que él ahí trabajaba y solo hacía su trabajo y

que mi esposo había reconocido el cuerpo de mi hijo. ¡No, pero él no sabe nada, llévame a mí, yo quiero verlo, quiero ver si es él! Y el señor me dijo que no era recomendable. Lo que usted va a ver es muy fuerte. Insistí y me dijo que solo si alguien me acompañaba. ¿Por qué son fuertes, por qué las fotos son fuertes? ¿Qué pasó, qué le hicieron? Además, si son solo fotos, a lo mejor no es él. Pero mi marido intervino: ¡Que sí es él, porque la ropa coincide! Pero ¿qué ropa es? ¿qué ropa tiene mi hijo? Y el hombre constató que era la playera blanca con franjas tipo polo y el short negro, los tenis negros y unas pulseras en la mano. ¿Y cómo son las pulseras? Pues una café de hilo de seda tejida con bolitas doradas y unas de plástico con frases. Sí era.

Pero para mí era como si todo fuera un sueño, no lo podía creer. Por eso, cuando me habló mi hermana yo le dije que estaba en la fiscalía y cuando me preguntó si sabíamos algo, todavía seguía sin darle razón a mi marido y le dije que eso era lo que decía él, que, aunque dijera que estaba en SEMEFO yo pensaba que estaba loco, yo creo que no es Christopher, insistí. Entonces ella me dijo que la esperaríamos y que llegaba con mi mamá.

Mi papá y mi esposo seguían hablando con el hombre aquel, que decía que a mi hijo lo habían desmembrado y que por eso no era recomendable que yo lo viera. ¿Qué le hicieron? le pregunté. Y él se dirigió a mi esposo y le preguntó si no me habían explicado. ¿Pero a qué hora fue eso?, ¿dónde fue? ¿A qué hora lo trajeron aquí? El hombre me respondió que como a la una de la tarde lo habían llevado después de encontrarlo en la calle Artículo veintisiete. Ya no sabía qué pensar, solo recuerdo que vi a mi hermana y a mi mamá y ellas lloraban y yo les decía que no, que no llorarán, que mi esposo estaba loco, que fuéramos a ver para constatar que no era verdad.

También llegó mi hermano con su esposa y lo mismo, que qué había pasado, que no podía ser, que cómo al Negro, mi hijo. Y yo, sin llorar, que no, que había un error, que yo necesitaba ver, que no creía nada. Y me agarré de mi familia y le pedimos al

hombre que me dejara entrar y él dijo que sí pero que yo tenía que estar acompañada. Y así íbamos: mi hermana, mi hermano, mi mamá y yo, abrazados, caminando juntos para entrar a donde había entrado mi esposo, pero ya casi al entrar me detuve y dije que no, que no podía entrar, y mi mamá me abrazó y mis hermanos siguieron. No quieres ver, ¿verdad? Me preguntó mi mamá y yo le dije con la cabeza que no, que yo ahí los esperaba. Y me quedé con mi mamá que se preocupó porque decía que yo tenía calentura, que me veía enferma. Pero yo negaba, estaba como suspendida en el tiempo, esperando noticias. Y así fue como vi que mis hermanos regresaron con sus caras tristes buscando abrazarnos y llorando y confirmando que sí era mi hijo. Sí es él. manita, ya lo vimos. ¿Qué vieron, lo vieron a él? Y mi hermana dijo que sí, que lo conoció luego, luego por sus manos y por sus pies y que traía su pulserita. Ahí estaba mi hijo.

Yo nada más sentía cómo mi cuerpo estaba caliente y se me hacía dolor de pensar que todo había acabado, que nunca más volvería a verlo, a escucharlo. Que nunca más volvería a verlo reír, ni jugar en la cancha, ni lo abrazaría. Y que cuando llegara a la casa, yo iba a ver su cuarto sin él, ahí, vacío, con la ropa tirada, y sus zapatos vacíos, y su cama vacía y fría y sin él.

Y nos pusimos a caminar, ahí en la calle y luego nos sentamos en la banqueta, debajo de un árbol de mango. Mi marido y mis hermanos y mi papá estaban viendo cómo hacer los trámites y poco a poco empezó a llegar más familia: un tío, luego una prima con su esposo, otro primo, otro tío y así todos llegaban a apoyarme, a estar conmigo en ese momento. Llegaron sus abuelos de mi hijo, su abuela también estaba muy mal, lloraba desesperada. Yo trataba de hacerme la fuerte, pero no pude más y rompí en llanto, con gritos de dolor y desesperación gritándole a mi hijo: ¡Te estoy buscando, dónde estás Christopher, contéstame! ¿Por qué no me contestas el celular, tú nunca lo apagas! ¡Dime que no eres tú, Christopher, por qué te hicieron esto si tú no le hacías daño a nadie!, ¡por qué, por qué si tú

estudias, si tú juegas al fútbol!, ¡Malditos, desgraciados!, ¿Por qué le hicieron eso a mi hijo, qué les hizo, por qué no me dijeron nada, por qué no me llamaron si querían dinero, por qué? ¡Malditos desgraciados, si yo trabajaba para él, para sus hermanos, para sacarlos adelante, para que no les faltara nada!, ¡Mi hijo me ayudaba a trabajar, yo trabajaba para él, porque él era el más grande! ¡Él era mi adrenalina, él era mi adrenalina! ¡Ya no quiero nada, ya no quiero vivir, me quiero morir, me quiero ir con él, por qué, porqué señor, por qué lo desprotegeste si yo te lo encargaba! Yo gritaba eso y gritaba más y no sé si todo se escuchaba o solo lo pensaba. Y cuando escuché a mis hermanos decir que ya se lo llevaban para prepararlo, yo me levanté y empecé a gritarle de nuevo: ¡Cristopher, Cristopher, te estoy buscando, vámonos a la casa, salté de ahí, por qué? ¿Por qué le hicieron eso, por qué? Cristopher si tú no te metes con nadie. Pero se lo llevaron y a mí también para que lo esperáramos en la casa.

Ya en mi casa, con mi mamá a mi lado, fui directo a su cuarto. Quería morirme para que acabara ese sufrimiento. Escuché que dijeron que llegaría a las dos de la mañana. Yo no supe nada de los trámites. Mis hermanos y mi papá se encargaron de todo mientras mi mamá me cuidaba. Mis otros dos hijos, Sebastián y Ximena, estaban con mis cuñadas. Yo no podía dejar de llorar mientras abrazaba y olía la ropa de mi hijo. Ahí estaba su olor y sentía que lo estaba abrazando. Luego mi hermana entró al cuarto y me pidió ropa para poder vestirlo para su funeral. Yo le escogí un pantalón de mezclilla y una camisa de manga azul larga, color azul cielo y se la planché mientras empezaron a llegar personas a la casa. Una amiga me dijo que si me ayudaba a planchar la ropa, pero yo no quise, yo quería hacerlo. Después de entregarla solo esperé, solo me interesaba esperar a mi hijo.

Y así fue, llegó a las dos de la mañana y me levanté rápido, me asomé a la ventana y por fin vi llegar a mi hijo a su casa, pero sin vida.

Lo que me sorprendió fue ver a tanta gente reunida: estaban sus amigos del fútbol, del bachiller, sus amigas, sus compañeras de la escuela, nuestra familia, los vecinos, gente mayor que nunca imaginé ver ahí. Y todos me decían que no lo podían creer: su hijo era buen muchacho, él no se metía con nadie, era respetuoso y educado, tenía mucha humildad, no era envidioso, ni egoísta. Una señora me dijo también: era mi cliente, me compraba mango con chile. Su niño no era grosero, al contrario, les decía a los chamacos que no dijeran groserías. Era mi cliente, me compraba picadas. Y así, lo mismo la señora del agua fresca, la señora de los dulces, los entrenadores de fútbol y sus esposas que me decían que me acompañaban en mi dolor.

Luego llegó Axel, uno de sus mejores amigos, desesperado, lloraba mucho. Y también llegó Pili, luego Yoni con su mamá y también Juan, otro gran amigo; hasta que la cuadra se llenó de gente y a mi hijo lo adornaron con muchas flores blancas. Sentí mucho cariño entre tanto dolor que no estaba consciente del tiempo, cuando vi que el sol ya estaba iluminado, volví a sentir mucha desesperación porque ahora sí tendría que despedirme de él para siempre. Sabía que no volvería a verlo nunca más. Que todo había terminado y que por más que llorara o gritara él no se iba a despertar. No volvería a decirme mamá.

Para las cuatro de la tarde lo llevamos a despedirlo en la cancha de fútbol y luego al panteón. Los amigos del fútbol le gritaban que lo amaban. ¡Te vamos a extrañar Cristo! ¡Siempre vamos a recordarte! Y así, lo mismo en el panteón hasta que lo sepultamos.

Cuando volvimos a la casa me di cuenta de que cuando mataron a mi hijo, también me mataron a mí.



ERIKA RODRÍGUEZ



BLANCA

Mi historia te la llevaste entre tus manos

Vivo la vida de una mujer que a pesar de que le rompieron sus alas, intenta seguir volando. Y aunque es difícil seguir viviendo con el corazón destrozado, con los ojos llorosos y aprender a fingir que todo está bien, lo hago porque mi corazón sigue latiendo y tengo que agradecer a Dios la oportunidad de seguir viva y seguir viendo a mis hijos.

Era el año dos mil dieciséis, mi esposo tenía que salir, yo casi siempre lo acompañaba, pero ese día no lo hice. Fue un veintiocho de noviembre y él me bajó del auto y me dijo: No vayas conmigo, Chaparra. Y no fui y no lo volví a ver.

Desde el primer momento empecé a buscar a mi marido, diez meses duró mi calvario. Me dediqué a buscarlo por los montes, por los ríos, por los canales. Ahí se dieron cuenta que estaban equivocados.

El tres de septiembre de dos mil diecisiete, un domingo de búsqueda, abrí mis ojos y dije: Señor, estoy preparada para lo que tú decidas. Luego bajé los pies al piso y sentí mis pies fríos. Luego, me levanté, prendí el foco y me dio un toque de electricidad, como si las cosas me estuvieran dando señales, como si me dijeran que ese día iba a ser importante. Entonces salí a la calle, sentí el sol en mi cara y dije: Señor, algo maravilloso vas a hacer este día por mí, yo lo sé. Y así fue, porque ese día fue el más doloroso que hayamos vivido yo y mis hijos.

Ese día, después de buscar por tres horas, encontré a mi tesoro, mi esposo y di gracias al señor porque ese dolor tan grande también significaba que nuestra búsqueda había terminado. Después de encontrarlo, me llamaron cinco días después de la fiscalía y me confirmaron que los restos eran de mi esposo y al otro día me lo entregaron. El diez de septiembre lo sepultamos.

Yo recuerdo que cuando el sepulturero empezó a echar tierra sobre el ataúd de mi esposo, yo le dije: Dame esa pala, si yo con una pala lo busqué por tanto tiempo, y hoy que ya sé dónde está y va a estar, seré yo quien lo entierre. Y mis compañeras de búsqueda tomaron otras palas y entre todas enterramos a mi esposo porque una compañera me dijo: tú no estás sola y luego llegó otra y me dijo: tú ya estás cansada, yo voy a seguir, hazte a un lado y le di la herramienta. Yo no paraba de llorar. Vete tranquilo, Viejo, voy a ocupar tu lugar, tus hijos y nietos estarán bien. Descansa en paz.

Han pasado tantas cosas, no estoy sola, mi marido vive en mi corazón. Mis hijos le lloran, siguen sin creer lo que pasó porque él era fuerte, valiente y trabajador. Sabemos que lo confundieron con un familiar suyo y que mi esposo pagó de forma equivocada. Los delincuentes creen que ellos nos matan a nuestros familiares y que todo acaba ahí, pero no es verdad, le sobrevivimos su esposa, sus hijos y sobreviven otras familias y siguen desaparecidas más personas y yo sigo buscando junto a mis compañeras porque nos faltan muchos en casa. Soy la Chapparra, como me decía mi Roro, mi marido que ya no está conmigo.

Señora, dio positivo, eso me dijeron el ocho de septiembre del dos mil diecisiete, eran las nueve de la mañana. Me quedé muda, no supe qué decir, solo sentí un dolor muy fuerte en el pecho y grité y pensé que yo lo sabía, que mi corazón no podía engañarme y agradecí que Dios me diera la oportunidad de sepultarlo, en su pedacito que él me había comprado.

Vienes conmigo, Viejo, aquí te traigo de regreso. Le cumplí la promesa a mis hijos y nietos, le decía mientras regresábamos a casa en donde ya lo esperaba la familia. Cuando llegamos, lo primero que pedí fue que le dieran un aplauso, por favor, un aplauso y un grupo musical lo esperaba también así que empezaron a cantar la canción que a él le gustaba mientras nosotros llorábamos más fuerte. Me diste alas para volar, pero no me enseñaste a hacerlo, le dije. Me dejaste sola, Viejo. ¿Y ahora qué

voy a hacer? Le decía y una señora me dijo que yo tenía que continuar, que yo ya había cumplido, que lo traje por última vez a su casa y que tocaba descansar.

Estuvimos toda la noche velando a Camilo, así se llamaba mi esposo. Llegó mucha gente porque mi marido era muy querido en el pueblo. Llegaban y ponían en una mesa sus lentes, ya que Camilo, mi Viejo, decía: Cuando yo muera, no quiero a nadie con lentes, te paras en la puerta, Vieja, y les dices: Pon aquí tus lentes, por favor. Y ese día en un velorio, una amiga que era su amiga y confidente empezó a gritar: ¡Nadie con lentes, porque llega Camilo y se los quita! Me acuerdo que su mamá nada más veía eso y lloraba más porque mi marido decía muchas veces eso.

Esa noche la música sonaba a todo lo que daba, cantaban varias personas. Yo pedí varias veces Las víboras venenosas, porque esa canción le gustaba cantarla cada que tomaba, me acuerdo de que nomás decía: Otra vez, otra vez. Y así nos llegó el mediodía y dimos de comer tamales y frijoles puercos, la misma comida que íbamos a comer el día que desapareció.

Ese día que desapareció me dijo: Chaparra, tú no vayas conmigo, mejor te quedas, tengo muchas ganas de comer tamales, ten todo listo cuando yo llegue de la junta de recoger las calificaciones del Becerro, —nuestro hijo Eduardo—. Yo te voy a ayudar, tú los preparas y yo los amarro. Así es como se hacen en Sinaloa: se amarran de las dos puntas. Yo no quería porque yo siempre iba con él a todas partes, ¿Por qué ese día no quería que fuera? No me dijo, y me quedé. Esto de la comida, de los tamales y los frijoles lo sabía una amiga y mandó a hacer los tamales y yo me acerqué a la cajita donde estaba mi Viejo y le dije: Viejo, aquí están tus tamales, te cumplí, nomás que no me ayudaste. Y le puse un tamal cerca de su foto.

Luego se acercaron mis hijos y le cantaron un corrido que ellos habían escrito. Yo no sabía, nunca me imaginé que Alán, uno de mis hijos, tuviera esa imaginación de poder juntar y arreglar la vida de su padre en tan pocas horas y en una canción.

Entonces, les habló a los músicos y les dijo que lo acompañaran, ustedes nomás síganme y todos lo veíamos y lo escuchábamos y más llorábamos.

Mi hijo Yamill Camilo, que es cristiano, fue el que dijo unas hermosas palabras casi a las tres de la tarde. Mi hijo no juzgó a su padre, solo dijo que tenía mucho dentro de su pecho y que iba a decir lo que tanto tiempo calló, ya que tenía muchas cosas guardadas porque él jamás le contestó a su padre cuando lo regañaba, que él solo inclinaba el rostro y le decía: sí, pa, usted tiene razón.

Yo no dije nada, yo nada más escuché y lloré mucho. A veces unas personas se me acercaban y me decían: Mija, sabes que te queremos, no dudes en hablarme si ocupas algo. Pero eso lo dicen por decir, jamás nadie me apoyó.

Es la verdad, nadie te apoya, los amigos se hacen ojos de hormiga. Mi guía y mi apoyo ha sido Dios. Y para encontrar a Camilo, quienes estuvieron a mi lado fueron Las Rastreadoras del Fuerte, mi colectivo, que siempre estuvieron conmigo, unidas. Pero nadie ayuda, es mentira lo que te dicen.

Ya cuando teníamos que llevarlo al panteón, la gente empezó a despedirse y luego tuvimos que levantar su cuerpo, —aquel hermoso cuerpo moreno, alto, llenito, que ya en ese momento era puro huesito— y nos despedimos de él a las cinco de la tarde. Y yo le decía: Viejo, mi viejo, este es el último camino que hacemos juntos, el último día que salimos de casa. Y por eso yo pedí la pala, aunque el sepulturero haya preguntado para qué, pero yo pensaba, ¿cómo para qué? Fui yo la que lo buscó por diez meses, sin saber dónde estaba, lo busqué debajo de las piedras, entre ratas, buitres, coyotes y me lo encontré en la basura cubierto de llantas quemadas. Lo taparon para que los animales no se lo comieran. Qué ironía, pensé, que termine la vida de un hombre tan lleno de vida.

¿Por qué esas ratas ponzoñosas le arrebataron la vida? No tengo idea qué pasó. Nunca he buscado culpables, yo sólo lo quería encontrarlo a él, al amor de mi vida, al padre de mis tres hijos.

De ese día, lo que más me dolió fue saber que lo dejábamos solito, en esa tumba fría y negra. Luego me dan ganas de hacer una casita ahí y poder continuar la vida a su lado. ¿Qué hacía yo en esa casa tan sola?, ¿qué hacía yo con esa cama tan grande?

Yo a mi Viejo le prometí cuidar a la familia, y quedé con mis hijos que estarían unidos por amor a su padre. Pero luego siempre pasa algo, Alán se pone celoso de Yamill y Yamill se pone celoso de Eduardo y Eduardo siempre está al pendiente de los hijos de sus dos hermanos. Hay problemas como en todos lados. Mi suegra tampoco ha podido reponerse de la muerte de su hijo, cada día se pone peor, temo que un día pierda la batalla. El dolor queda.

También a veces me cuesta seguir, luego me lleno de rabia y me pregunto qué pasó ese día. ¿Qué daño pudo hacer el señor comandante Camilo Robles Palacios para merecer esa muerte tan horrible? ¿Qué pudo hacer mi tesoro?

Yo tenía quince años cuando decidí formar mi propio hogar junto a Camilo. En mil novecientos noventa y uno, nació mi primer hijo, Yamill Camilo. Luego en mil novecientos noventa y dos, nació Jesús Alán, el tremendo, el travieso. Mi esposo no quería tener más hijos, decía que solo uno, pero como yo vengo de una familia grande, le dije que no, que al menos buscáramos a la niña y fui y me quité el dispositivo y al mes ¡Pum! pegó el chicle y me embaracé de nuevo, lo que pasa es que fue un embarazo delicado y cuando nació mi hijo nació todo morado y me dijo que no tenía muchas probabilidades de vivir, pero los niños son fuertes y a los cinco días lo dieron de alta y se recuperó. Ese fue Jesús Eduardo, El Chipilón, el consentido. Todos lo queríamos mucho y mi Viejo para todos lados lo traía con él. Ese día que desapareció, justo fue a recoger calificaciones de Eduardo allá en la preparatoria, al Ejido número dos. Se bañó, se arregló, ya nos íbamos y me dijo que mejor me quedara a preparar los tamales. No, le insistí, yo voy contigo y él así de, que tú no vas. Y yo, aunque me quedé con coraje, hice caso y empecé a preparar

las cosas para los tamales. Pero luego pasaron dos horas y sentí un dolor en el pecho porque ya había pasado tiempo suficiente para que fuera y volviera. Yo empecé a sentir ganas de vomitar y me sentía marcada, así que me fui a recostar y me quedé dormida un par de horas, como a la una de la tarde me desperté y ahí empecé a marcarle a su teléfono y me mandaba a puro buzón. Ahí pensé que eso no estaba bien, me dio mala espina. Así que le marqué a mis suegros y me dijeron que ahí no había ido y le marqué a su sobrino y tampoco nada. Y yo ya diciéndole a Dios que no me hiciera eso, ¿dónde está mi Viejo? Y se me ocurrió marcarle a Eduardo, mi hijo, que me dijo: Vieja, mi Viejo se fue y yo quería irme con él y no quiso, me regañó porque reprobé una materia, ni aguanta nada el Viejo. Y yo, pero ¿dónde está tu papá? Y entonces vinieron mis tres hijos y empezamos a llamar a mucha gente y empezamos a buscarlo por los canales y el monte y nada, sin resultado. Así que el veintinueve de noviembre, fui al Ministerio Público, levanté la denuncia y me dijeron que tenía que esperar a que pasaran cuarenta y ocho horas y yo les dije que no, que mi marido no era vago y que algo le había pasado y me preguntaron cómo se llamaba mi marido y yo: Camilo Robles Palacios y me respondieron: El Comandante y yo les dije que sí, que el Comandante y fue cuando tomaron mi declaración, aunque de nada sirvió, no me ayudaron en nada, fui yo la que salía a buscarlo y no aparecía.

Yo ya había oído hablar del grupo de las Rastreadoras, fui y llevé su foto y me pidieron mis datos y la señora Minerva Nereyda Medina Quiñones me dijo que no me preocupara, que lo íbamos a encontrar, yo sentí confianza y mucha fe y salí con ellas a buscarlo y en ese tiempo que lo buscamos, cada vez se unían más mujeres que también estaba buscando a sus familiares. Ellas a sus hijos, yo a mi Viejo.

Un día le dije a mi hijo Eduardo: Ya casi es tu cumpleaños, ¿qué quieres que te regale? Y él me contestó: ¿Se vale pedir, Vieja? Y yo le dije que sí, pero que no se excediera y me levantó

la mirada ya con lágrimas y me dijo: Tráeme a mi padre, búscalo y tráelo de regreso. Y nos abrazamos y lloramos juntos.

Eduardo cumple años el tres de octubre y yo encontré a su papá el tres de septiembre. También a él le cumplí, le traje a su papá.

Todos extrañamos a mi Viejo, sus hijos y sus nietos. Vamos a visitarlo al panteón, le ponemos flores y le llevamos música. No lo olvidaremos nunca.

Yo he tratado de hacer mi vida, he tomado cursos de cocina, voy con mis compañeras las Rastreadoras a buscar más tesoros y participé en un recetario para los desaparecidos en donde preparé la comida preferida de mi marido. También voy a dar mi testimonio a universidades, escuelas y pertenezco a la Asociación de Viudas de Policías Caídos. El tiempo que tengo lo dedico a mis hijos, a mis nietos, a mis padres. Ayudo en todo lo que puedo y le pido a Dios que me dé fuerzas para salir adelante y continuar. Luego mi hijo me dice que me ama y que me cuide, que sea feliz y que haga mi vida para mí, o le digo que mi vida son ellos, que yo no necesito otro hombre, ¿para qué?

Tengo una relación muy bonita con todos mis nietos, pero con Camila es distinto. Le pusieron Camila por mi viejo. Cuando ella nació no podíamos creer que fuera una niña, todos los doctores nos dijeron que iba a ser varón. En cada ultrasonido nos dijeron que era varón. Pero fue niña, y nació con el cordón umbilical enredado, nos dijeron que no iba a sobrevivir y mi Viejo y yo llorando, que no, que por favor no se muriera. Mi esposo ese día, desesperado, le dijo a Dios que por favor la salvara: Señor, yo no tuve una hija y mi chaparra se quedó con ganas de tener una mujercita para que la acompañe. Te prometo ser yo quien la cuide y la guíe. Yo la voy a proteger. Eso le pidió mi esposo a Dios, la niña duró siete días en el hospital y luego salió bien. Como todo el tiempo creían que iba a ser niño, sus papás no sabían cómo ponerle y yo les dije: Ponganle Camila, que mi esposo se merece que lleve su nombre y póngale también el nombre

del abuelo, pero Camila Ángel no quedaba y entonces se me ocurrió que podía ser Camila Angelique, a mi nuera le fascinó el nombre y así se quedó.

Camila, mi nieta hacía como quería a su abuelo. Se querían mucho. Mi esposo se dejaba pintar la boca, se ponía collares, se dejaba pintar las uñas y mi nieta lo peinaba y le ponía broches en el cabello. Todo le daba mi esposo a Camila, la traía para todos lados. No había algo que ella pidiera que mi esposo no le comprara. Entonces mi hijo empezó a sentir celos porque decía que Camila era su hija y que mi Viejo no lo dejaba ser el papá. Pero ya con el tiempo se dio cuenta del amor que le teníamos. Todo hicimos con ella y cuando mi Viejo desapareció ella me preguntaba dónde estaba su Papito y yo le decía: Es que tu Papito se perdió en el monte, pero yo lo voy a buscar. ¿Y por qué no habla por teléfono? Me preguntaba ella y yo, pues que allá donde está no hay luz para cargar su teléfono y así puros pre-textos le ponía yo y no sabía darle las respuestas.

Camila se acuerda de mi esposo, dice que se acuerda de que caminaban juntos y yo todavía la llevo a caminar y por una nieve y nos quitamos los zapatos y caminamos entre el pasto y corre-mos y cuando nos cansamos, nos tiramos al zacatito.

Todavía ahora le contamos historias de mi Viejo y a mis demás nietos que ya no le tocaron a mi esposo.

Mi viejo me enseñó andar en bicicleta, a montar a caballo, a andar en motocicleta, a manejar autos y sobre todo me enseñó a disparar con las pistolas ya que él era policía siempre me llevaba a tirar. Le gustaba que me supiera defender de la gente y del peligro. Casi todo lo aprendí con él, vivimos juntos veintinueve años y yo fui muy feliz.

Los miércoles nos juntamos las Rastreadoras y nos reunimos veinte minutos antes de salir a la búsqueda, así nos podemos saludar con gusto: hola, hola, hola. Y luego ya subimos las palas, machetes, varillas, agua y nuestra fe y nos vamos cuando nos dice Mirna y ya en el monte hacemos un abanico y vamos girando y

cantando: ¿Por qué los buscamos? ¡Porque los queremos! ¿Por qué los buscamos? ¡Porque los amamos! ¡Eso! Y seguimos con la búsqueda hasta que una compañera grita: ¡Mirna, aquí hay algo! Y vamos todas y metemos varilla y la olemos y preguntamos: ¿A qué huele? ¡A tesoro! y vamos y empezamos con las palas a escarbar hasta que encontramos un cuerpo en estado de descomposición y seguimos y seguimos y Mirna dice: No se cansen, no paren, este tesoro nos esperaba. Y luego ya nos ponemos los cubrebocas porque el aroma es demasiado fuerte. No se soporta. Entonces llamamos a la Fiscalía y nosotras descansamos porque sabemos que ya habrá otra madre, otra esposa, otro cuerpo más que descansará. Y le ponemos su veladora.

Yo siempre me acuerdo de cuando encontré a mi marido y a veces lloro. Mis compañeras me dicen que tengo que tener ánimo porque al menos ya sé dónde está mi Viejo, pero que ellas son las jodidas, que siguen buscando sin rumbo.

Todo lo que veo en estas búsquedas me hace pensar muchas cosas, luego sí le pido a Dios que ya pare esta situación, si la gente va a hacer daño, que al menos dejen los cuerpos a la vista. No nos importa si las personas que están desaparecidas son inocentes o culpables, queremos su regreso.

El tiempo se hace largo y a la vez parece como si todo hubiera sido ayer. Cada veintiocho de noviembre es muy duro para mí. Dios bendiga a mi marido en donde quiera que esté. Te amo, mi Roro.





JOSÉ

Esto no es una película de ciencia ficción, esto es real y lo hemos vivido tu servidor y mi familia.

Esaú nos comentó que iba a tener una presentación con su grupo musical el fin de semana, en las fiestas de la fundación de mi querido estado de Querétaro. Nos pidió que lo acompañáramos. Cuando llegó el día yo tenía prisa de estar temprano para tener un buen lugar en el público, pero ya sabes cómo son las mujeres, por lo menos en mi casa: arreglándose, pintándose, poniéndose guapas. Total, salimos en nuestro carro, una buena camioneta, 4X4 Jeep. Modelo atrasado, pero con buena pinta. Sí pudimos estar en las primeras filas, nos tocó ver un desfile de alebrijes, muy colorido, muchas figuras raras, monstruosas. Ese día no podía ser mejor para mí y mi familia. Yo me sentía como pavorreal esponjado, orgulloso de mi hijo. Sin exagerar, Esaú era el más joven y ¿por qué no decirlo? El más guapo. A él le gritaban las jóvenes, que que, si el quiero, apachurro y esas cosas.

Yo lo observaba y dentro de mí pensaba que ese talento que tenía Esaú lo iba a llevar lejos, lo iba a hacer famoso. Ese era mi deseo. Me enorgullecía verlo sudar, llevar ese ritmo de rock, dominar las baquetas con esa cadencia que solo él sabe y que tuviera ese público coreando y aplaudiendo ¡Otra, otra! Para mí fue inolvidable, especialmente cuando tocaron esa canción que se llama Zombie de The Cranberries, me acuerdo que me llamó mucho la atención, me hizo sentir roquero. Y luego días después la busqué en internet y vi el video por primera vez, me encantó y disfrutaba cada que la escuchaba, hasta busqué su traducción en español y me sorprendí porque cuando yo la escuchaba me sentía en paz, relajado y ¡oh sorpresa! Cuando supe que la canción hablaba de guerras y niños muertos. No

empathicé porque para mí, México estaba lejos de todo eso, nosotros estábamos bien, no teníamos nada de qué preocuparnos. Todo bien, me decía: Tengo un joven talento en casa, una familia ejemplar, aunque con carencias, ejemplar. Luego llegó el quince de septiembre y desperté de ese sueño. Esaú salió de casa y no regresó. Se acabaron los sueños y empezó la historia de terror. Soy como un zombie, con mis planes truncados, en shock, sin sueños, sin entender. Soy un zombie.

Mi vida es como la de cualquier familia mexicana, de clase media baja, de oficio carpintero, ya que mis padres no pudieron costear mis estudios. Así me dijo mi papá. Me acuerdo que saliendo de la primaria yo le dije a papá que me fuera a inscribir a la secundaria, y recuerdo que me dijo: No puedo pagar la inscripción. Es mejor que busques un trabajo. Y yo tan desesperado porque había poco tiempo para poder inscribirme fui a la tienda de la esquina porque yo conocía al dueño y le pedí trabajo. Le expliqué mi situación y aceptó. Tenía que ayudarlo en mi tiempo libre y lo demás era escuela. Yo estaba muy contento así que cuando llegó el día de la inscripción me vestí lo mejor que pude, me formé, cuando llegó mi turno y entregué mis papeles me dice la señorita que faltaba la firma del papá o la mamá, le dije que no podían ir porque estaban trabajando y ella me dijo que no podía inscribirme, yo le insistí y al ver mi promedio, ¡Yo tenía diez de promedio! Me dijo que iba a hacer algo incorrecto y ella firmó en la parte donde decía tutor. Fue como logré estudiar un poco más, luego ya me hice carpintero, conocí a mi esposa, nos casamos y nacieron Esaú y Lorelei. Los dos, dos hijos ejemplares y mi esposa, La Gorda, ella tiene el mérito total de la educación de nuestros hijos. Ella es cómplice y amiga de los dos.

A Esaú le empezó a llamar la atención la música, especialmente la batería. Un tío suyo estaba formando un grupo musical, todos ellos más grandes que mi hijo y con formación académica y a mi hijo, por su talento, lo invitaron a que fuera parte del grupo.

Y así empezó Esaú a ser baterista. Yo lo apoyaba en todo y por eso le sugerí que, en diciembre, en las posadas navideñas, tocara junto a su grupo.

El asunto con las posadas para nosotros es importante, nos gusta y además mi esposa es una gran cocinera, con sazón especial y como aquella vez iba a ser especial para mi hijo, nosotros propusimos poner los tamales y el atole. Porque yo sé hacer atole artesanal, de limón, de chocolate, de guayaba, de coco, de fresa, de galleta, de cajeta, de café, de lo que te puedas imaginar, que esa es otra historia; pero le dije a mi esposa que apoyáramos a Esaú y eso hicimos, por eso, yo fui quien empezó a planear esa posada en mi calle. Platiqué con todos los vecinos y estuvieron de acuerdo y yo me puse a trabajar extra porque poner trescientos tamales y treinta litros de atole es un gasto fuerte, pero no me importa trabajar quince horas diarias para sacar los gastos. Ya acordado todo eso, se me ocurrió que el grupo de Esaú pudiera pedir una ayuda voluntaria, que ese fuera su pago. Yo estaba seguro de que les iba a ir bien. Aquello nos tenía muy ilusionados a todos, era la primera vez que nuestra calle iba a ofrecer una posada colectiva.

Y cuando llegó el día todo fue bien. Los tamales de mi esposa, esplendorosos: tamales verdes, rojos, rajas con queso, dulces de limón, de fresa y el súper atole de limón. Un atole realmente de limón, no conocido por casi nadie. Y todos los vecinos igual, con las cosas que a ellos les habían tocado y el aguinaldo y las piñatas listos. El ponche, el pozole, las tostadas y el grupo musical conectando los cables, haciendo pruebas. Y luego yo preocupado porque no alcanzaran los tamales y el atole. Pero todo bien, se rompieron las piñatas, los niños felices y los adultos también porque en ese rato nos olvidábamos de las carencias.

Me acuerdo que empezamos a repartir tamales y atole y le pregunté a uno: ¿Quieres atole? y me pregunta que de qué sabor. Y yo: De limón. Y él: ¿De limón? Y que me dice que no, que gracias. Pues triste mi calavera. Y así pasaron dos o tres

personas y miraban el atole y decían que no querían y ya al ver tanto rechazo, les empecé a decir que tenían que probarlo y les serví poquito. Si les gusta y quieren más, aquí les doy, les decía. Y ¡Oh sorpresa! Personas que ya lo habían probado se volvieron a formar para pedir más. Funcionó. Y así se fue haciendo de boca en boca. Total, que ya iba a tocar el turno de mi hijo y él estaba nervioso y nosotros también, pero sobre todo muy ilusionados porque sabíamos que ahí había talento, todos muy estudiosos desde el conservatorio y a nosotros nos llenaba de orgullo que Esaú era el único músico autodidacta. Quizá por eso estaba nervioso, pero ya como después de tres canciones lo vi relajado. Fue la primera vez que lo vi tocar y dentro de mí pensé que sería famoso. Por supuesto les fue bien. Tocarón como dos horas y recuerdo que de cooperación se juntaron como cuatrocientos pesos y luego me tocó ver cómo estaban contentos ya comiéndose sus tamales y su atole. Me imagino que fue su primer sueldo.

Luego, no recuerdo bien, pero al poco tiempo sus compañeros de la carrera de música, de la Universidad Autónoma de Querétaro, tenían que presentar sus exámenes y luego el grupo de Esaú iba a tocar en la graduación de esa generación. Eso nos lo platicó Esaú nervioso porque decía que ¿cómo era posible que él pudiera tocar para personas que habían estudiado formalmente música? Un orgullo, Esaú, un orgullo. Ah, me acuerdo y cómo quisiera volver a vivir todo aquello.

La siguiente Navidad, ya con el antecedente de la anterior ya generaba mucha expectativa y llegó más gente de la esperábamos. En nuestra casa mucho antes de que se terminaran los rezos y las piñatas, ya teníamos personas formadas. Me sorprendió que había gente que llevaba su olla para el atole diciendo que era para familia que no podía asistir porque estaban enfermos y yo, pues claro que sí, para eso son las posadas. De aquella vez, lo que más me acuerdo y todavía me sigo riendo es que mi vecino Lole me preguntó que cómo hacía mi atole de limón que

si era esencia y yo: ¡No, no, es limón, limón! Y Lole que si le podía dar la receta, pero a mí me la confiaron unas religiosas y Lole claro que la quería para vender y yo no solté prensa. Así que luego unos días después me dice: Hice la receta del atole y ¿qué crees que pasó? ¡Se cortó la leche! Yo ya ni me acordaba de todo aquello, pero me empecé a reír. ¡Fueron diez litros de leche los que se le cortaron! Pero es que Lole tenía dinero, se veía que no le faltaba nada y ya nada más le contesté frente a los otros vecinos que se reían: ¡Ah, es que se faltó decirte que cuando le pusieras el limón tenías que dar una vuelta ahí mismo en tu lugar y luego te tenías que poner a brincar! Eso fue lo que se me vino a la mente. Luego le conté a mi esposa y los dos nos reímos. Luego Lole insistía con el tiempo: ¡José, te doy cinco mil pesos por la receta! Claro que no acepté, aunque me hubiera servido ese dinero, no podía darle la receta.

Luego siguió la vida normal, como cualquiera. Mi esposa es la mayor de ocho hijos y somos los de menos recursos económicos. Ella tiene un hermano abogado, otra es jueza civil. Dos son maestras, otro es arquitecto. Mi esposa no terminó su carrera como yo.

Yo aprendí el oficio de carpintero y de eso hemos vivido mucho tiempo. Además, me gusta, pero eso no quita que cuando nos reunimos en casa de mis suegros yo sienta que no encajo en las conversaciones, ellos hablan de dinero y planes y casas y como yo no tengo ese estatus económico, pues me siento incómodo. Porque yo soy de trabajo, de superar retos, lo hago desde la carpintería y mis clientes me buscan y yo los escucho, pregunto qué quieren, miro su estilo de muebles, en qué colonia viven, porque todo eso me sirve para meterme en su mente y descubrir qué esperan de mi trabajo, qué les puedo hacer y lo personalizo porque yo pienso que, en la casa, que es lo más íntimo que tenemos, todos deben de sentirse bien, relajados, contentos. Que la casa debe de ser acogedora sin importar el estilo o la condición económica. Yo, por ejemplo, la sala que

tengo desde hace treinta años, la forré de caobilla de seis milímetros, tanto las paredes como el techo, entonces mi casa parece cabaña dentro de la ciudad y nos gusta y se ve bien y quienes nos visitan se sienten cómodos y se relajan. En fin, que nosotros no tenemos los ingresos que tienen los hermanos de mi esposa y por eso si no alcanzaba el dinero, pues me iba a impermeabilizar o a pintar casas, para mí lo importante es llevar comida a la mesa. Total, que en ese tiempo en el que mis hijos crecían, un día mi suegro llegó llorando a mi casa y nos platicó que él quería operarse la vista y que fue a ver a una de sus hijas y que le dijo que no podía ayudarlo. Le dolió mucho. Uno como padre espera que sus hijos ayuden. En fin, que le digo que yo tenía fortuna económica pero si la fortuna de tener amigos y conocidos y le dije: Lo voy a ayudar. Porque me dolió ver a mi suegro llorando, nunca lo había visto así. Nos contó que un doctor lo revisó y le dijo que necesitaba una operación pero que era difícil que tuviera mejoría. Yo lo primero que pensé es que no importaba vender nuestro carro pero que mi suegro se operara y por eso fui a ver a un cliente, un licenciado, chingón, con dinero y corazón de poca madre. Era mi cliente y le conté la situación de mi suegro y me dijo: José, ten esta tarjeta, es de mi doctor, yo le voy a hablar y le voy a decir que vas de mi parte y que no te cobre y luego vienes y me cuentas qué te dijo. Y eso hice, lo llevamos y nos dijo: Yo no soy especialista, pero puedo canalizarlos a una clínica especializada en San Luis Potosí. Me quedé callado, era un gasto que no tenía contemplado. Al otro día, como quedé, fui a contarle al licenciado y le tuve que pedir prestado porque la operación iba a costar como quince mil pesos, más el traslado. Entonces, agarró su portafolio, lo abrió y me dio diez mil pesos. Ten, lleva a tu suegro a que lo operen, mañana ven por el resto. Me acuerdo de esto y lloro, lo cuento y estoy llorando. El licenciado ya murió, pero encontrar este tipo de personas es difícil y yo sigo muy agradecido de haberlo conocido y tener su amistad y confianza.

Por este tipo de cosas que me ha tocado ver y vivir es que soy de las personas que piensa que debes disfrutar de tu vida porque la vida es corta. Yo pienso que Dios no nos quiere ver tristes, al contrario, su deseo es que seamos alegres, por ejemplo, en las iglesias y otros templos, en casi todos hay música y para mí eso quiere decir que tenemos que estar felices que, si tenemos algún vacío interno o de paz, hay que tratar de sacarlo. Creo que Esaú sabía eso y por eso tenía la música en él.

El catorce de septiembre de dos mil quince, Esaú nos comentó que no podría asistir a las celebraciones de las fiestas patrias con la familia porque tenía mucho trabajo y tenía que terminarlo. No nos preocupaba porque sabíamos que estaría en casa trabajando. Tampoco nos pareció extraño que hablara con su amiga ni que después de decir que tenía mucho trabajo decidiera ir a verla. Voy a salir a Candiles a la casa de mi amiga, nos dijo. Nos pareció normal y todavía mi esposa y su hermana junto conmigo le hicimos bromas al respecto. Se despidió. Nos dio un beso y un abrazo. Eran las seis o siete de la tarde, dijo que regresaría pronto. No me tardo, dijo. Pero a las diez de la noche todavía no llegaba. Yo me fui a dormir y una hora más tarde mi esposa también. Lore, nuestra hija, le dijo que ella esperaba a Esaú porque se iba a quedar estudiando.

Tanto mi esposa como yo, trabajamos mediodía al otro día, el quince de septiembre. Por la mañana mi esposa preparó el lunch para todos. Cuando fue a dejarle el lunch a Esaú vio que no estaba en su cama, pero pensó que quizá no quiso correr riesgos por la noche y prefirió quedarse a dormir en casa de su amiga, así que le dejó el lunch encima de su portafolio. Mi esposa dice que rumbo a su trabajo le marcó a su teléfono y que sonó varias veces y la mandó a buzón. También recuerda que ya dentro de su trabajo siguió insistiendo y que, a la tercera vez, sonó y colgaron. Mi esposa pensó que quizá lo había despertado y en lugar de contestar colgó, pero luego volvió a marcar y ya la mandaba directamente a buzón. Ya en el trabajo no llamó

más. Así se hicieron las tres de la tarde que ella salió de trabajar y se fue con mi suegra donde íbamos a festejar.

Yo, por mi parte, sí fui a la casa a bañarme. No le di importancia que no estuviera Esaú porque pensé que había cambiado de planes y ya estaba con mi suegra. Le marqué a mi esposa y le pregunté si ya estaban todos allá. Me dijo que sí, refiriéndose a su familia. ¿Esaú está con ustedes? Pregunté. ¡No, no está, que no está contigo en casa? No, aquí no está, le contesté. A ver, checa en su alcoba, a ver si está su portafolio. Yo nada más volteé a ver y vi que estaba al lado de su batería. Aquí está el portafolio y tiene arriba el lunch. ¡No puede ser, entonces no ha llegado! me dijo ya asustada.

Entonces empecé a marcarle a mi hijo. Sentí algo muy feo, me estremecí. No entendía por qué no contestaba si siempre lo hacía y nos avisaba en dónde y con quién estaba. Tanto mi esposa como yo empezamos a sentir que algo malo había pasado. Mi esposa y Lore, mi hija, se regresaron a la casa. Yo, para ese momento ya tenía muchos presentimientos y hasta de malas me puse. No sé, muy feo.

Para cuando llegó mi esposa ya estábamos localizando a Esaú por todos lados. Tratamos de conseguir el teléfono de su amiga y de sus compañeros de trabajo y de los grupos de música, de todos; teníamos que saber dónde estaba y no obteníamos respuesta porque sus amigos no tenían el teléfono de la supuesta amiga.

No tienes idea de lo que se siente en esos momentos en los que no sabes nada. Te bloqueas. Es una desesperación que no se puede describir. Los segundos se vuelven horas y las horas eternidades. Como a las once de la noche decidimos que teníamos que poner una denuncia para que lo buscaran en hospitales u otros lugares. Mi esposa junto a mi hija fueron las que se encargaron de hacer la denuncia en la agencia número cuatro del Ministerio Público de Querétaro. Yo me quedé en casa por cualquier llamada o noticia.

Cuenta mi esposa que en la agencia la hicieron esperar mucho tiempo y no dejaron pasar a mi hija. Dice que cuando la dejaron pasar la atendió una mujer déspota, mal educada. ¿Por qué viene a estas horas; que no ve que ya casi es mi hora de salir y usted me trae más trabajo? ¡Para la próxima vez llegue más temprano! Es más, espérese, le dijo, ¡porque es seguro que se fue a pasear con sus amigos! Pero mi esposa insistió en poner la demanda. Llegaron a las cuatro de la mañana del día dieciséis de septiembre. No dormimos. Mi hija trató de seguir estudiando para su examen, pero no podía concentrarse. Se oía la música de los vecinos que seguían festejando mientras que en nuestra casa yo veía a mi esposa y a mi hija sufriendo. Yo les decía que seguro aparecía y que todo iba a estar bien, pero por dentro no soportaba el dolor. No lograba comprender qué pasaba.

Para el diecisiete de septiembre, mi esposa fue al Ministerio Público Número uno para que le tomaran muestras de ADN, fue en vano, no trabajaron ese día. Yo seguía buscando noticias, llamando a sus amigos. Me acuerdo que nos fuimos caminando la ruta que pensamos que Esaú había tomado y por donde podría haber pasado si se hubiera regresado caminando y hubiera sufrido un accidente. Hicimos muchas cosas para localizarlo. Recuerdo que tanto a mi esposa como a mí nos pagaron quince días sin ir a trabajar, ahora les agradezco mucho ese gesto que tuvieron con nosotros. Nosotros seguíamos buscando: grupos de personas con perros se reunían desde la mañana con mi esposa y salían a buscar a mi hijo. Lo buscaron por todos lados: colonias, baldíos, zanjas, cerros, carreteras, todo, todo. Me tocó ver a mi esposa desmayarse de cansancio. Igual me pasó a mí. Era mucho el dolor que teníamos. Se nos acabaron los ahorros en dos semanas, pero amigos, vecinos y gente que conocíamos nos ayudaron de diferentes formas. Nos traían despensa o dinero para que siguiéramos buscando. Ahí me di cuenta de lo mal que estaba el país en procuración de justicia porque pasamos un martirio en este proceso.

Mi hija acababa de entrar a la universidad y recuerdo que nos decía que no quería estudiar, porque, mira cómo son las cosas que escogió la carrera de criminología y nos contó que les contó a sus profesores lo que estábamos viviendo y que ellos le decían: Salte de la carrera y después regresas. Eran indiferentes a su dolor, igual que sus compañeros. Me atrevo a decir que sufrió bullying, pero nosotros la apoyamos y ya en diciembre de dos mil diecinueve terminó su carrera con promedio de nueve punto cinco. Ella es un orgullo para nosotros.

Vivimos muchas cosas y ahora que lo pienso veo la fortaleza de mi hija y de mi esposa ante esta pesadilla de terror. Sigo con mucho sentimiento, escribo esto y se me salen las lágrimas. Comprendo lo especial que es Esaú. Lo extraño tanto. A veces siento que seguir viviendo no tiene sentido. Nos dejó un reto muy grande. A diario miro su foto y me da fuerza para seguir combatiendo las injusticias que vivimos miles de familias en este país. Sabemos que nosotros ya estamos mejor y que Esaú también. Pero hablo de esto y me tiemblan los dedos.

Desde la partida de Esaú ya nada es lo mismo. Ningún festejo es igual. Ni posadas, ni Navidad, ni nada. Somos como zombies. Pero estamos orgullosos de él. A veces nos preguntamos entre nosotros qué harías tú o dirías tú en cualquier situación y eso hacemos, no sé por qué.

Pienso que Dios necesitaba al mejor baterista para que les tocara a los ángeles pero que fue injusto con nosotros. Mientras Dios escucha la música de mi hijo, nosotros no. Seguimos sin mover sus cosas, siguen en el mismo lugar.

Con el tiempo lo que he tratado de hacer es recordar las cosas buenas de Esaú. Por ejemplo, mi hijo daba dinero para que Greenpeace salvara a las ballenas y a los delfines. También nos dijeron que a veces visitaba a un señor de la tercera edad que estaba solo, que un día lo conoció y lo ayudó a cruzar la calle y luego lo llevó a su casa y a partir de ese día, cada semana se hacía un tiempo para visitarlo. También sabemos que le gustaba dar consejos

y ayudaba a sus amigos. Recuerdo que en su búsqueda las autoridades nos dijeron varias veces que nuestros hijos eran diferentes en la calle que en la casa. Y es cierto, Esaú se superó, tal vez teníamos carencias económicas, pero en lo demás sí éramos ricos. Luego me acuerdo de lo que trataba de ayudar en casa. Una vez me dijo que hiciera pipí en la regadera para poder ahorrar agua.

Muchas veces pienso en una de las madres superiores, se le murió su papá y no la vi llorar. Le pregunté porqué no lloraba y me dijo: es difícil entender que cuando Dios nos llama, no hay doctor ni medicina que cure, y que somos egoístas al no dejar partir a nuestros seres queridos. Su marcha debe de ser una alegría. Ahora lo entiendo, pero me resisto a aceptarlo.

Todavía no puedo procesar todo el dolor. Me tocó ver llorar a mi esposa y a mi hija. Verlas así me arrancó la vida. Siento un dolor que cargaré hasta mi muerte, pero como hombre responsable cumpliré la promesa que le hice a mi esposa el día de nuestra boda. Le dije que estaría a su lado en las buenas y en las malas y aquí estoy, aquí sigo, tratando de darle ánimo y calmarle el dolor.

En esta búsqueda de justicia que nos tocó y al ver a cientos de miles de compañeras buscando a sus hijos e hijas, he visto a muchas solas en este laberinto oscuro y sin salida y me pregunto dónde están los maridos, porque aquí es cuando más lo necesitan a uno. Por eso sigo aquí, acompañando.

Ya no soy el mismo de antes, ahora veo a México y lo veo herido, que sangra y que hay impunidad y corrupción. Hay indiferencia sorda: no nos escuchan, no nos miran, no nos entienden. A veces siento que soy una hormiga tratando de mover un elefante. Por eso sigo al lado de mis compañeros que siguen buscando a sus familiares. no sé de dónde sale tanta fuerza, pero la sacamos, aunque mucha gente nos juzgue y no saben todo lo que perdemos para exigir justicia.

En mi caso, dejé el trabajo para buscar solución a lo que nos pasó. Queremos justicia, ni una cosa más, ni una cosa menos. En ese andar siempre llevé conmigo una mochila, ha sido mi

compañera de viajes a la Ciudad de México, ahora está empolvada en mi recámara y me la imagino que está llena de tristeza. Hemos parado los viajes por la pandemia y quizá la arregle para que cuando podamos volver a salir me acompañe.

De mí no sé bien qué decir. Sé que he cambiado, ya soy grande de edad y eso me preocupa, me preocupa que no me alcance la vida sin tener la justicia para Esaú. Pero mientras viva seguiré adelante.

Recuerdo que en los primeros días de su desaparición nos llamaban de muchas partes y nos invitaban a muchas misas en honor de Esaú. Hacían oraciones por mi hijo. En una de esas invitaciones nos encontramos a una chiquilla que nos dijo que habíamos sido bendecidos con tenerlo todos los días en casa, que ella lo miraba cada semana y que hubiera dado todo por tenerlo cerca como nosotros. Nos sentimos muy acompañados en ese proceso.

Para el dieciocho de diciembre de dos mil cinco, recuerdo que salí como a las siete de la mañana de casa para llenar un tanque de gas, ya que en el colectivo en el que participamos se decidió que nos juntaríamos para convivir como en una posada y yo tenía que poner un ponche. Recuerdo que cuando llegué a casa, abrí la puerta y había varias personas con mi esposa. Ella lloraba y preguntaba dónde estaban los restos de su hijo. Luego me vio y no recuerdo más. Es que una noticia así no la quieres recibir nunca, pierdes toda esperanza de verlo con vida y luego ves a tu esposa en un mar de lágrimas junto a tu hija, no sé, es un dolor muy grande.

Pues nos citaron en SEMEFO para la identificación de los restos de Esaú. Nos mostraron un cráneo, si a eso se le podía llamar cráneo y algunos huesos más. Mi esposa era la que estaba al frente de todos estos trámites. Recuerdo que me dijo: sí es nuestro hijo. Después nos entregaron sus pocos restos el veintiuno de diciembre. El impacto fue tan grande que no recuerdo quiénes nos acompañaron y quién estuvo con mi esposa para

tramitar la entrega de sus restos. Yo recuerdo que Esaú alguna vez dijo que quería que lo cremáramos, pero no pudimos cumplirlo ya que nos hicieron firmar un documento en el que nos obligaban a no cremarlo.

Recuerdo que en su velorio había mucha gente. Vi convivir a católicos con cristianos. Al otro día fue un calvario porque además de no poder cremarlo tampoco nos dejaron ponerlo en una cripta, a pesar de que ya lo habíamos preguntado. Nos dijeron que tenerlo en una cripta después de seis años de enterrado, eso o cremarlo. Todo blanco o negro. Yo estaba en la misa con los restos de Esaú y un señor del Ministerio Público me sacó para que firmara unos papeles. Yo en media misa y mi esposa en las oficinas del registro civil. Mi esposa quería que Esaú estuviera en la cripta pero que la del Registro Civil le dijo que si autorizaba eso era un delito y mi esposa hizo que llamaran al fiscal general y al gobernador, que el gobernador dijo que sí autorizaran lo de la cripta pero que en el Registro Civil pedían un oficio autorizando eso. Nunca sucedió. Total, estábamos ya con los restos de Esaú sin autorización para dejarlos descansar. El padre nos permitió dejar ahí los restos en lo que arreglábamos todo. Enterramos los restos de Esaú en el panteón del centro de Querétaro gracias a que la licenciada del Registro autorizó eso con todo y que normalmente es difícil conseguirlo.

Encontraron los restos de mi hijo en las orillas de la ciudad de Querétaro, en un banco de cantera abandonado. Recuerdo que el once de mayo fuimos a dejar a nuestra hija a la escuela y de regreso le dije a mi esposa: Yo ya estoy preparado para ir a conocer el lugar donde lo encontraron y decir una oración ahí. Ella me dijo que ella también. ¡Pues vamos de una vez! Y fuimos. El camino fue muy largo. Yo temblaba. Luego empezamos a explorar y mirar todo, de pronto dice mi esposa: ¡Mira aquí hay más restos de Esaú! ¡esta puede ser una de sus vértebras y esta costilla es igual a la que me entregaron! Así que seguimos buscando unos ocho metros a la redonda y encontramos como

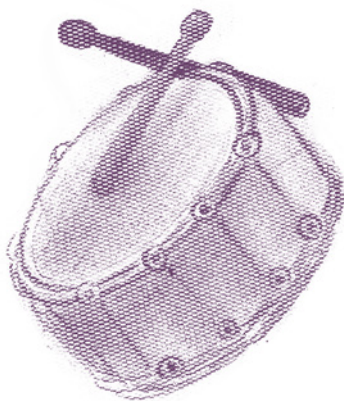
seis fragmentos más. Fuimos a hablar con el Ministerio Público y nos dijeron que ellos ya habían hecho su trabajo y que si queríamos podíamos recoger los restos y llevarlos. Pero no lo hicimos porque en ese tiempo teníamos mesas de trabajo con diferentes autoridades locales y nacionales junto a diferentes organizaciones de derechos humanos y ya entendíamos un poco más de los procesos. Lo que hicimos fue esperar como ocho días más en lo que teníamos la mesa y delante de todos expusimos nuestro caso y ahí acordamos que se haría una búsqueda con autoridades, a pesar de que las autoridades insistían en que esos restos podrían ser de animales y que no diéramos por hecho nada hasta tener los resultados de ADN.

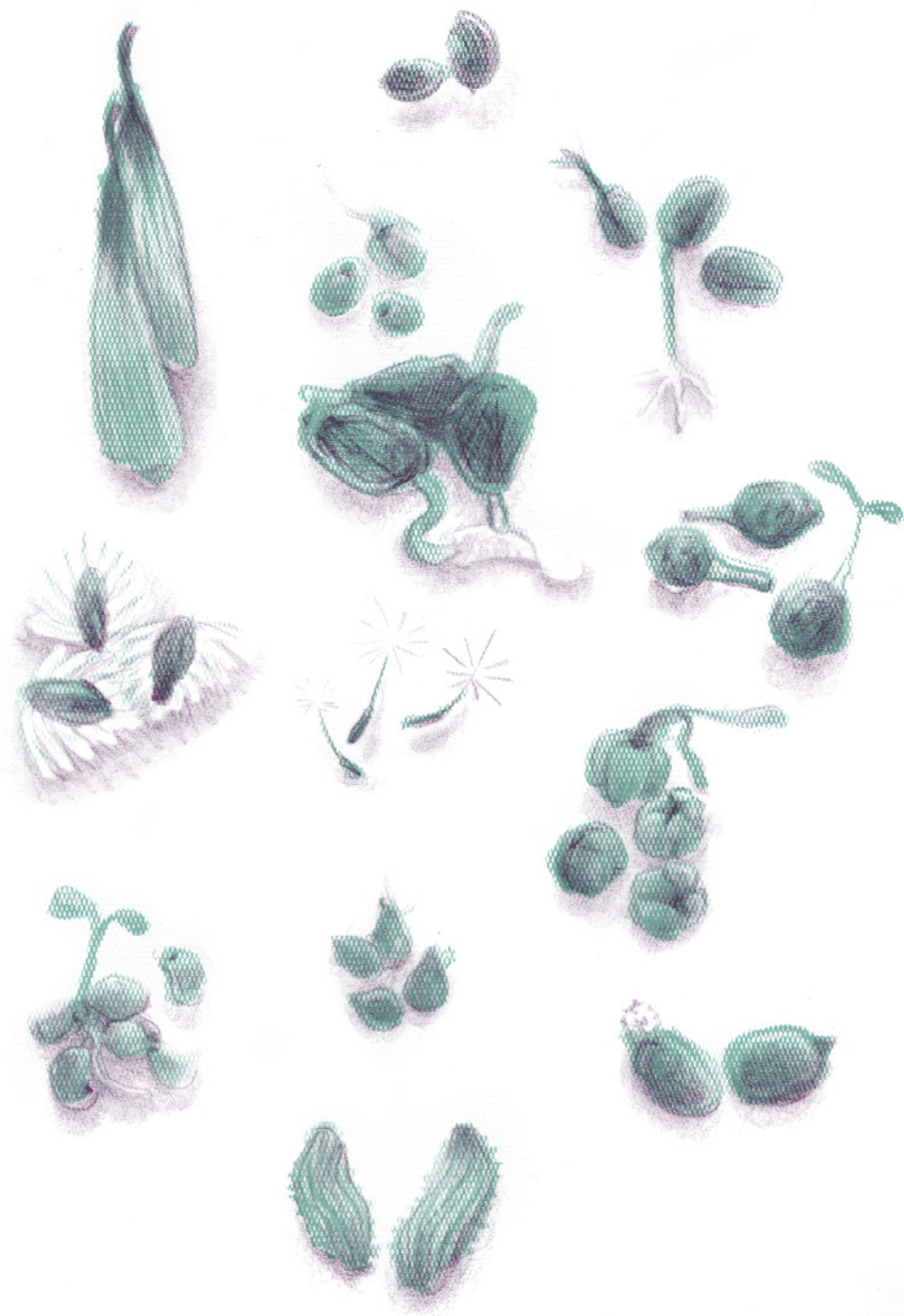
Además de todo esto, del dolor de pensar que había más restos de Esaú, tuvimos que levantar una denuncia paralela para no entorpecer el proceso judicial que ya llevábamos y por el que ya había un detenido.

Al otro día de la mesa con las autoridades llegamos al lugar. Había como diez vehículos entre patrullas, camionetas del ejército, médicos forenses, soldados, investigadores, policías. Se encontraron varios fragmentos, se confirmaba que no habían hecho bien su trabajo. Luego nos dijeron que nos avisarían los resultados pero no fue hasta meses después que nosotros acudimos a ver qué sucedía que nos dijeron que los resultados sí habían sido positivos y nos dieron instrucciones para hacer los trámites pero no fue sino hasta el Registro Civil que una licenciada nos hizo pasar y nos miró con lágrimas en los ojos y nos dijo que no podía entregarnos ningún oficio porque no podía haber dos actas de defunción de la misma persona y que lo que nos habían hecho las autoridades era un acto gravísimo de derechos humanos con Esaú y con nosotros. ¡Qué pinche cochinerito hicieron! nos dijo y lloró con nosotros. Nos mandó a casa diciendo que mandaría el oficio de respuesta y así pasaron más semanas. Imagínate el dolor que sentíamos nosotros con toda esa situación. Todavía no sana tanta crueldad. Ya no teníamos

mesas de trabajo así que nada más nos daban esquivas hasta que nos dijeron que la única forma de entregar los restos era que no dijéramos nada y que era imposible que juntáramos los restos con los primeros porque afectaría todo el proceso de justicia.

Y así pasó: nos entregaron los restos en una bolsa de plástico y como ya habíamos comprado la cripta, los fuimos a dejar ahí. Y ahora tenemos a nuestro hijo en dos partes. Unos restos en el panteón, otros en la cripta. Así que compramos dobles ramos de flores. Nosotros lo que queremos es poder juntarlos y tal vez descansar de esto. Es difícil contar esto porque cada que lo hago vuelvo a sentir el mismo dolor, la rabia, la impotencia. Esto no es una película de ciencia ficción, esto es real, lo hemos vivido nosotros.





SEMBLANZAS

Bárbara

Soy Bárbara Arredondo Saldaña. Nací en México y llegué a Acapulco a los 15 años. Tuve 3 hijos, tengo 9 nietos, y una bisnieta. Soy capacitadora de belleza y vivo con mi esposo en Acapulco. Asisto a una congregación y pertenezco al grupo de familias de los desaparecidos. Me mantengo en comunicación con familiares y amigos, motivándolos constantemente al amor y a las obras excelentes.

Carmen

Soy Carmen Benítez. Pertenezco al Colectivo Unidos por el mismo dolor, en Acapulco, Guerrero.

Martha

Soy Martha Alicia Camacho Loaiza. Fui detenida, desaparecida por el Estado Mexicano durante la época de los años 70, por ser estudiante universitaria disidente.

Laura

Me llamo Laura Curiel. Vivo en algún lugar del estado de México. Soy integrante del colectivo Mariposas buscando corazones y justicia nacional. Escribo esto con amor para mis hijos, luchando hasta el final.

Emmanuel

Soy Emmanuel Espinosa. Nací en Xalapa, Veracruz. Actualmente estudio Lengua y Literatura Hispánicas, así como de Musicología en la Universidad Veracruzana. Formo parte del Ensamble de Fagotes de Xalapa y algunos de mis intereses literarios son la literatura femenina y la literatura de fantasía.

Guadalupe

Soy Ma. Guadalupe Fernández Martínez. Soy miembro activo de Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en Coahuila y México Fuundec-Fundem con sede en Saltillo, Coahuila. Sentí estar en el umbral del infierno. Hoy resurgí de las cenizas como el ave fénix.

Edith

Me llamo Edith Hernández Torres. Nací en la tierra de Emiliano Zapata. Soy licenciada en Seguridad Ciudadana, luchadora social y defensora de derechos humanos. Integrante y fundadora de la asociación civil Búsqueda de familiares Regresando a Casa, Morelos. En tu honor, Israel.

Tania

Me llamo Tania Monserrat Lagunas Zambrano. Soy originaria de Chilapa de Álvarez, Guerrero. Nací el 5 de abril de 1997. Soy amante de los animales domésticos, en especial de los perros. Soy la menor de cuatro hermanos. Me encanta el chocolate y me gusta escribir y pasar tiempo con mi familia. Desde el 14 de julio de 2017 me quitaron una parte de vida, a mi hermano Cristhian Martín Lagunas Zambrano. Perder a mi mamá por causa de una enfermedad fue un dolor grande, pero la incertidumbre de no saber qué ha sido de mi hermano me mata día a día.



Paulina

Me llamo Claudia Paulina Quezada Rosas y soy docente, licenciada en derecho y joven buscadora. Originaria de Los Mochis Sinaloa, tengo 8 años de experiencia en búsqueda de desaparecidos en fosa clandestina.

Tita

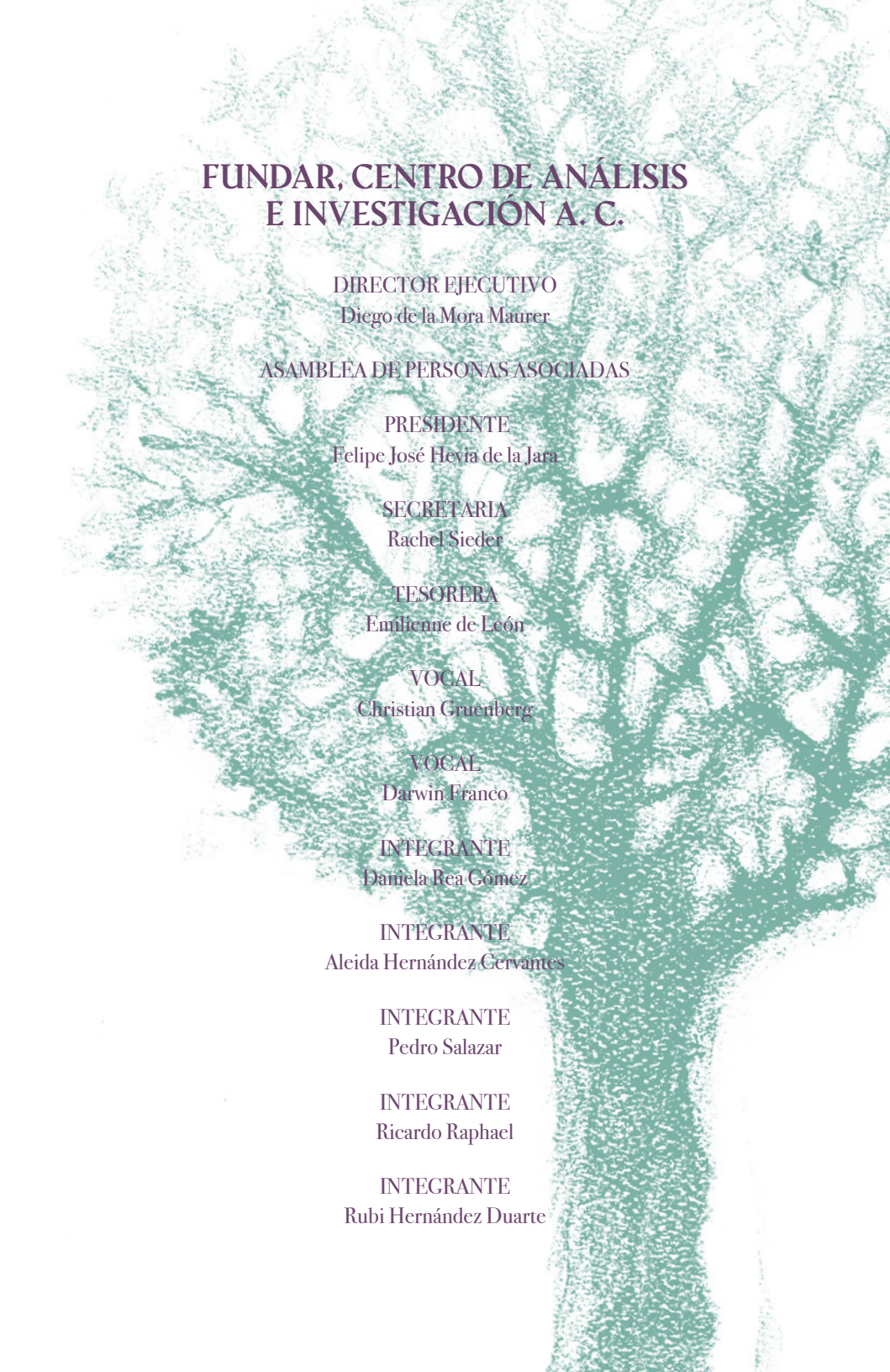
Mi nombre es Tita Radilla Martínez. Me gusta la naturaleza, la tierra, jugar con el barro, buscar figuras en las nubes, en las tejas del techo de la casa o en las chorreaduras que deja el agua en las paredes. Sueño con un mundo distinto lleno de amor, de paz, de prosperidad.

Blanca

Soy Blanca Soto, del Campo Esperanza, en El Fuerte, Sinaloa. Pertenezco al colectivo Rastreadoras del Fuerte. Si Dios me diera la oportunidad de elegir otra vez mi vida, elegiría la misma: quisiera a mis padres para que también me tocaran los mismos hermanos; elegiría a mi mismo esposo para tener a mis mismos hijos, y así tener los mismos nietos. Amo la vida. Aprendí a amar la vida. Sin ti nada es igual, te amo, Camilo Robles.

José

Soy José Ugalde Mejía. Vivo en Querétaro y tengo 56 años. Quisiera contarte un poco de nuestra vida antes de desaparecer mi hijo Esaú Ugalde Vega, una gran persona y excelente baterista, integrante de la Banda Sinfónica Juvenil del estado de Querétaro.



FUNDAR, CENTRO DE ANÁLISIS E INVESTIGACIÓN A. C.

DIRECTOR EJECUTIVO

Diego de la Mora Maurer

ASAMBLEA DE PERSONAS ASOCIADAS

PRESIDENTE

Felipe José Hevia de la Jara

SECRETARIA

Rachel Sieder

TESORERA

Emilienne de León

VOCAL

Christian Gruenberg

VOCAL

Darwin Franco

INTEGRANTE

Daniela Rea Gómez

INTEGRANTE

Alcida Hernández Cervantes

INTEGRANTE

Pedro Salazar

INTEGRANTE

Ricardo Raphael

INTEGRANTE

Rubi Hernández Duarte



Hasta mayo de 2025, cuando se terminó de realizar este libro, en México había más de 125 mil personas desaparecidas, su exigencia de verdad y justicia no cabe en las 60,563 palabras que lo componen. Sin embargo, esta copia digital de No hay lugar en este país buscan hacer frente al silenciamiento, al olvido para darle lugar a la palabra, a las personas desaparecidas y a quienes les buscan.